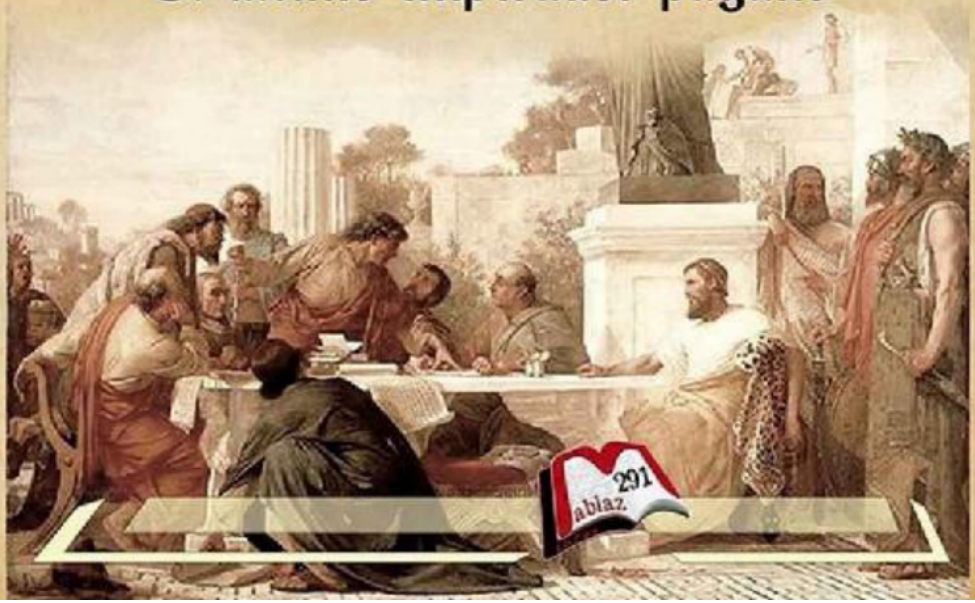
RICARDO MUÑOZ FAJARDO

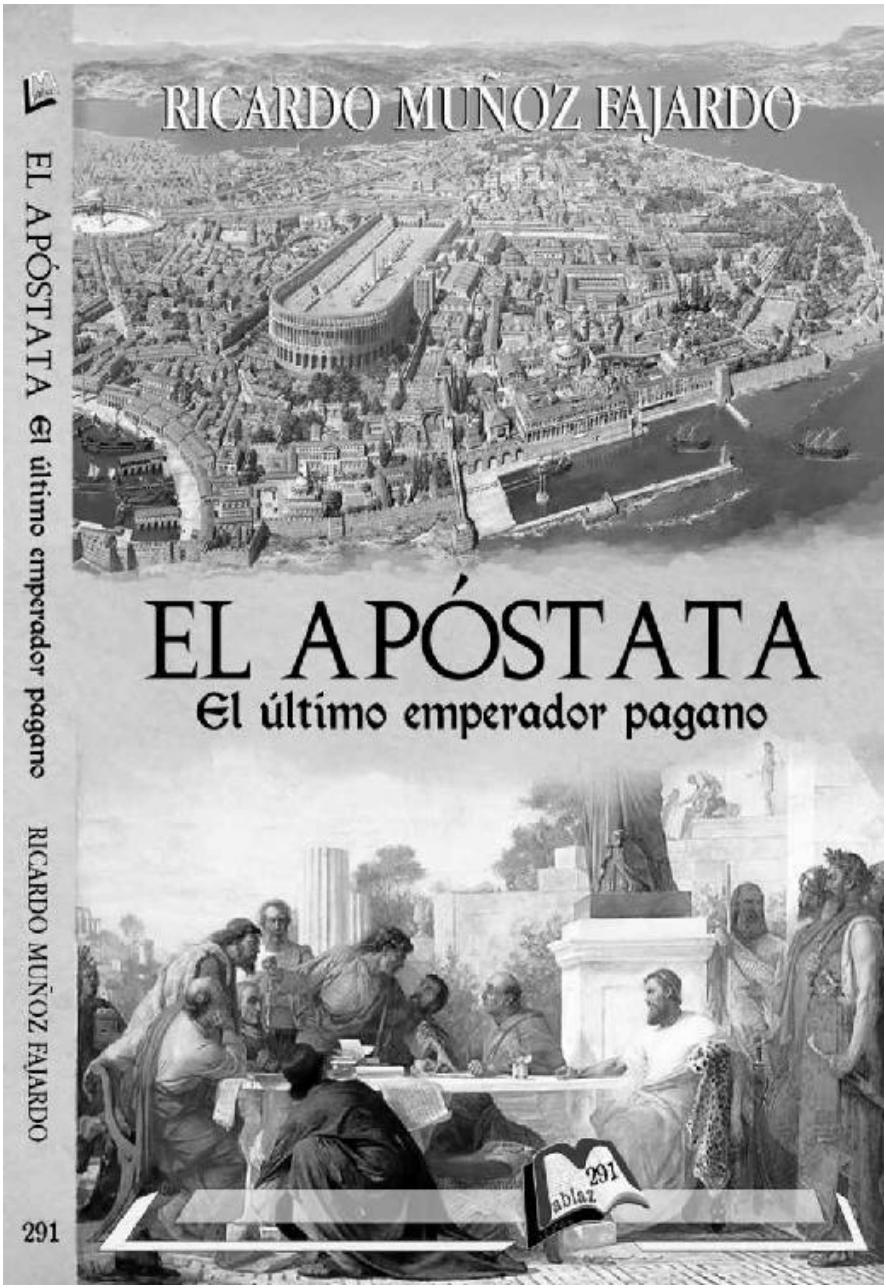
# EL APÓSTATA

## El último emperador pagano



ABLAZ 291

EL APÓSTATA El último emperador pagano RICARDO MUÑOZ FAJARDO 291




*El Apóstata*
Primera Edición, marzo de 2022

© Libros Mablaz - Rodrigo Muñoz Blázquez: Madrid, 2022
www.librosmablaz.com

© Ricardo Muñoz Fajardo

blogs:
Editorial Libros Mablaz
**http://editoriallibrosmablazycienciaficcion.blogspot.com.es/**
Ciencia ficción y fantasía en Libros Mablaz:
**http://mablazlibros.blogspot.com.es/**
Introducción a las obras de Libros Mablaz:
**http://librosmablazextractos.blogspot.com.es/**
Libros Mablaz en Facebook:
**https://www.facebook.com/groups/530547690292189/**
Tu Librería en Casa:
**https://www.facebook.com/TuLibreriaEnCasa**
Librería Crisis–Neogénesis:
**http://www.todocoleccion.net/neog%C3%A9nesis_vendedorTC**

Diseño de cubiertas: Mari Carmen López

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.

.24919-2-0
: M-2530-2022

- 291

# El Apóstata

## Ricardo Muñoz Fajardo

Papá, Mamá, Mariposa, Kiara,
¿por qué no puedo veros todos los días?

## A modo de introducción

Pobre de mí, puesto que cuando empecé a escribir *El Apóstata*, ya hace unos años, pensé que el emperador que había intentado devolver a Roma al paganismo era un tema inédito. Nada más lejos de la verdad, porque al mirar de verdad la literatura vertida sobre él, me llevé la sorpresa de que era un tema recurrente. Ya en el siglo XVI-XVII -no he sido capaz de encontrar el año de su edición-, su historia es llevada al teatro por Luis Vélez de Guevara, que llama a su obra precisamente *Juliano el Apóstata*. Obra dramática es también la de Henrik Ibsen, titulada *Emperador y Galileo* (1873) y la de Fernando Savater *Juliano en Eleusis: misterio dramático en un prólogo y dos retablos* (1981).

El personaje también ha sido varias veces novelado. La primera vez lo hizo el autor ruso Dmitri Merezhkovski con *La muerte de los dioses* (1896), después le siguieron *Juliano el Apóstata* de Gore Vidal (1964), *Dioses y legiones*, de Michael Curtis Ford (2002) y *El último pagano*, de Adrian Murdoch (2004).

De hecho, al saber que el emperador Juliano estaba tan usado como personaje de tantas obras y saber que Gore Vidal, el eterno aspirante al Nobel ya fallecido hace unos años, era uno de los autores que lo habían versionado, dejé de escribir durante años y mi libro se quedó a poco más de la mitad.

Pero era un tema al que no dejaba de darle vueltas porque yo no soy autor de dejar los libros sin terminar y realmente volví a recordar el propósito por el que pensé en escribir sobre él, que no era otro que profundizar en su carácter pagano, mostrar el contenido de sus creencias, resaltar que el imperio romano estaba en decadencia un siglo antes de su caída y la verdadera culpa del cristianismo en su derrumbamiento, imbricado como estaba desde hace mucho tiempo en los resortes de la sociedad romana a pesar de la última persecución de que fueron objeto sus seguidores sobre el año 300 por parte de Diocleciano, en la desaparición del Occidente de Roma como nación

teóricamente civilizada, al menos mucho más que resultó ser la era medieval que siguió a su caída.

Por eso retomé el libro, lo he terminado y he pretendido hacer una obra no demasiado extensa, porque la primera misión de un escritor debe ser no aburrir a quién lo lee.

Como es habitual en mis libros, el texto, en el que los diálogos no abundan, está salpicado de imágenes de la época, en las que he intentado guardar las circunstancias del momento de la historia donde se desarrollan los hechos narrados en esta obra.

También he procurado introducir las explicaciones que he estimado necesarias para el entendimiento de ciertas partes de la historia.

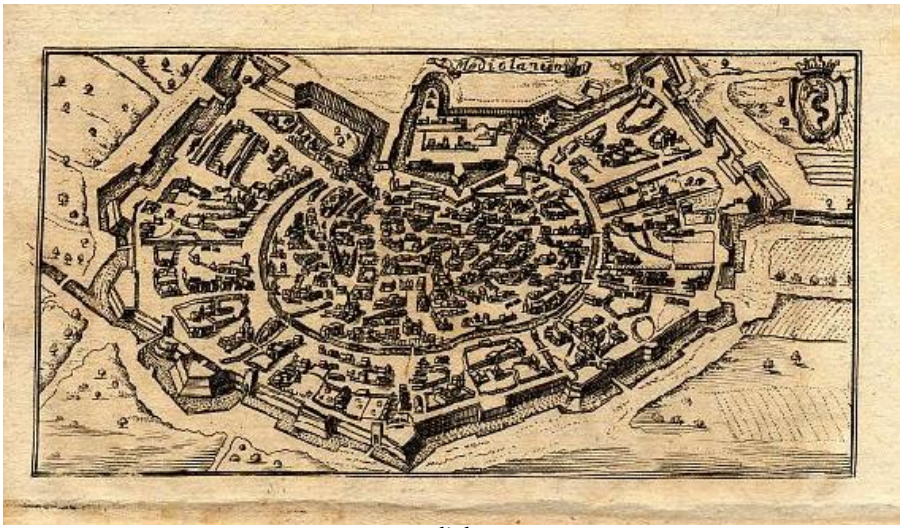
Ricardo Muñoz Fajardo

# El Apóstata

**Ricardo Muñoz Fajardo**

## I. Ctesifonte

Al final, la vida de un emperador de Roma parece destinada a establecerse en las fronteras, ya sean en las occidentales, repeliendo a francos y alamanes u otras turbas germánicas, o aquí, donde me encuentro ahora, combatiendo la última invasión sasánida[1] del rey Sapor II, en las marcas orientales.



Mediolanum

Una vez desplazado hasta aquí desde Mediolanum[2], la capital del imperio que relevó a Roma como tal hace más de un siglo, sustituida por Constantino el Grande no ha mucho por Constantinopla, me he dado cuenta de que reconquistar los territorios usurpados a mi nación ha sido una tarea fácil, plagada de victorias sucesivas. Pero puesto ante las altas murallas de Ctesifonte, la capital de los sasánidas, me he dado cuenta que me resultará imposible tomarla, por lo que me encuentro ante el dilema sobre lo que he de hacer ahora.

Una alternativa es cercar Ctesifonte y rendirla tras un largo asedio que podría llevar meses o incluso años y sin garantizar un resultado favorable para nuestros intereses, además de que tanta duración del sitio sería una tiempo precioso del que Roma no dispone, porque el imperio que yo rijo ha perdido desde hace mucho la capacidad de conquistar nuevos territorios y se limita tan solo a salvaguardar sus fronteras, sin infringir derrotas definitivas a sus enemigos.

La otra opción es marchar hacia el norte para unir mis legiones con las de mi lugarteniente Procopio, decisión más prudente y más sensata, opinión que comparte el general de mi ejército con el que más me identifico, Joviano.

—Los persas no están vencidos —opuse a la lógica del argumento de la cautela de no sitiar Ctesifonte—, si no nos presentan batalla no cesarán de hostigarnos durante el camino hacia el norte.

—Retirémonos entonces, Juliano —ofreció Joviano como alternativa—. Nuestros soldados han recuperado los territorios que eran nuestros, fortifiquemos de nuevo la frontera y démonos por satisfechos.

Sapor II

—No, no puedo hacer eso —renegué de la propuesta, sin duda la más sensata que podíamos emprender—. El problema de los persas es su rey, Sador el segundo, no el ansia de su pueblo por conquistarnos.

Los sasánidas no han de ser únicamente vencidos en esta ocasión, sino doblegados para que de una vez por todas su imperio empiece a tener una influencia decisiva del nuestro.

—¿Por eso has traído contigo al príncipe Hormizd?

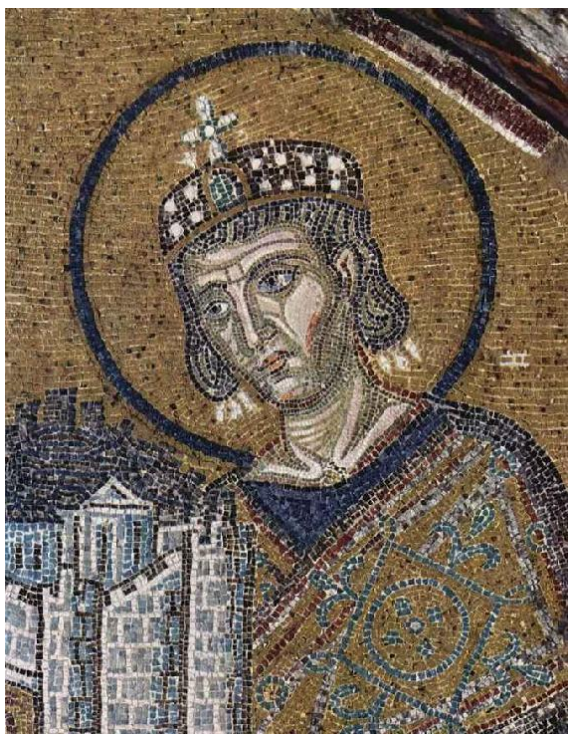
—Eso ya lo sabes de antemano, Joviano —protesté por la aparente candidez de mi general—. Hormizd es hermano de Sapor y como ha ocurrido en todas las dinastías imperiales desde que, al menos, yo era niño, los parientes varones de un monarca sobran y lo mejor que se puede hacer con ellos es degollarlos, para no correr el riesgo de que una vez crecidos en edad conspiren contra uno mismo, pero Sapor no tuvo la oportunidad de llegar a hacerlo con su hermano. El príncipe Hormizd huyó a Roma en el año 324, según cuentan ahora el tiempo los cristianos, y ya vivimos en el 363. Además de que el resentimiento hacia su hermano ha debido crecer en él hasta volverse gigantesco por el transcurrir de tanto tiempo como ha pasado exiliado, también ha tenido la oportunidad de romanizarse hasta la médula de los huesos, porque ha vivido mucho más tiempo en Roma que en Persia, de la que solo tendrá recuerdos de cuando era muy joven. Hagamos política y por una vez no pensemos solo en espadas, si Roma consigue que Hormizd sustituya a Sapor, habremos ganado la más importante de las batallas que hemos librado en esta campaña.

—Sí, mi señor Juliano —asintió Joviano haciendo una reverencia breve con la testa—, sin duda es una buena estrategia.

—Sí, es una gran opción para consolidar el imperio en Oriente, e incluso extender sus fronteras hasta límites in-sospechados. —Quise darle un punto realista final a mi sueño—. Al menos, en un futuro que deseo que no sea muy lejano.

—Entonces, no cabría ningún otro augusto en la historia romana que se mereciera más el apelativo de Grande que tú, mi señor Juliano. —Joviano me dio coba, algo que no solía gustarme de continuo, pero sí en este caso, primero porque quien me lo dedicaba era uno de los mejores generales de Roma y porque, además, yo no albergaba ninguna duda de que mi plan pacificaría de un modo definitivo la frontera este del imperio.

—Grande ha empezado a denominarse a Constantino, mi tío —animé al general a que siguiera con sus loas hacia mi persona, pero en realidad no le dejé meter baza, porque yo me bastaba para ponderarme—. ¿Qué mérito tuvo él que no haya superado? Es cierto que él derrotó a francos, alamanes y visigodos, pero yo he hecho lo mismo en muchas más ocasiones que él. También es verdad que unificó el imperio bajo una única corona, la suya, pero tras su muerte Roma volvió a dividirse entre sus tres hijos y mi augusta persona ha vuelto a unirlo bajo el mando de un único hombre, no sé di decir dios, yo, Juliano. A Constantino le apodan ya el Grande, pero es por una artimaña de esos fanáticos, los cristianos, que solo buscan engrandecer la religión que profesan en detrimento de los dioses que han guiado a Roma durante mil años y que la han convertido en el imperio más importante de la historia.



Constantino I, llamado el Grande

—El cristianismo es como una turba imparable, Juliano —opuso el general, aunque él era de los adeptos a esa religión.

—Para eso me ha situado Zeus, o Júpiter, como prefieras, al frente del imperio, Joviano —exclamé con entusiasmo—, para rebajar

al cristianismo a las catacumbas de las que no debió salir.

—Difícil tarea es esa, augusto.

—Dudas de mí, Joviano, ¿Tú también te has hecho cristiano?

—Creo que fue necesario convertirse en el tiempo de gobernanza de Constancio II, cristiano convencido.

—¿A qué llamas tú necesario?

—Vivir, gobernar si el futuro me depara esa obligación. Pero no has de preocuparte, mi señor augusto, no te traicionaré en vida, aunque reconozco que no renunciaré a nada tras tu muerte.

—Harás bien. Solo deseo que ese momento se alargue lo más posible en el tiempo.

—Yo también, mi señor augusto, os lo juro por los dioses en que creéis.

—¡Júpiter, al que por mis lecturas prefiero llamar Zeus, como lo denominaban los griegos, a los que he leído mucho e incluso tengo abundantes amigos entre ellos, tenía que ser en el dios en el que creyéramos todos! —gritó sin poder evitarlo—. ¡Maldito Constantino, primer emperador que se declaró cristiano!

—¿Le conociste en vida?

—-Yo era un niño cuando él murió. ¡Maldita sea la desdicha que hizo que naciera un hombre como él!

—Háblame de él, te lo ruego. Me gustaría conocer mejor al césar que protegió al cristianismo en todo el imperio.

## II. El tío Constantino, llamado el Grande

Desde hacía un tiempo, en Roma existía una diferencia entre los cargos de augusto y de césar. El primero era asimilable a emperador y el segundo era equivalente a gobernador regio, siempre supeditado del que le nombraba, el augusto.

También desde el tiempo del emperador Diocleciano, que portó la tiara entre los años 284 y el 305, existió la tendencia continuada por sus sucesores de dividir el imperio en al menos dos partes, Occidente y Oriente, a veces más, lo que hacía que el gobierno de la nación más poderosa de la historia fuera regida por diarquías, triarquías, tetrarquías e, incluso, llegó a haber heptarquías, de tantos augustos como césares llegó a haber a la vez.

A Constantino le tocó vivir casi todos esos escenarios y él mismo se convirtió en tetrarca en el año 306, cuando Constancio Cloro, tras apenas un año como augusto aunque antes ejerció como césar,

enfermó y pereció poco después en Britania. Sus generales y legionarios le proclamaron emperador, corona que fue inmediatamente aceptada por los britanos y galos, pero no por los hispanos.

Constancio Cloro

De esta forma, Roma se vio inmersa en abundantes proclamaciones de augustos y césares. También hubo renuncias y caídas, una inestabilidad que duró veinte años, hasta que Constantino pudo regir el imperio en solitario.

Las guerras civiles y las disputas internas ocuparon gran parte del reinado del que se proclamó como Grande, no veo yo motivos de tal alabanza. Como ya te dije antes, seguro que detrás de la proclama están los cristianos, que le honrarán siempre por tratarse del primer emperador que autorizó su culto, aunque no estaba tan claro que él lo abrazara.

Los cristianos suelen ser unos farsantes y unos mentirosos, dicientes de verdades a medias. Constantino sí que autorizó la religión de los seguidores de Jesús y, sobre todo, de Pablo de Tarso, el gran predicador de la doctrina fuera de Asia, lo que supuso su divulgación paulatina por Europa desde Grecia, lugar donde predicó, sobre todo, el

antiguo perseguidor de cristianos. El edicto fue hecho pública en el año 313, cuando Roma era regida por una triarquía de tres augustos, por lo que su beneplácito al cristianismo solo debe entenderse en el territorio donde mandaba él, y no en los cuatro puntos cardinales del imperio.

También hay que desdecir a los que afirman que si Constantino permitió el cristianismo, fue porque él se sentía como uno más, cosa incierta porque el bautismo lo pidió en su lecho de muerte y fue por si acaso aquello que pregonaba aquella secta judía era verdad y así poder ganarse el cielo o, al menos, el purgatorio.

Yo, Juliano el segundo, firme creyente de los dioses ancestrales de Roma matizados por recientes escritos griegos, juro ante el más importante de ellos, Júpiter o tal vez debería decir Zeus, insisto, que sería capaz de hacer lo mismo que mi tío si, llegado el momento de expirar y fuera consciente de ello, con eso cubría todas las posibilidades que pudieran aguardarme en el mundo de los muertos.

—Pero es bien cierto que Constantino favoreció a los cristianos —apuntó Joviano— y que permitió la construcción de varias basílicas en la ciudad de Roma, una inclusa en el monte donde dicen que el llamado Pedro, el principal discípulo de Jesús, sufrió tormento.

—¿Tormento? —Torcí el gesto—. Te repito la pregunta que ya te hice antes. ¿Acaso tú también te has hecho un ferviente cristiano, mi buen Joviano, más allá de lo que has llamado «necesidad»?

—No, mi señor augusto. Como ya te dije con anterioridad, tuve mis motivos para convertirme, pero tomo tus palabras de antes como mías, no sé qué haría en el momento que la parca me quiera llevar. —Cabeceaba noes repetidamente—. Pero los cristianos están por todas partes y se comportan como una plaga, sus adeptos no dejan de crecer.

—Ya lo veo al contemplarte a ti. —Joviano fue a protestar, el emperador se lo impidió con un gesto hosco de uno de sus brazos—. Por lo que has dicho tú ahora, algunos aseguran que Constantino consintió con el cristianismo —aseveró el augusto con vigor.

—Lamento no comprenderte, Juliano.

—Constantino prefirió tener a los cristianos a favor más que en contra —expliqué con poca paciencia—. Al consentirlos, los evitó

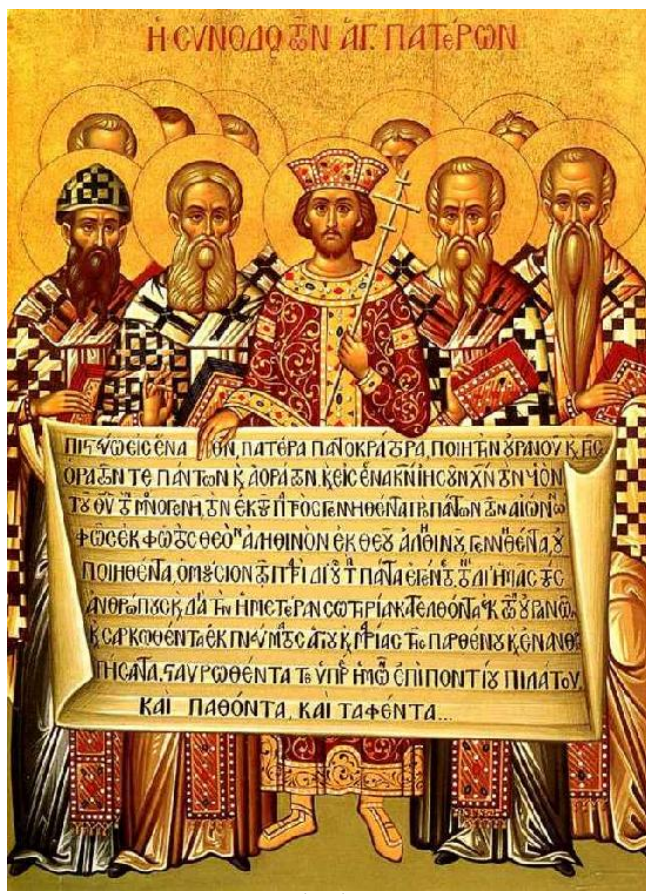
como enemigos.

—Si fuera así, tu tío no hubiese acudido al llamado Concilio de Nicea —opuso el general—. En él se trataron asuntos de cristianos que a él, si no lo era, no le hubiesen incumbido.

—Sí, si las divergencias entre cristianos afectaran al buen gobierno del imperio.

—¿Qué tienen que ver las controversias entre cristianos con el devenir de Roma? ¿No basta con consentirlos?

—Si los autorizas y luego riñen entre ellos, ¿no correrá Roma el peligro de vivir nuevas violencias? —conjeturó Juliano—. O si triunfasen los más intransigentes, ¿no buscarían la toma del poder más pronto que tarde? En realidad, con la conversión de los últimos augustos, ¿no lo han conseguido ya?



Concilio de Nicea

—Sí a lo segundo. Pero, ¿por qué discuten los cristianos? —

preguntó Joviano, que en teoría debería ser más ducho en el tema que el emperador, pero que sabía que era un estudioso sobre el tema, las religiones en general.

—Por redactar su doctrina, que es lo mismo que inventársela interpretando las palabras de ese tal Jesucristo, que según vosotros es hijo de dios y fue enviado a la Tierra para redimir al hombre.

—Yo creo que Jesucristo la dejó clara a través de los evangelios.

—¡Ni mucho menos! Alguno de sus viejos apóstoles, o tal vez un descendiente de él, por ejemplo, conformó lo que se dio a llamar la Santísima Trinidad, una especie de triarquía divina que forman el dios padre, el hijo y el espíritu santo.

—Espíritu santo… —gruñó Joviano—. ¡Entiendo que es un concepto de lo más confuso!

—Pero no es por lo que discuten las dos principales ramas del cristianismo, la arriana y la ortodoxa, sino por la naturaleza de Jesús, que es cómo también llaman ellos a su profeta, el hijo de su dios. Las discrepancias van desde la consideración o no de este como de carácter divino a disputar sobre si él fue creado después o pertenece al principio de los tiempos, junto al propio dios y el espíritu santo.

—No entiendo por qué tienen tanta importancia tan nimios matices.

—Ninguna. Y si los tuvieran, que el dios que adoráis os hable y lo aclare de una vez por todas.

—Tampoco Júpiter y su cohorte celestial suelen manifestarse mucho —exclamó el general en mitad de una sonrisa.

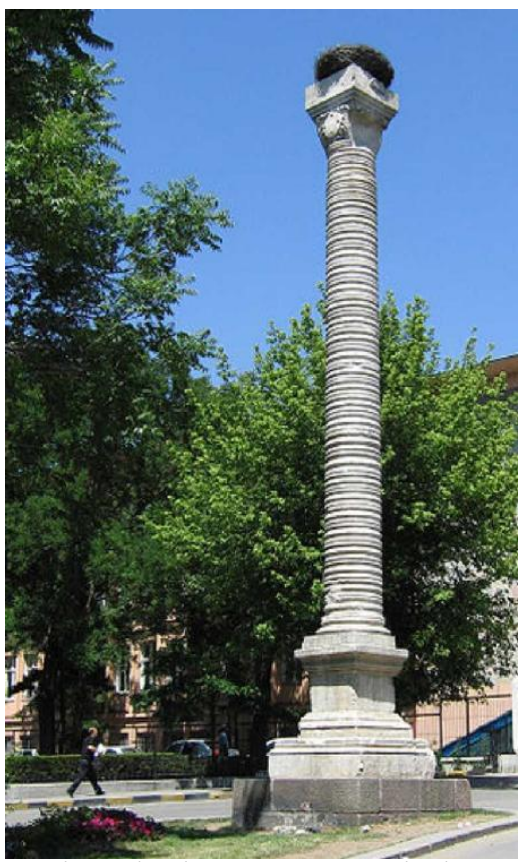
—Por eso, para adorar a unos dioses tan ciegos y mudos como los nuestros, prefiero seguir manteniendo a los que siempre he conocido, pues durante muchos siglos han demostrado estar de parte de Roma, vencedora de todos los enemigos que ha tenido a lo largo de la historia y que ha formado con sus conquistas el mayor imperio jamás conocido, si exceptuamos el de Alejandro Magno.

—Entonces, ¿no crees que Constantino viera una cruz en medio de una batalla y que tal aparición les ayudó a ganarla? —Joviano mostró bien a las claras que tenía dudas importantes sobre ese episodio pueril e imaginado de la vida de mi tío que fue emperador.

—Por supuesto que no, mi amigo —expresé yo con el

convencimiento absoluto que le faltaba al general—. El culto que guiaba a una gran parte de los últimos augustos es el del Dios Sol, que fue sin duda el que ayudó a Constantino en ese lance, porque no es una casualidad que digan que esa cruz que mi pariente augusto vislumbró se formó ante el rey de los astros, el símbolo imperial. La cruz que dicen que vio Constantino en plena batalla no puede ser otra cosa que otra estratagema más de esos indeseables cristianos para sustituir a nuestro Dios real por el suyo, sin duda inventado por esa secta.

—Llamarlo secta es no querer ver la certeza de que el cristianismo es una realidad tangible entre los habitantes del imperio —expresó Joviano con cierto resquemor—. Los cristianos son ya millones, mientras que una secta es un grupúsculo de pocos miembros a los que nadie toma en serio.



Columna de Juliano en Angora, actual Ankara

## III. Las matanzas del año 337

El emperador Constantino refundó una población antigua, bautizada ahora como Constantinopla, que estableció como nueva capital del imperio, aunque al llegar yo a augusto, mantuve en Mediolanum lo que podía llamarse mi corte, porque a mí no me gustaba tanto el Oriente como el Occidente del imperio, a pesar de haber vivido la mayor parte de mi vida allí, donde sin duda había muchos más cristianos que en Italia, Hispania, Britania o las Galias, donde yo había estado guerreando contra los germanos varias veces.

Constantinopla fue la ciudad que me vio nacer, hace ahora treinta y dos años, en el año 331, según como cuentan el tiempo los cristianos. De niño recibí educación basada en este nuevo culto, que día a día sumaba más adeptos.

Mi padre fue Julio Constancio, hermano del gran Constantino y de Basilina. Fui testigo con tan solo seis años de las matanzas de Constancio el segundo, hijo del emperador apodado el Grande que acababa de fallecer, que heredó un tercio del imperio, que tuvo que repartir entre sus dos hermanos, el primogénito, llamado Constantino como su padre y Constante, el tercer varón por orden de nacimiento.

¡Tantos nombres parecidos! Espero que eso no embrolle mis recuerdos.

Como decía, Constancio II no ignoró que durante las últimas décadas había habido muchos augustos y césares de forma simultánea, y que la mayoría de los ostentadores de tales designios eran familiares entre sí. Para evitar competencias, Constancio decidió quitarse competitividades futuras y extirpar futuros males de raíz. Así que, ni corto ni perezoso, ordenó matar a todos los descendientes de nuestro abuelo Constancio Cloro, o Constancio I, emperador anterior al llamado el Grande e iniciador de nuestra dinastía, conocida como constantiniana, que tenía a su alcance, con unas pocas excepciones forzadas o por capricho. Mi padre y el mayor de mis hermanos no estuvieron entre esos afortunados y fueron muertos por mi primo.

De los primeros hubo dos salvedades, sus propios hermanos, Constantino el segundo y Constante; entre los segundos a tres primos, mi hermano Constancio Galo, yo mismo y Nepociano, al que me unía el mismo parentesco que al nuevo emperador, que finalmente, con el transcurrir del tiempo se convirtió en un breve usurpador, durante la rebelión de otro impostor, Magnencio, el año 350, en el que tomó

Roma asistido por un grupo de gladiadores y se proclamó emperador, suplantación que duró tan solo veintiocho días porque el citado Magnencio aplastó su absurdo recuperando para él la ciudad eterna y haciendo matar a Nepociano.

Entre los familiares que mandó Constancio II asesinar hubo dos tíos y seis primos, algunos de calidad, como fueron Anibaliano, gobernador de Ponto[3], y Dalmacio, ostentador del mismo honor con respecto a Mesia[4].

Anibaliano
Dalmacio

Fui testigo directo de una parte de aquella masacre y, como creí que toda aquella escabechina se hacía en nombre del nuevo dios dado a los romanos, empecé a aborrecer a aquellos que profesaban su religión, los cristianos, ni en la verosimilitud de una deidad que se arrogaba el mérito de la bondad y que no era entendida así por sus acólitos.

Durante un tiempo que no fue breve, en aquellas jornadas aciagas de matanza de tantos allegados, esperé mi propia muerte, que en ese momento no entendí porque nunca se llevó a efecto.

Ni tan siquiera creo que mi corta edad fuer un motivo para obtener un indulto que no pedí, porque es ley de vida que un niño crezca hasta convertirse en un hombre y, por tanto, se pueda convertir en un futuro peligro para quien ostenta la corona del imperio, como la realidad futura finalmente se empeñó en mostrar.

En lugar de la ejecución, Galo y yo fuimos enviados a Macelo, en un lugar en medio de la nada, en la Capadocia, una región interior en la provincia de Asia, en realidad no muy alejada de la misma Constantinopla, aunque sufría de tal aislamiento que parecía tratarse

de otro mundo con respecto a la nueva capital imperial.

Por fortuna, de la residencia no podía tener queja, pues era digna de un césar o un augusto. Allí viviría los siguientes seis años de mi vida, en una especie de jaula de oro, aislado del resto del imperio en apariencia, aunque nunca se dejaron de tener noticias de lo que iba acontecimiento en el resto de Roma, que es como decir el mundo entero conocido.

## IV. El reparto del imperio

Insisto en que uno de los grandes problemas de Roma, durante los últimos tiempos, era preocuparse más de los equilibrios del poder que de asegurar definitivamente sus fronteras e incluso expandirlas, que desde el alba de la historia ha sido el sentido del ser de nuestra nación.

Constantino y Constancio, ambos los segundos augustos con ese nombre, y también Constante, en suma los tres hijos del emperador que ya se denominaba el Grande, tras las matanzas de familiares, se reunieron en la ciudad de Sirmio[5], en Panonia[6], para ajustar el reparto del imperio. ¡Ah, la ambición de todos en estos años! ¿Por qué no mantener a toda Roma unida bajo la corona del primogénito y que los otros vástagos del anterior emperador se conformen con altos cargos? Lo cierto es que el reparto del imperio, para nuestra desgracia, era una costumbre que había arraigado entre los pretendientes al trono regio y ya no había hijo de césar o augusto que no ansiara una parte del pastel. ¿Hijo he dicho? Me he quedado corto sin duda, porque al grupo de pretendientes a una distinción, por más nimia que pareciera, podrían añadirse tíos, primos o sobrinos, incluso generales que hubiesen ganado un par de batallas, sino tan solo escaramuzas.

Lo cierto es que los tres hermanos se juntaron para repartirse Roma. El mayor, Constantino, el segundo con ese nombre tras su

propio padre, recibió la parte más occidental del imperio: Britania, Galia, Hispania y Mauritania Tingitana; Constante Italia, África, Ilírico, Panonia, Macedonia y Acaya, lo que venía a suponer la parte central del mismo. Por último, a Constancio II le fue otorgado Oriente, que significaba mandar sobre Constantinopla, Tracia, Asia Menor, Siria y la Cirenaica.

Como es de imaginar, nada de esto llevaría a nada bueno en el futuro, porque cada uno de ellos jamás dejaría de ansiar las posesiones del otro.

Constancio no pudo estar en esas cosas en un principio, porque ese mismo año 337, Sapor, el rey de los persas sasánidas, había reunido un gran ejército, con elefantes incluso, y había asolado Mesopotamia y había sitiado la ciudad de Nisibis[7], territorios romanos ambas.

Constancio, tras el pacto con sus hermanos, acudió a repeler la invasión persa, primero estableciéndose en Antioquía, a la espera de acontecimientos que no tardaron en devenir.

Constante
Constantino II

Constancio II

—El rey Sapor ha levantado el cerco sobre Nisibis —le transmitió una mañana Dustiano, uno de los generales del augusto.

—¡Bravo por los defensores de Nisibis! —exclamó Constancio entusiasmado—. Han conseguido repeler al ejército sasánida.

—Eso es en parte cierto, augusto —replicó el general con cierto aire de intriga—. Lo cierto es que los persas han fracasado en salvar la muralla de la ciudad y, al no conseguirlo y sentirte a ti y tus legiones tan cerca, ha emprendido el camino de retorno a sus fronteras.

—Huye como si no hubiese pasado nada —meditó Constancio con voz queda—. ¿Debemos permitírselo? —Miró distraídamente el rostro de Dustiano.

—La decisión es tuya, mi señor augusto —se dio por aludido el general—. Pero no sé si sería bueno para Roma que el rey Sador regresara con su tropa casi indemne a Ctesifonte, porque estaría igual de preparado que ahora para reemprender mañana mismo la invasión que acaba de perpetrar.

—Sí. Su retirada y que no persigamos su huida no dejaría de ver una victoria pírrica para nosotros.

—Pues tú debes de decir ahora qué acción se ha de emprender.

—Hostiguémoslos hasta donde podamos, general —ordenó con voz briosa—. Que la tropa esté lista para la marcha y la batalla cuanto antes. Convirtamos el paseo que piensa que se va a dar Sapor hasta la frontera en una pesadilla.

Cumplió con lo dicho y venció a los sasánidas más de una vez hasta que su ejército se replegó hacia el interior de su propio imperio.

Pero esto no fue el final de las guerras contra los persas, que llevaban más de un siglo produciéndose. En realidad, la mayoría de las confrontaciones entre Sapor II y el también segundo Constancio fueron asedios sasánidas de los más importantes enclaves de Roma en Mesopotamia, habitualmente la citada Nisibis, Singara y Amida, pero el *statu quo* de la región parecía mantenerse siempre inalterable. Hasta que Constancio obtuvo una victoria decisiva en la batalla de Nasarara, en la que llegó a morir Narses, hermano del rey Sapor, al que había decidido no sacrificar.

Por fin, Constancio pudo poner sus ojos en las otras partes del imperio. ¿Qué se encontró?

Era ya el año 340 y sus dos hermanos se hallaban ya enfrentados. El pacto de Sirmio recogía el acuerdo sobre el reparto del imperio, pero también establecía que Constante regiría sus provincias bajo la supervisión del primogénito, el segundo Constantino durante su minoría de edad.

Aparentemente, este tenía todas las de ganar, pero fue asesinado cerca de Aquilea, ciudad situada a orillas del mar Adriático, junto a las lagunas del norte de Italia.

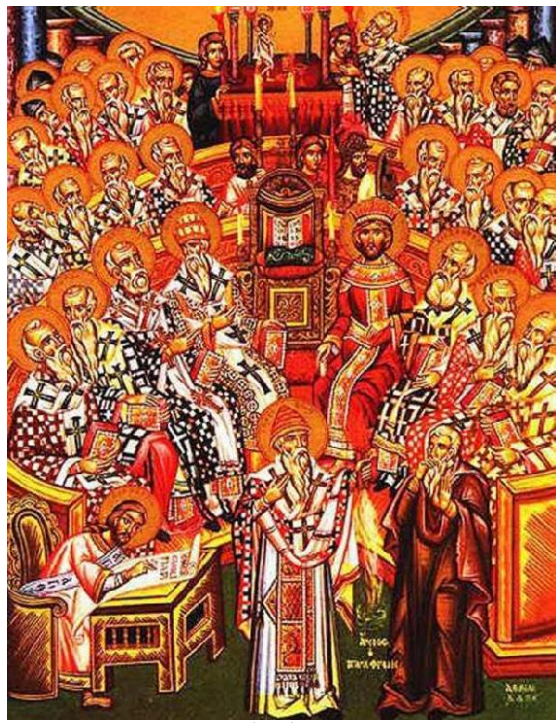
En realidad, Constantino quiso tomar por la fuerza los territorios en los que él había actuado como regente durante la minoría de edad del más pequeño de sus hermanos, que había alcanzado la emancipación ese año y ponía bajo su gobierno efectivo las provincias que le correspondían según lo previsto en Sirmio.

La invasión del primogénito de Italia y su postrer muerte supuso que Constante tomara bajo su control los territorios que se asignaron a Constantino en el reparto del imperio, a lo que Constancio no puso en principio ningún inconveniente, porque aún lo quedaban por cerrar los flecos de la campaña de los sasánidas y porque la desaparición del primogénito le quitaban a él los problemas de religión que había mantenido con él.

Constantino y Constancio eran los dos cristianos, aunque cada uno de ellos asociados a una tendencia de la religión pujante en esos

momentos.

Occidente parecía haberse inclinado hacia la ortodoxia nicena, derivada de los credos, cánones y resoluciones derivadas del concilio convocado por Constantino el Grande para la unificación de la doctrina.



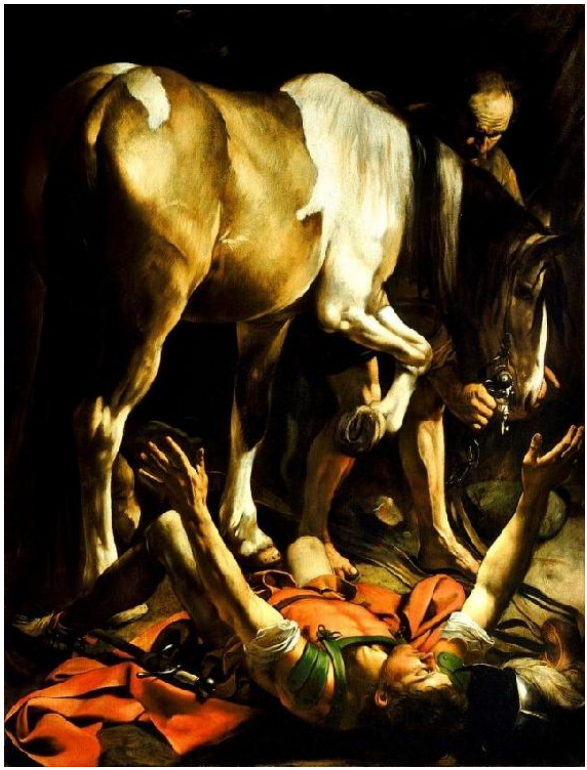
Concilio de Nicea

Oriente, por el contrario, parecía más propenso al arrianismo, condenado en Nicea por afirmar que Jesús no tenía la misma condición divina que Dios, su padre. Lo que, de hecho, negaba la condición trinitaria del cristianismo, porque Jesús, al ser creado por Él, a Él está subordinado, por lo que Cristo no podía situarse a la misma altura que el Padre o el Espíritu Santo. Y esto es así porque el Hijo de Dios no existió siempre, sino que fue creado por Dios Padre en un momento de la eternidad, tal como se manifiesta en unas pocas líneas de su evangelio, cuando dice que Jesús, en un momento determinado, manifiesta « Habéis escuchado que os he dicho: “Me voy y vuelvo a vosotros”. Si me amarais os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo».

Retrato de Arrio

Interpretaciones y un puñado de palabras glosadas por unos y otros de diferente forma que crearon un cisma absurdo desde el principio de la doctrina cristiana.

Ganas de los teólogos de disertar sobre su dios, partiéndolo en tres creencias para justificar de forma poco convincente que Jesús no fuera un profeta más como los que Él había enviado al mundo a lo largo de la historia. Nada mejor que considerarlo como parte del Ser Supremo para presuponer que él era el mesías, cristo según la traducción de este término a la lengua griega, en la que predicó San Pablo, que hizo fortuna para denominar como tales a sus seguidores.



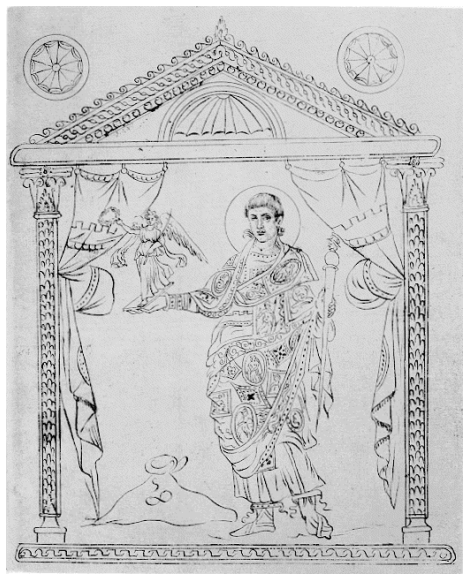
*Conversión en el camino para Damasco*, de Caravaggio

Lo cierto es que Constantino y Constancio, los segundos ambos con dicho nombre en la cronología imperial, no acabaron llegando a las manos porque las provincias de Constante estaban en medio de los territorios regidos por el uno y el otro, pero si este hubiese llegado a ser vencido y no hubiese resultado ganador del enfrentamiento con el primogénito, lo que hubiese tenido que suceder según la lógica de las cosas, una guerra entre ambos hubiese sido inevitable, porque el legatario actuó con ciertas actitudes sibilinas para socabarr el mando de su siguiente hermano. Por eso he vuelto a hablar de religión. No, no ha sido únicamente porque odie el cristianismo, también porque Constantino actuó con malicia cuando decidió liberar al ortodoxo obispo Atanasio de Alejandría, reo por él desde hacía un tiempo, para que pudiese volver a la sede de Egipto de su iglesia y así poner en apuros a su hermano Constancio, partidario del arrianismo como la gran parte de la población que gobernaba.

De vuelta allí, luchó por imponer el culto niceano frente al arrianismo, lo que motivó que fuera alejado de su cargo y deportado hasta cinco veces y que su predicación de la ortodoxia no dejara de ser nunca como un grano en el culo para Constancio y mí mismo, cuando sustituí a este como augusto muchos años después.

## V. Capadocia

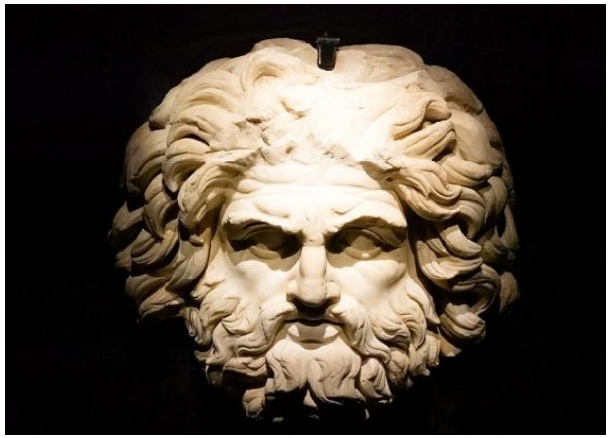
Al principio de mi apostatía del cristianismo, que fue desde muy niño como ya he indicado, no se lo dije a nadie, ni tan siquiera a mi hermanastro Galo, porque quien compartió conmigo seis años de juegos, casa y estudios en la espléndida residencia imperial de Macelo, en la Capadocia de la provincia de Asia Menor, no sé si en el futuro me consideraría un enemigo para una pretensión del cargo de césar o augusto, o cualquier rango inferior, y no quise darle argumentos en mi contra que enarbolar en ese posible supuesto del mañana.



También no debo de dejar de citar que tal vez los acontecimientos fueran a la inversa y aunque yo en la época de la Capadocia solo pensaba en mis estudios y las lecturas filosóficas de los antiguos y nuevos autores griegos, tampoco sé cómo mi egolatría evolucionaría con los años y dejaría de ser un simple lector de libros y oidor de discursos para convertirme en el emperador que descabalgaría al cristianismo de los resortes del poder de Roma.

Aun reconociendo que no tenía pretensión política ni en mi niñez ni en la pubertad, sí que he de afirmar que mis únicos sueños como emperador ejerciente que pudiera llegar a ser eran todos sesgados por ese camino, derribar del imaginario del imperio al dios

evolucionado de los judíos que nos habían traído los cristianos y volver al culto de Júpiter, o Zeus por influencias de mis lecturas.



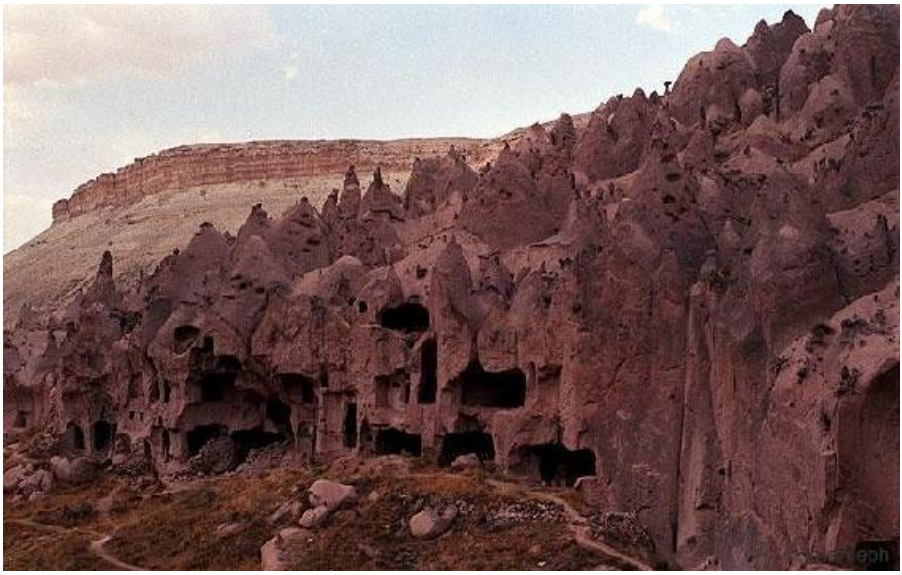
Júpiter

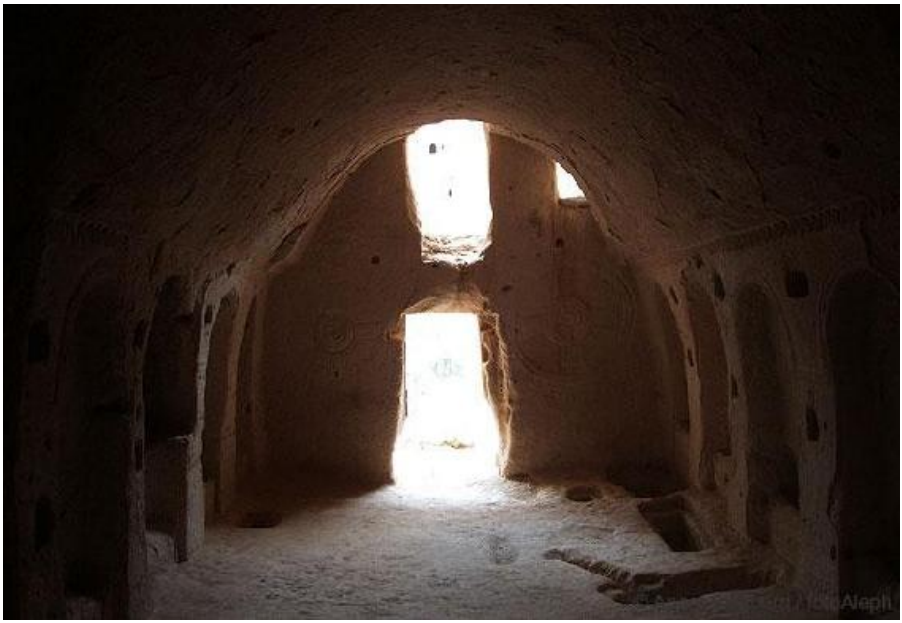
Sin olvidar la recuperación, por supuesto, de su corte celestial, con las modernizaciones que su adoración requiriesen de acuerdo a los nuevos tiempos que nos había tocado vivir, mil años después de la creación de la ciudad de Roma por los hermanos amamantados por una loba, entre ellos el culto del Dios Sol, por eso era tan importante en mis reconocimientos a Apolo, porque entre sus polifacéticas potestades era reconocido como dios de la luz y el sol.

Por ese mismo motivo, adopté el culto a Mitra, el dios del Sol en sus orígenes, cuando se adoraba en Persia y la India, de mucho seguimiento entre la tropa, que tenía sus bases como religión de misterio, lo que viene a significar secretismo y exclusivismo en el desarrollo de su culto, que ampara también el esoterismo y las predicciones de futuro.

. Galo sí se consideraba cristiano y, con él, ejercí una de las aficiones que más solían satisfacerle, que era recorrer las iglesias rupestres del primer cristianismo, cuando la secta era duramente perseguida y que nunca debería de haber dejado de ser así. Yo creí que muchos de los sitios que me enseñaba eran simples cuevas habitadas, sin nada que ver con la minoritaria nueva religión en ese tiempo.

Iglesias excavadas en la roca había muchas y la mayoría me proporcionaban un repelús que me resultaba muy difícil de disimular.





La excepción a este asco provenía cuando nos encontrábamos con algunos de esos eremitorios pintados, en realidad muy pocos y casi todos deteriorados por los siglos. El tema, como es de suponer, me parecía vano, pues se trataba casi siempre de representaciones de Jesucristo bendiciendo o realizando uno de sus milagros. Pero tras aquellas representaciones estaba la gran plasticidad y expresividad que ofrecían al observante. Jamás había visto nada parecido y supe

desde entonces que amaría las artes porque, a verlas, parecía entrar en éxtasis.

[8][9]

—No te entiendo —me dijo una vez Galo al ver mis reacciones ante las visiones icónicas del evangelio de Cristo—. Muchas veces tus actitudes me hacen creer que eres un verdadero escéptico con respecto a Dios y Jesús, el hijo que Él nos mandó a morir en la Tierra, pero cuando noto tu deleite al contemplar estas pinturas creo que estoy equivocado y que sucede todo lo contrario, que eres un verdadero fanático de Él.

—Las imágenes que vemos son tan reales —eludí pronunciarme sobre el fondo del asunto—, que parece que hacen vivir el momento que narran.

—Los primeros cristianos —interpretó mal Galo mis palabras— eran en realidad unos pioneros que predicaban la palabra de Dios cuando los creyentes de Cristo no eran más que un puñado de hombres.

—Y que eran perseguidos por ello —acoté aún más las apreciaciones de mi hermano.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Galo suspicaz.

—Nada en concreto. Solo constataba una realidad.

—Que puede parecer preocupante, porque esa persecución tan vil fue llevada a cabo por muchos augustos que precedieron a nuestra dinastía en el trono del imperio.

—Yo creo que no debería preocuparnos eso.

—¿Por la ignorancia de los emperadores de que estaban ante la fe verdadera?

—En parte puede ser así, aunque no me refería a esa particularidad en concreto.

—¿A qué, entonces?

—Al derecho de César y sus sucesores a creer en los dioses que adoraban sus ancestros desde los orígenes de la ciudad, el *ab urbe condita* que situamos 753 años antes de que naciera Cristo y que es como se ha medido el transcurrir del tiempo siempre en el imperio.

»No debe ser nada fácil para nadie dejar de lado a las deidades en las que has creído tú y tu pueblo durante siglos para ser sustituido por un dios único predicado desde Judea, uno de los lugares más recónditos del imperio. —Hice una pausa para quitarle gravedad a lo que estaba diciendo, en mi afán, a pesar de ser aún un niño, de no desvelar más de lo necesario sobre mis creencias religiosas a alguien que ahora era mi hermano y, quién sabe si en el futuro, también enemigo—. El cristianismo parece haber triunfado ya, por el bien de Roma —añadí esta mentirosa coletilla para eludir cualquier sospecha sobre mi verdadero credo, que no era el de Jesús—, pero el futuro aún no está escrito y no sabremos nunca, ni tú ni yo, si esta religión sera sustituida por otra en pocos o muchos años o siglos, y las reticencias que tal cambio producirá en obispos y creyentes más acérrimos.

—¿Insinúas que la doctrina de Cristo no es la verdadera? —exclamó Galo, visiblemente alterado.

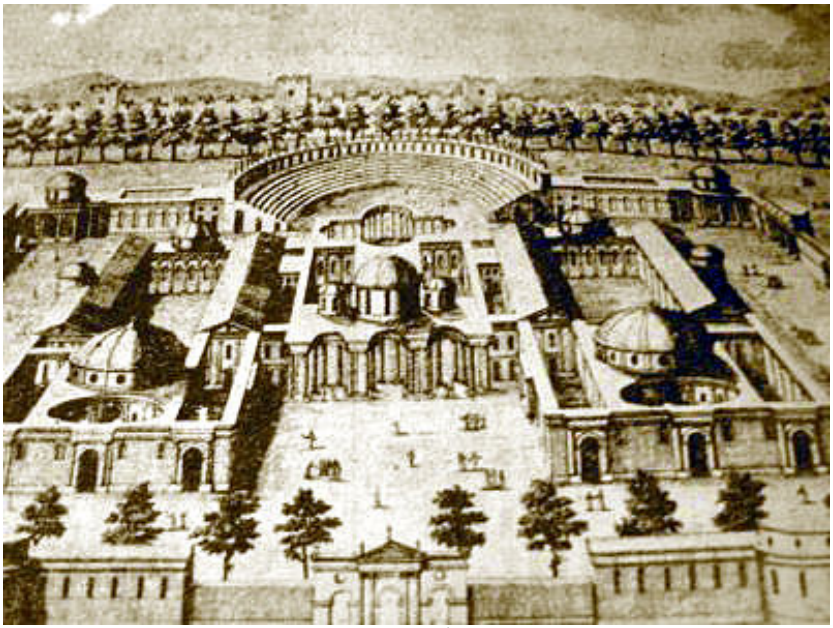
—Hermano, no soy más que un crío, así que no me digas que yo quito o pongo reyes —me puse aún más a la defensiva—. Solo te pido que te pongas en la piel de césares antiguos y no tanto, como por ejemplo el mismo Augusto, el no tan lejano Trajano o el más próximo Diocleciano, y te hagas la misma pregunta que yo te he formulado. ¿El culto al Dios Sol, a Júpiter, incluso a Mitra, pueden ser la religión verdadera?

Escuela de Atenas

## VI. Las Escuelas

Constantinopla

Transcurridos seis años, a Galo y a mí se nos permitió abandonar el palacio de Macelo, aunque si nuestros caminos no fueron divergentes al principio en lo referido al destino, Constantinopla, sí se dispersaron con respecto a lo que a cada uno nos interesaba. Así, mientras él, que como es bien sabido tenía más edad que yo, prefirió instruirse en la política, el manejo de las armas y la estrategia militar, por mi parte, elegí continuar con la educación del intelecto, para lo que acudí a la Escuela de Retórica de Nicocles y también de Hecebolio, para lo que también hube de viajar a Nicomedia, una ciudad bitinia orillada al Mar Negro, muy famosa porque llegó a ser residencia de Constantino el Grande, que la embelleció hasta el extremo, recogiendo la siembra que unos pocos años antes estableció para con ella Diocleciano, que la convirtió en la principal urbe del oriente romano y que ahora combatía a duras penas con el esplendor de Constantinopla, en pleno auge y ascensión tras su refundación.



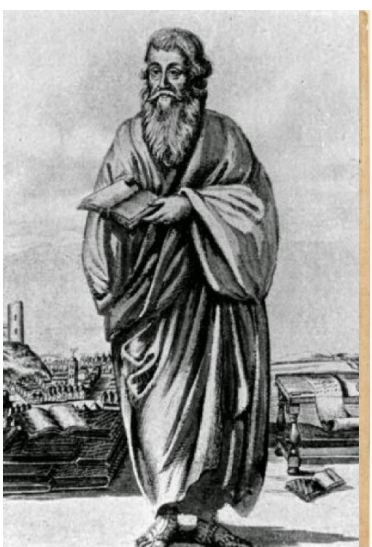
Nicomedia

Aun así, la historia de Nicomedia no se podía borrar con esplendores recién creados y nadie podía quitarle que fuera la última residencia de Aníbal Barca antes de su suicidio ni que en ella naciera Arrio, el profeta de los que tomaron su nombre sus seguidores para distinguirse del resto de los cristianos.

Aníbal Arrio

He de decir que en mis convicciones teúrgicas y místicas predicadas influyó más la matanza de los míos cuando yo tenía no más de seis años, pero no fue esa la única obstinación que me hizo oponerme al culto cristiano, pues tuve preceptos de esa religión que me educaron en ella e incluso el mismísimo Hecebolio acabó convirtiéndose, sin que su gran inteligencia fuera capaz de percibirse de su falsedad.

En la Capadocia, Jorge, obispo cristiano, fue mi tutor; después en mis años de Constantinopla y Nicomedia, le sustituyó Eusebio de Cesarea, pariente lejano mío y una de las personas presentes en el fallecimiento de el Grande, también mitrado de esta última ciudad. Ambos se encargaron de mi educación religiosa, por lo que no se puede decir que no conozca a la perfección los entresijos del cristianismo.



Jorge de Capadocia y Eusebio de Cesarea

A Jorge sobre todo, pero también a Eusebio, les engañé haciéndoles creer que la diferencia entre la fe verdadera para ellos y el paganismo la tendría que construir yo leyendo las disquisiciones de los clásicos griegos e incluso las obras de sus teóricos seguidores en el momento actual. Me estoy refiriendo a Edesio, el más popular seguidor de Jámblico, y sus discípulos Eusebio de Mingo, Crisantio, Prisco y Máximo de Éfeso, que me dieron a conocer con una claridad

meridiana el neoplatonismo, por entonces en pleno apogeo, convertido en el soporte fundamental del paganismo de las élites cultas.

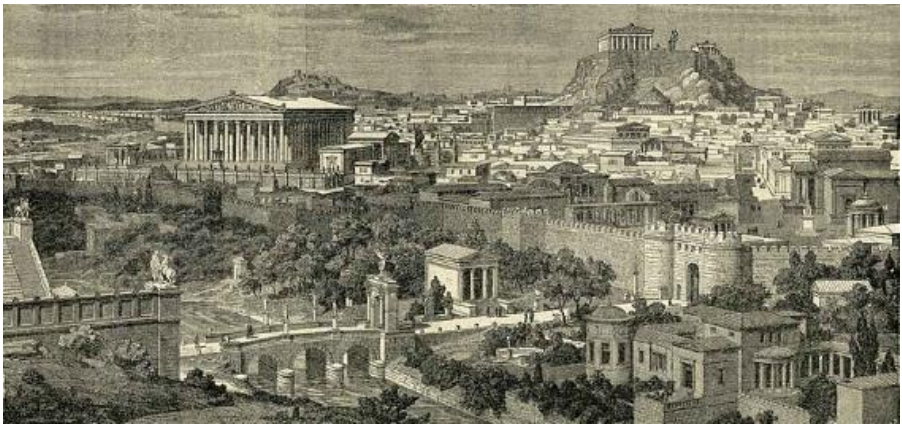
En la biblioteca de Jorge pude encontrar *El Discurso verdadero*, de Celso, escrito ya hacía un siglo y medio y la refutación del mismísimo Orígenes, considerado uno de los padres de la iglesia cristiana, redactado unos pocos años después, titulado *Contra Celso*, y varios libros más, tal vez el más importante el titulado *Contra los cristianos*, de Porfirio, más reciente que los anteriores, llevada al público a finales de la centuria pasada. La obra alcanzó gran controversia e incluso aún hoy se aboga por su prohibición o, mejor aún, por su destrucción y borrado de los anales.

En él me basé para escribir mi *Contra los galileos*, que también será condenado a la hoguera si el timón con el que pretendo dirigir al imperio fracasa y los cristianos mantienen su preponderancia sobre el gobierno del mismo. ¡Hasta el mismo Cirilo, obispo de Alejandría, platicó para denostarlo ante sus fieles!

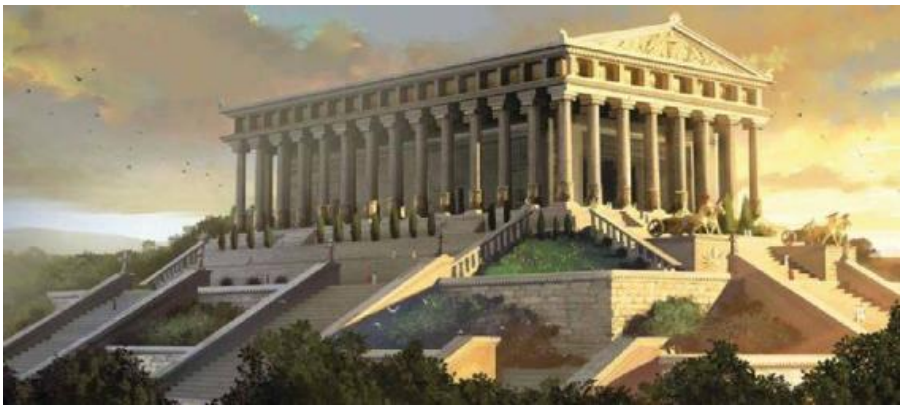
rio

En el año 351 mi hermano Galo fue llamado a su lado por el emperador Constante para proclamarle como césar de las provincias orientales. Entonces, yo ya contaba con diecinueve años y el empleo otorgado a mi pariente más cercano, del que parecía inseparable

durante tanto tiempo aunque nuestras inquietudes vitales fueran tan diferentes, hizo que yo dispusiera de más libertad de movimientos y puede viajar así para el conocimiento de otras escuelas filosóficas, las más importantes las de Atenas y Éfeso, donde los griegos situaban el templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo.



Atenas ↕



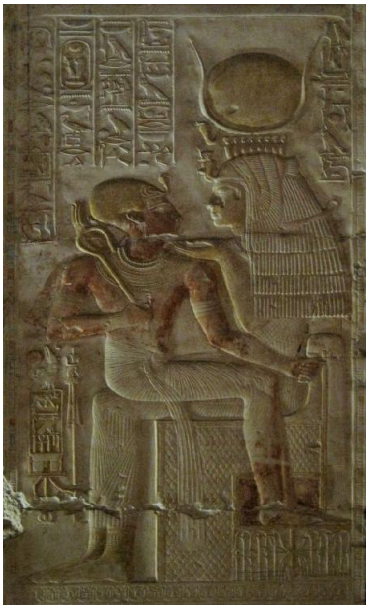
Aquí, en la provincia de Asia Menor, fue cuando vi con claridad que, definitivamente, la verdadera religión era el helenismo, lo que los seguidores de Jesús llamaban despectivamente paganismo.

Basado en las teorías neoplatónicas, me inicié en el culto mistérico de Mitra y Apolo, que me enseñó Máximo, un filósofo amante de la verdad clásica, en las que vertía influencias de deidades orientales.

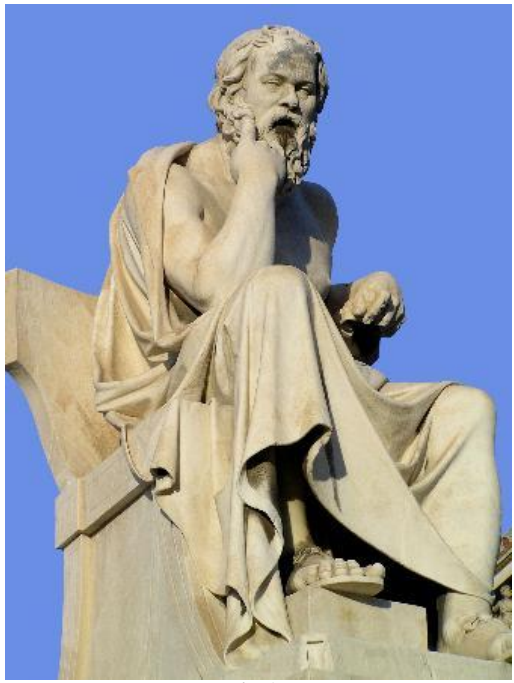
Apolo-Mitra

Él me enseñó la importancia de los actos culturales y aspectos mágicos propios de los ritos mistéricos, que además de los dedicados a las deidades que he citado, además de a la diosa Cibeles, diosa de la Madre Tierra y a Isis, diosa madre, entre otras cosas, en Egipto.

En Atenas conocí a Libanio y, muchos años después, a Prisco, filósofos neoplatónicos que me proporcionaron un amplio conocimiento del mundo clásico, y aunque ninguno de los dos eran cristianos, sí tuvieron entre sus oyentes y discípulos a prohombres que sí profesaban esa religión.


e Isis

También puedo decir lo mismo sobre los hombres sabios con los que traté y me proporcionaron el honor de mostrarme sus ideas. Aquí vuelvo a sacar a colación el nombre de Hecebolio, un sofista, hombre dedicado a la formación en el arte de la política y la ciudadanía, y que cobraban una remuneración por ello. Otro de esos eruditos era Proheresio, un cristiano, orador de gran talla al que conocí en Atenas y que abandonó la enseñanza pocos años después, tras la ley que yo mismo promulgué para que los cristianos que quisieran mantener el magisterio que ejercían debían renegar de su fe y él se negó a hacerlo.



Platón

Al día siguiente a dejar de ejercer, Proheresio[10] pidió verme y yo le recibí gustoso.

—¿Por qué das muestras de tamaño fanatismo? —inquirió sin cortapisas el orador—. Siempre he pensado que tu política religiosa iba a poseer la coherencia de un hombre formado como lo eres tú, y aunque eres propenso al paganismo, tu decreto de libertad religiosa creo que era lo más acertado de acuerdo a lo que yo creía que era tu buen hacer.

—Proheresio, no estás orando ante un público interesado en la filosofía —le corté las digresiones de su discurso, con el fin de que fuera al grano—. No me parece mal que me critiques, porque te considero un hombre sabio, pero también habrías de mostrar la misma discrepancia con la intolerancia de los cristianos, de los que tú formas parte.

—Te refieres a Jorge, tu tutor de la infancia —asintió el filósofo —. Más de una vez me has hablado de él y lo definías siempre como persona intolerante. —Su gesto se hizo más adusto todavía que el que ya llevaba, que era muy importante desde el principio—. El tiempo te dio la razón, porque cuando el emperador Constancio le nombró

obispo de Alejandría, se mostró como un sádico que ejerció una cruenta represión de los paganos que habitaban en su diócesis.

—Por eso, no es recriminable que los perseguidos tan ferozmente por él lo prendieran, torturaran y le mataran —reafirmé las palabras del filósofo.

—Algo que justificas tú en una carta dirigida a los alejandrinos.

—Misiva que también recordaba que Roma, a pesar de todo, debe regirse por el imperio de la ley.

Proheresio calló un momento largo, en el que no dejó de escrutarme con una mirada intensa que llegó a hacerme una especie de dolor físico.

—Te engañas a ti mismo —arguyó por fin—, pero no conseguirás hacerlo también conmigo.

—¿A qué te refieres?

—A las causas de tu odio hacia los cristianos. No es únicamente la actitud de Jorge quien te inspira. Es más, eso es una causa secundaria, casi una excusa.

—No necesito nada de eso. Siempre he reconocido que las matanzas en mi familia en el año 337 me hicieron dudar desde la infancia de las bondades supuestas del cristianismo.

—¿Lo ves, Juliano? Mencionas las matanzas de familiares y casi nunca dices que dos de esos allegados, sangre de tu sangre, fueron tu propio padre, Julio Constancio, y tu hermano mayor. —El filósofo dio un profundo suspiro que removió su ser de arriba abajo—. Nunca hablas de ellos, insisto, ni tan siquiera en la narración que haces en tu propia biografía y que he tenido la oportunidad de leer. Como tampoco cuentas que si Galo, tu hermano, y tú mismo estáis vivos es porque Constancio II no tiene hijos y que os tuvo tan cerca de él durante seis años, y al mismo tiempo tan aislados en Macelo, es porque si tenía descendencia y ya no os necesitara para prolongar la estirpe constantiniana, os haría degollar sin que le removiese un ápice la conciencia.

—Te recuerdo que Constancio es cristiano, lo que demuestra una vez más la crueldad de los que siguen la religión que tú profesas.

—Constancio es más emperador que cualquier otra cosa, incluso

cristiano.

Reflexioné sobre las palabras de mi interlocutor, más de las anteriores que de estas últimas. Proheresio tenía razón. Hasta en mis propias memorias pretendía engañarme a mí y a todos mis lectores. Sí, las vidas de Galo y la mía dependieron durante seis años de un coito bien echado por parte del emperador Constancio o que se revelara definitivamente si era estéril o no.

Mientras tanto, por si no nos mataba, a Galo le preparó para ser césar y a mí para ser obispo de una religión de un dios en el que no creía.

¡Si al me menos me hubiesen educado para ser filósofo! ¡Pero para ser obispo!

## VII. Magnencio, el usurpador

La cohabitación de Constancio y Constante como emperadores de Roma tuvo sus altibajos, aunque nunca ninguna acción ni tampoco despecho hizo que llegaran a cruzar las armas.

Constante era niceno y Constancio arriano, circunstancia que creó tensiones entre ellos, como los efectos de una guerra no declarada, pero ambos eran cristianos al fin y al cabo y las medidas para hacer de su credo la religión dominante fueron similares por ambas partes.

Muy pronto, en el 341, el augusto de Occidente había prohibido por ley los sacrificios a los dioses paganos y la práctica de la magia, medida que su hermano Constancio aplicó en Oriente un lustro después. Pero Constante no se conformó con eso, la religión de Jesús se convirtió en él en fanatismo y ordenó el cierre, que no destrucción, que es algo que acotar en su descargo, de los templos abandonados dedicados a los dioses tradicionales de nuestra gran nación, la más importante de la historia. También ordenó perseguir a los arrianos y declaró la guerra en la provincia de África contra una nueva corriente

del cristianismo, el llamado donatismo[11].

La cuestión era que la ortodoxia doctrinal salida de Nicea, confirmada luego por otros concilios que le siguieron, establecía que una vez otorgados los votos a un hombre para que administrara los sacramentos desde un sacerdocio, el derecho divino decía que la concesión era irrevocable. Opino yo, como los donatistas, que este era un argumento que abría de par en par las puertas de la corrupción en esa institución que se llamaba iglesia, que se había arrogado en sí misma la representación divina como seguidores de Pedro, nombrado por Jesús como sucesor, una aseveración difícil de mantener, porque Él goza de la perfección absoluta y el hombre es asolado por multitud de faltas y defectos.

San Agustín y los donatistas

Entre los indignos de este cisma, de los que fueron surgiendo más porque en realidad la doctrina cristiana se estaba construyendo, se encontrarían también aquellos que abjuraron de la fe de Cristo durante las persecuciones a los cristianos llevadas a cabo por Diocleciano, el último emperador abiertamente hostil contra los seguidores de Jesús, la primera realizada en el último año de la centuria pasada y la segunda llevada a cabo con edictos y ejecuciones

de entre tres y cinco mil personas en los primeros años del siglo en que estamos. Hasta el 305, momento en que Diocleciano se convirtió en el primer emperador de la larga historia de Roma que abdicó.

Dicha represión le reportó un éxito inesperado, la práctica erradicación del bandolerismo, un hito que pasó desapercibido para la mayoría de hombres y mujeres que gobernaba, mientras que su política religiosa sí estaba produciendo el descontento entre ellos.

El nuevo puritanismo promovido por el cristianismo, antítesis de la noción de lo que Roma había sido siempre, impulsó a Constante a promulgar una ley contra la homosexualidad, otro concepto que no producía ningún rechazo entre los romanos, como muestra la actitud del gran Julio César al respecto, del que se decía que era el marido perfecto de toda mujer y la esposa de todo hombre. Que un varón yaciera con otro nunca había sido bien visto del todo por la sociedad romana, incluso los enamoramientos de otros hombres del fundador del imperio en detrimento de la república vigente hasta que él la derrocó, causaban mofa en su tropa, sobre todo cuando se tuvo noticia de su supuesto romance con Nicomedes, el cuarto, rey de Bitinia, que parecía tenerlo tan encandilado que se decía que el monarca lo manejaba como un pelele.

Nicomedes IV de Bitinia

A pesar de ello, no era una inclinación sexual que suscitara escándalos en la opinión pública de Roma. Sí es cierto que las relaciones entre hombres en el ejército fueron prohibidas desde hacía dos siglos ya, y que muchos consideraban que el fin del mundo heleno se debió, en cierto modo y en su justa medida, al abuso de las prácticas homosexuales entre los griegos y, sobre todo, las de carácter pederasta. A pesar de ello, este tipo de amoríos fue considerado una costumbre cultural en ciertas provincias del imperio.

Tantas discrepancias sobre lo que significaban este tipo de relaciones hizo, de hecho, que la ley de Constante, aunque recogía en parte el rechazo sin ambages del cristianismo a este tipo de prácticas, fuera en realidad muy ambigua en su contenido, porque castigaba a los que hacían de mujer en el acto sexual y eran penetrados, mientras dejaba impunes a los que se situaban arriba. De una forma casi literal se plasmaba en el edicto que ningún hombre libre debería degradarse a acoplarse en el coito como si fuera una mujer.

Lo cierto es que tanto integrismo religioso, tanta persecución e intolerancia derivaron en que Constante se convirtiera en un augusto muy impopular entre los suyos, de tal forma que cuando Magnencio, un general galo estacionado en las fronteras del Rin, comandante de las unidades Herculianas y Jovianas de la guardia imperial, se sublevó contra su señor en enero del año 350 y se proclamó emperador con el apoyo del ejército a su cargo, muchos de los suyos manifestaran en privado lo conveniente de la rebelión.

Constante fue apoyado por tan solo un puñado de sirvientes que permanecieron leales al auténtico emperador, por lo que tuvo que huir y fue asesinado poco después por unas tropas de caballería ligera cerca de los Pirineos.

Magnencio obtuvo de inmediato la lealtad de Britania, Galia e Hispania, en buena parte por su política de mayor tolerancia hacia todas las religiones, tanto cristianas como paganas. Para mantener bajo su mando tanto a Italia como a África, se amparó en la elección para su gobierno de hombres de confianza, que coparon los puestos más importantes de la administración de ambas provincias.

Aunque no todo fueron lealtades para el usurpador. Flavio Julio Nepociano, uno de los tres familiares que Constancio no había masacrado en el año 337, descendiente como yo de Constancio Cloro, padre de Constantino, llamado después el Grande y constituidor de la dinastía constantiniana, como ya he dicho antes, en líneas pretéritas de estas mis memorias, se proclamó emperador y penetró en la ciudad de Roma con un grupo de gladiadores a principios del mes dedicado a la diosa Juno.

Nepociano

La batalla en la ciudad que daba nombre a nuestra gloriosa nación, la más importante jamás nacida, fue de poca importancia, en la que Nepociano y sus extrañas huestes derrotaron al prefecto Ticiano, que solo pudo oponerle ciudadanos sin preparación militar.

Magnencio, para sofocar esta rebelión que se había opuesto a la suya con más razón que la que él nunca hubiera llegado a tener, al tratarse él de un mero usurpador sin derecho alguno sobre la corona imperial, mando a sofocarla a Marcelino, *magister officiorum*[12] nombrado por él.

Veintiocho días después de coronarse como emperador, Nepociano fue derrotado por Marcelino, muerto y su cabeza puesta en una pica que fue paseando por toda la ciudad. De paso, pasó a cuchillo a Eutropia, la madre del rebelde, y a los senadores propicios al vencido para que un episodio similar al del breve autoproclamado augusto no volviera a producirse.

Constancio el segundo, primo mío por gracia de los dioses, no estaba dispuesto a admitir la presencia de Magnencio como emperador de Occidente y decidió actuar en consecuencia.

En primer lugar, nombró a mi hermano Galo como césar de Oriente para que administrara su legado mientras él ejercía la segunda decisión que había tomado, ir al encuentro del usurpador al frente de sus legiones tras llegar a un acuerdo con ciertas tribus germánicas para que le ayudaran en su empresa.

VIII. **Vetranio**[13]

Una mención especial en esta crisis se merece Vetranio, un veterano general que en ese momento ejercía como comandante del ejército de Panonia, un territorio situado en el cauce medio-bajo del río Danubio, al norte y sobre todo al oeste de Grecia.

Tras el asesinato de Constante y el ascenso a la mitra imperial por parte de Magnencio, las tropas a su mando decidieron no

conformarse y proclamaron al general como augusto.

Este movimiento fue anterior al de Nepociano, pues se produjo el primer día del mes dedicado a Marte.

La actitud hacia él de los otros dos emperadores que ya ejercían como tales fue similar. Magnencio intentó incorporarlo a su causa prometiéndole todos los honores con el que el viejo general pudiera soñar, mientas que Constancio reconocía la proclamación de Vetranio con el fin de que no se aliara con su enemigo para, una vez enfrentado cara a cara con el usurpador, renunciara al honor concedido o, al menos, obtener de él la degradación a césar. Para mantenerlo neutral, incluso le llegó a mandar la diadema imperial.

El encuentro entre ambos se produjo unos meses después, puesto que Constancio se encontraba en Siria combatiendo a los persas cuando Magnencio se tornó en usurpador. El primer acto de Vetranio fue devolverle la corona.

—¿Qué significa esto? —le preguntó Constancio, muy sorprendido.

—Mi señor augusto —respondió la voz de aquel hombre de rostro surcado por mil arrugas, entre las que se camuflaban abundantes cicatrices de heridas de guerra—, la mía ha sido una revuelta de lealtad hacia tu persona. La idea de que actuara como lo he hecho ha provenido de Constantina, tu hermana que ahora me han dicho que entregarás a Galo, el césar de Oriente que vais a proclamar, como esposa

—¿Por qué he de creerte?

—Porque si no fuera así, me habría unido a Magnencio

—Tal vez él no os quiera de su parte.

—En tal caso, no me hubiese abrumado con el envío de jugosas promesas a través de sus mensajeros.

—Pero vuestra negativa a combatir junto a él pudo deberse a otros motivos.

—¿A cuáles, mi señor, si deseas compartirlos conmigo?

—A que te consideraras un igual a Magnencio y estimaras que él era quien debía unirse a tu causa y no al revés.

—¿Me habéis visto bien, Constancio? —El rostro de Vetranio se desfiguró con una mueca de hastío—. Los años que tengo son ya

muchos y no va a ser ahora, en mi vejez, cuando entre en política si decidí no hacerlo años atrás. Mi señor augusto, yo solo me he limitado a mantener fieles a tu autoridad a las legiones de Panonia. Si me crees, fortalecerás mi honor; si no, mándame ejecutar ahora mismo porque no merezco la indignidad de que yo sea sospechoso de querer derrocarte. La tropa me proclamó augusto, tú me enviaste la diadema, jamás acepté lo primero ni me puse la tiara.

—¿No existe una tercera opción para que podamos llegar a un acuerdo?

—Yo ya me he despojado de la púrpura de emperador, Constancio —Vetranio no parecía relajarse en ningún momento—. Dejadme vivir el resto de mis días, aunque sea como un soldado raso, con la pensión que me corresponda, en un lugar apartado del imperio. No pido más.

—Así sea.

La conversación entre ambos personajes la relató el propio Constancio unos años después. A mor de ser sincero, no creo que hubiera tanta nobleza por parte del uno y el otro. ¿Por qué, si no, Vetranio se suicidó seis años después, en el 356? Esta decisión me dio a entender que el viejo general sí pretendió ser augusto, pero debió arrepentirse después o entregó la diadema imperial porque se dio cuenta que jamás podría vencer ni a Magnencio ni a Constancio para

preservarla.

Sospecho que no fue Vetranio quien pidió el retiro con la pensión de un legionario, sino que fue degradado por su señor, que si le perdonó la vida fue porque el nombre de Constantina, su hermana, estuvo entre las brumas de la conspiración para encumbrar al veterano general al cargo de emperador.

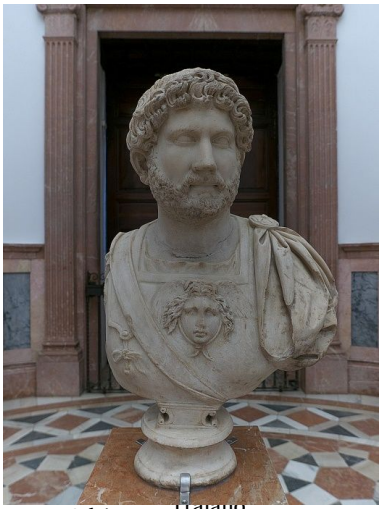
Una vez asegurada la lealtad de las legiones de Vetranio, Constancio siguió el camino que le llegaría a enfrentarse con Magnencio.

La batalla que confrontó a los dos ejércitos pasó a los anales con el nombre de Mursa Major, librada ya en el año 351.

El usurpador dirigió en persona a los suyos, el augusto verdadero vivió la confrontación rezando en una iglesia. La batalla se considera una de las más sangrientas de la historia reciente de Roma, pues según contaron los anales murieron entre cincuenta y cien mil soldados, una cifra que suena exagerada, aunque sí fue terriblemente cruenta. Magnencio perdió a dos de cada tres de sus hombres, Constancio la mitad de los suyos.

¡Cuántas vidas perdidas innecesariamente cuando el imperio tenía tantos enemigos allende de sus fronteras! No dejo de imaginarme a los ejércitos de Roma unidos bajo el áurea de un solo emperador, orgullosos de ser ciudadanos de la nación más importante de la historia, empeñados no solo en la defensa de las marcas actuales, sino en lucha por la toma de Europa y emular en el este al gran Alejandro Magno. Después de Trajano[14], años han pasado ya, cuando Roma

alcanzó su máxima expansión territorial, los em-peradores y sus generales parecían más pendientes de defender nuestras fronteras, que no se habían conseguido ni tan siquiera consolidar, o politiquear para obtener el grado de augusto, lo que no dejó de provocar guerras civiles, una detrás de otra, un desgaste interno que favorecía a bárbaros y persas.



Adriano Trajano

Marco Aurelio

Volviendo a Magnencio y la batalla de Mursa Major, he de decir que esta fue un hito en la historia de la guerra, porque fue la primera vez que la caballería pesada derrotaba a legionarios de a pie.

La victoria de Constancio fue decisiva, pero no definitiva porque Magnencio consiguió escapar y presentó nueva batalla en Mons

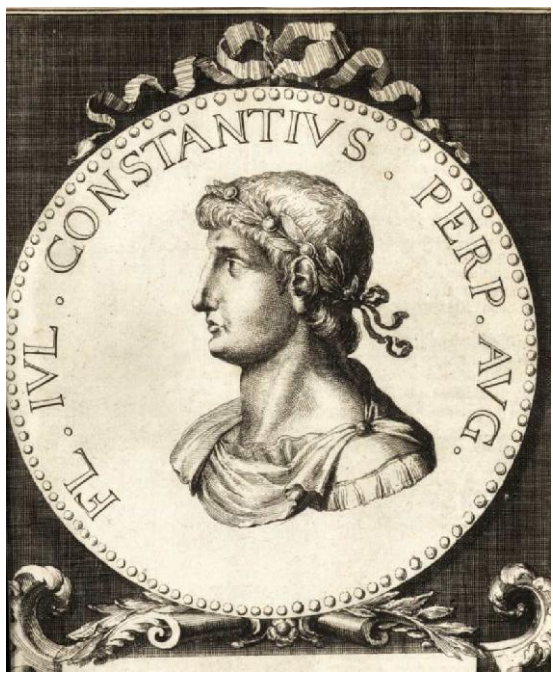
Seleucus dos años después, aunque la influencia y poder del usurpador estaban muy debilitados.

Al igual que en el encuentro anterior, Magnencio capitaneó a sus huestes mientras que Constancio se desentendió de la lid durante su transcurso para predicar en la tumba cercana de un mártir.

Magnencio volvió a ser derrotado y el usurpador decidió suicidarse allí mismo, insertándose en su espada.

Las victorias de mi primo, por muy distraídas que fueran por su parte, le permitieron volver a reunificar el imperio, un hecho al que ningún romano debería renunciar nunca, menos aún cualquier hombre con derecho a ocupar el trono, para así alejar de una vez por todas los fantasmas de las guerras civiles y dedicar nuestras fuerzas a consolidar *in aeternum* el imperio e incluso seguir expandiendo sus fronteras, insisto mucho en esta idea, hasta límites desconocidos hasta ahora.

## IX. Constancio Galo




Galo fue el tercer hijo del matrimonio entre Julio Constancio, hermanastro de Constantino el Grande y su primera esposa, Gala. Yo,

en cambio, tuve el mismo padre, pero mi padre fue Basilina, su segunda mujer.

No voy a volver a narrar las cuitas de la infancia que pasamos juntos en Macelo y luego en Constantinopla y Nicomedia, porque ya hablado largo y tendido sobre ella y no albergo ningún deseo de entrar en más detalles sobre esos años.

Por fin, con la sublevación de Magnencio y su usurpación del rango de augusto, Constancio el segundo requirió a Galo para el puesto para el que había sido educado desde niño, el de césar, en este caso para gobernar las provincias orientales del imperio mientras él marchaba contra el general levantisco.

Constancio lo recibió en la ciudad de Sirmio, la localidad donde había pactado el reparto del imperio con sus dos hermanos, situada en Panonia, una vez hubo resuelto el problema de Vetranio, para notificarle su nombramiento y exigirle que se casara con su hermana Constantina. El propósito del augusto con esta cuestión, irrenunciable por parte de mi hermano, era estrechar lazos entre ambos y mantenerle controlado a través de ella.

Galo contaba entonces con veinticinco años, tenía un aspecto atlético, muy bien parecido por no decir guapo y un gran porte.

Nada más ser nombrado césar, vino a visitarme a Nicomedia. Los dos nos dimos un sentido abrazo y yo le felicité de inmediato.

—Los designios de Dios te han hecho justicia —le dije echándole un poco de teatro, como cada vez que tenía que proferir albricias mencionando a un ser en el que no creía.

—Gracias, hermano mío —repuso él, asiéndome de los hombros y observándome de hito en hito—. Este es otro de los motivos por los que no nos mató Constancio cuando éramos niños, para que pudiéramos servirle en cuanto nos hiciéramos hombres.

—Hablas en plural y creo que te equivocas —con-travine yo, alarmado—. Los caminos de la política no han sido trazados para mí, Galo, te los dejo para ti todos.

—El futuro no está escrito, Juliano —insistió mi hermano—. Constancio pasó de tenernos en la cola del degolladero a educarnos con cierta dignidad imperial. No sabemos si mañana o pasado el augusto, al igual que ha hecho conmigo, te llamará a su lado y te

encargará un empleo digno de tu persona. Es posible incluso que te haga obispo de Roma, Mediolanum o de Nicomedia o de la mismísima Constantinopla.

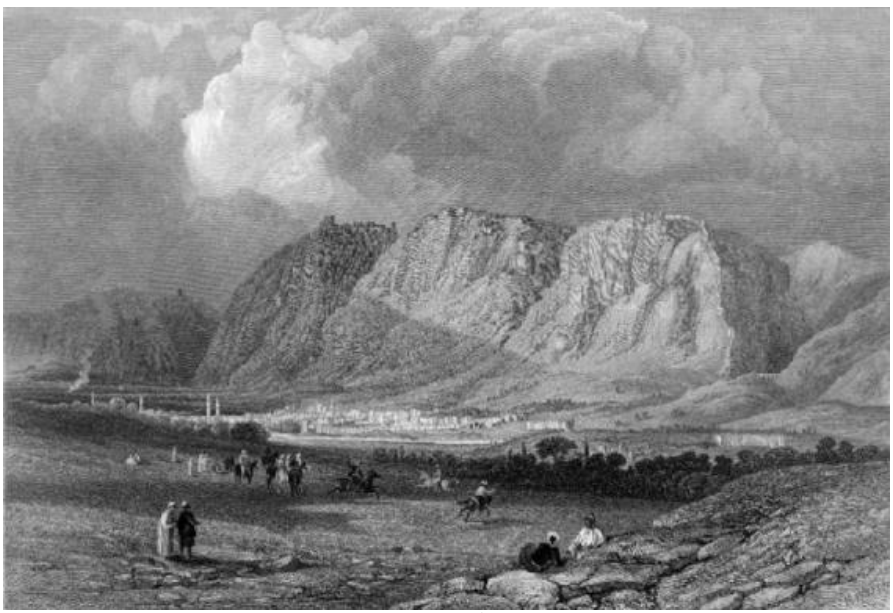
—Prefiero ser filósofo a sacerdote.

—Lo imagino, pero no sé si eso lo entendería Constancio.

—Nuestro primo no vivirá siempre, Galo. Tú serás su heredero, él no ha tenido hijos. Solo te pido que, llegado tu momento, tenas en cuenta mis deseos y no me sitúes en puestos o cargos que no sean de mi gusto.

—Constancio no es un hombre tan viejo como para que se vislumbre su final inmediato. —Eso era cierto, el emperador contaba con tan solo treinta y cuatro años de edad—. Aun así, te juro que tendré en cuenta lo que dices si alguna vez me ciño la diadema sobre la cabeza.

No hablamos mucho más. Galo se dirigió hacia Antioquía, donde fijó su residencia para su ejercicio como césar.



Antioquía

¿Qué puedo decir sobre cómo ejerció el poder mi hermano? Fue desafortunado, más por el uso desmesurado de la fuerza para solucionar todos los problemas que le sobrevivieron como regente. O tal vez sería decir que su único remedio ante toda situación

complicada que se le presentó fue la violencia.

El primer problema que le sobrevino fue la rebelión judía en Diocesarea, en Palestina, que se cebó especialmente con la población griega y samaritana. Galo mandó para sofocarla a Ursicino, uno de sus generales más experimentados, al que dio carta blanca para sofocar la revuelta. La solución tomada fue la ejecución de todos los rebeldes, arrasar la ciudad hasta los cimientos y el saqueo e incendio de Dióspolis, Tiberíades y otras poblaciones cercanas. El levantamiento fue abortado, aunque con el uso de unas medidas tan drásticas que disgustaron al entorno del emperador Constancio.

Un segundo inconveniente con el que tuvo que lidiar mi hermano fue la actividad de los bandidos isaurios, que atacaron Seleucia de Cilicia[15], situada al sur de la península de Anatolia. Contra ellos, Galo envió a Nebridio, el *comes Orientis*[16] o vicario, en realidad el gobernador de la provincia que recibía ese título especial, que consiguió expulsarlos de allí.

El problema de Galo, que sobrevivió a una conspiración para asesinarlo al ser avisado de la trama por una anciana, es que ante los funcionarios con que Constancio le rodeó para su control, se mostró como un tirano distante y con arrebatos violentos. Los cesaba de repente, sin motivo aparente.

A sus opositores los trató con mano dura, desafuero y crueldad, lo que hizo que Constancio, que confiaba ciegamente en los cargos designados por él, empezara a recelar del césar y pensó que estaba

dando los primeros pasos para rebelarse contra él.

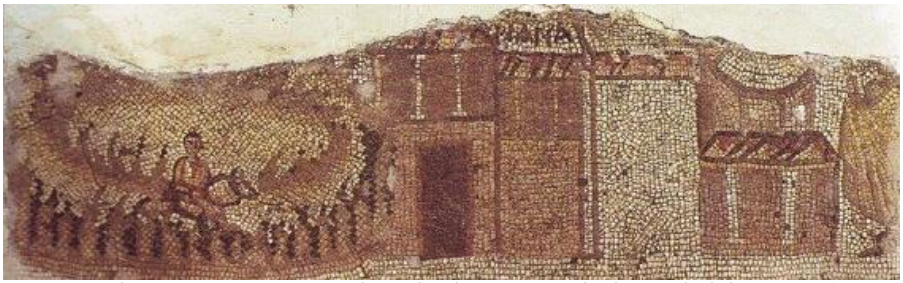
Tampoco pudo Galo ganarse el afecto del pueblo llano, sobre todo a raíz de una sequía que provocó escasez de grano. La intención del césar fue que todo el mundo tuviera acceso al trigo, para que reguló para él un precio bajo de venta.

Pero el efecto fue justo el contrario al pretendido, al ser aprovechada la bajada de su valía por los especuladores para acaparar la mayor parte del cereal y luego revenderlo a tarifas desorbitantes, lo que arrastró a la mayor de la población al hombre.

Galo se desentendió de cualquier responsabilidad de la hambruna, que achacó a Teófilo, el cónsul de Siria, que fue linchado por una turbamulta desesperada ante la falta de alimentos que llevar a la mesa.

El culmen de esta situación llegó a mis oídos en forma de rumor, que decidí comprobar en persona, desplazándome de incógnito a Antioquía. Quería ver con mis propios ojos si mi hermano, tan diferente a mí y pariente mío solo a medias, pero no por eso menos apreciado por mí, había tomado el camino de la locura de un modo

irreversible, o si sus manías se debían a la falta de confianza en sí mismo y en sus dotes de gobernar como césar a pesar de haber sido elegido por el emperador.



Parte de un mosaico que reproduce el Palacio Imperial y la catedral de Antioquía

Coincidí con él en una de las plazas más concurridas de la ciudad que él había elegido como capital, que casualmente o no era la cuna de San Pedro. Iba disfrazado de comerciante heleno, con postizos para la barba y la longitud del pelo.

Se quedó sin habla al encontrarse frente con frente conmigo.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó sin más preámbulos.

—Viendo tu disfraz —le contesté muy serio—. ¿Vas a un baile de máscaras?

—No. Miro por mi buen gobierno.

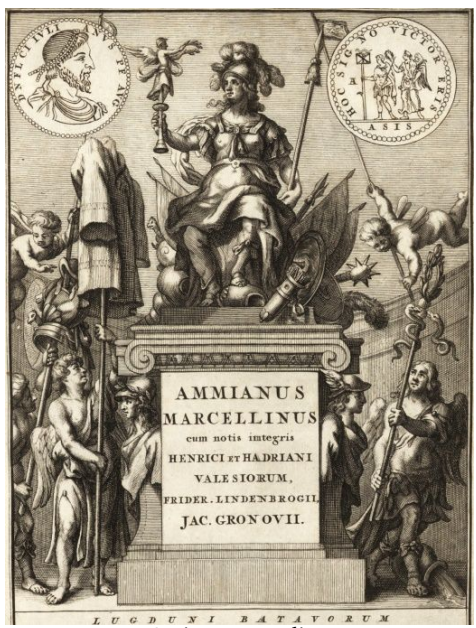
Gruta de San Pedro, en Antioquía, utilizada en el cristianismo primitivo y es considerada una de las primeras iglesias, sino la inicial

—¿Cómo? ¿Acaso recorres las calles de Antioquía por las noches con la facha de otros para preguntar por ti mismo?

—¿Hay mejor forma de atender a los ciudadanos que conociendo sus opiniones?

—Y si discrepan de tus haceres, ¿es cierto que matas a esos ciudadanos que tanto te importan?

—No. Eso son habladurías de Amiano Marcelino —protestó Galo —, que se las da de historiador pero que, en realidad, es un tergiversador que pinta los hechos a la conveniencia de quienes le pagan sus servicios, en este caso los jerarcas de Antioquía contrarios a mí.



Amiano Marcelino

—¿Ese Amiano es el mismo que ha escrito que tú y tu esposa Constantina sois propensos a arrestar y procesar a esos mismos jerarcas que tienden a sobornarle, culpándolos siempre de los cargos de los que se le acusan, siendo por ello ejecutados y sus bienes confiscados para engrosar vuestras riquezas?

—Existe una confabulación contra mí por parte de muchos, todos aquellos que quieren permanecer en el inmovilismo que mi gobierno pretende revocar, para hacer de Roma una nación moderna, capaz de enfrentarse a los enemigos que no dejan de acecharnos.

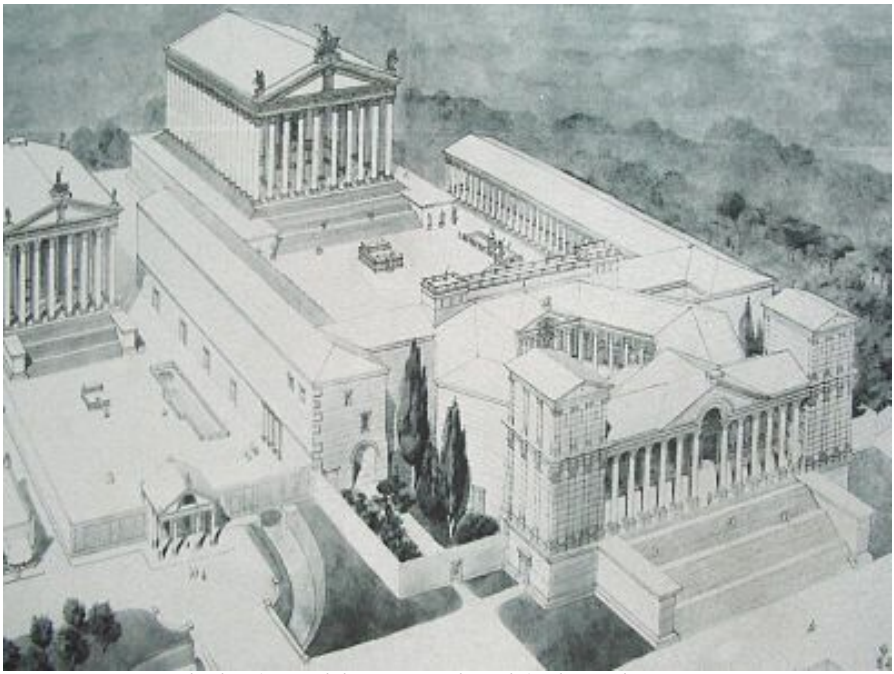
—Espero que tengas razón en lo que dices, hermano mío —

suspiré descorazonado— y tus acciones no sean propias de un orate. Porque nuestro primo Constancio empieza a recelar de ti y ha enviado a Domiciano, prefecto del pretorio, para que rindas cuentas de tu gobierno al mismísimo emperador. Y si él desconfía, tus días como césar están contados.

—Si soy denostado, no me preocuparé de los cargos que pueda mantener o perder, sino si tendría mis días contados —apostilló Galo, con voz ululante debido al miedo que empezó a sentir en ese mismo instante.

Domiciano y Galo chocaron desde el mismo instante en que se conocieron en persona. El enviado resultó ser un hombre de una arrogancia excesiva que quiso tratar a mi hermano como a un inferior. El carácter furibundo del césar salió a relucir y reaccionó a tal desconsideración ordenando su arresto. Moncio, su cuestor, que salió en defensa de Domiciano, provocó que los soldados enviados a prenderlos mataran de los dos sin ningún miramiento.

El cuestor, antes de morir y pretender salvar su vida, pronunció el nombre de dos *tribuni fabricarum*, oficiales encargados de las fábricas de construcción de armas, que al ser interrogados pusieron sobre la mesa una conspiración en marcha para derrocar a Galo, en la que estaban implicados soldados destinados en Mesopotamia, donde casualmente se encontraba un cuñado de Domiciano, de nombre Apolinar, y también su padre, del mismo nombre, que era rector en Fenicia.



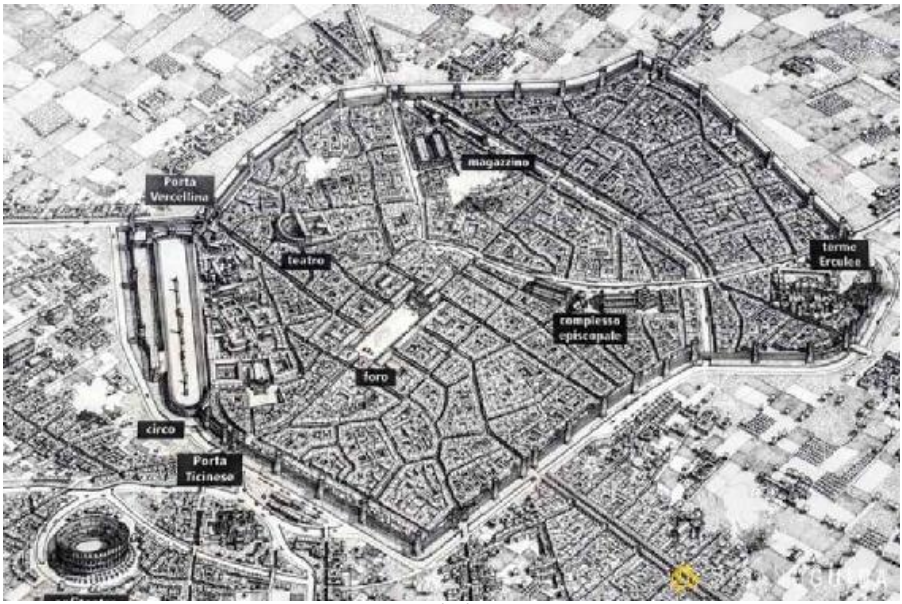
Templo de Júpiter del santuario de Heliópolis, en la antigua Fenicia

En el palacio del rector Apolinar se encontró una túnica imperial púrpura sin usar. Nadie supo a ciencia cierta si tan frágil indicio conspirativo se puso allí o estaba preparada para su uso en caso de haber proclamado césar a un usurpador en sustitución de Galo. Pero a mi hermano le sirvió como prueba irrefutable de la trama contra él y todos los supuestos implicados fueron asesinados por orden personal suya.

El emperador Constancio perdió la paciencia y hace llamar a Galo, por segunda vez, para que acuda a verlo a Mediolanum. Constantina debe acompañarle y precederle Ursicino, el general más vehemente de los que están al servicio de mi hermano.

El círculo imperial sospecha que el militar está organizando una revuelta para derrocar a Constancio de sus dominios de Oriente. Pero cuando Ursicino acude a la capital de Occidente, convenció a todos que todas sus acciones solo han tenido como fin el bien de Roma y que los excesos que haya podido cometer han sido por intermediación directa del césar. Un argumento convincente para demostrar su inocencia es que acudió a Roma en cuanto fue convocado, sin ningún tipo de temor por su parte, cuando tanto Galo como Constantina se

mostraban reacios a abandonar Antioquía.



Mediolanum

Tras el segundo requerimiento del emperador para que mi hermano y su esposa acudieran a su presencia, solo Constantina emprende viaje, aunque fallece súbitamente en el camino, concretamente en Bitinia.

Galo, mientras tanto, seguía con su vida cotidiana en Antioquía. No pensaba acudir a Mediolanum bajo ningún concepto porque temía lo que pudiera ocurrirle allí.

Un día tiene noticias de que Escudilo, *tribunus scutariorum*[17] de su primo, estaba yendo hacia él para mantener un encuentro entre ambos. Galo no puso ningún inconveniente en recibirlo, quería escuchar lo que Constancio quería transmitirle, aunque se imaginó que sería un nuevo requerimiento para que acudiera a su presencia.

—¡Oh, césar! —le refirió el tribuno tras saludarse—, es un honor para mí encontrarme ante tu presencia.

—Tanto como para mí recibir a un enviado del emperador de Roma, del que yo soy un sirviente más —Galo hizo uso de la ironía. Aquella visita no podía significar nada bueno para él.

—Noticias de él traigo, Constancio Galo.

—Espero que sean buenas.

—Las mejores para ti.

Aquel comentario sorprendió a mi hermano, que esperaba más las reprimendas que los requiebros. Se quedó expectante, a la espera de lo que Escudilo tuviera que decirle.

—En ascuas me tienes, prefecto —dijo con énfasis, para acelerar en lo posible la parla del visitante.

—El emperador Constancio ha decidido nombrarte augusto de Oriente —anunció el enviado.

—¿Quiere situarme a la par que él?

—Sí, eso mismo.

—¿Por qué iba a desear una cosa así? Conozco a muy pocos hombres capaces de ceder poder, la mayoría tiene la tendencia a acapararlo.

—Constancio ha derrotado a Magnencio y si ha ido a combatir con él es porque se trataba de un usurpador —la melosidad del tono utilizada por Escudilo inspiraba a confiar en él—. Jamás ansió las provincias gobernadas por Constante, porque era su carne y su sangre como lo eres tú. Una vez restituida la legalidad en toda Roma, se ha dado cuenta de que el gobierno de toda ella es tarea imposible para un solo hombre y ha decidido repartir esa obligación contigo, miembro de la dinastía constantiniana como él.

—Yo, ¿augusto de Oriente? Es un don difícil de creer.

—Pues eso es lo que el emperador pretende, así que no dudes

más y acude de una vez a Mediolanum a parlamentar con él las condiciones del reparto, como ya hizo el mismo Constancio tras la muerte de su padre, Constantino, llamado el Grande, con sus dos hermanos y establecer las fronteras que correspondieran a cada uno de los tres. Como ya te he dicho antes, el augusto que me ha mandado hasta ti tampoco disputó a Constante los territorios que este tomó bajo su control tras la muerte del primogénito de los tuyos, y si ahora ha asumido el dominio de todo el imperio fue porque Magnencio asesinó a Constante. Además, no podía permitir que un hombre que no fuera de la estirpe constantiniana campara como augusto en el Occidente de Roma.

—Lo que no entiendo es por qué he de acudir a Mediolanum y no nos podemos encontrar en un punto intermedio.

—¿Dudáis de las buenas intenciones de Constancio, el emperador que ha tenido el mayor gesto de generosidad que los anales recuerdan? Por favor, césar mío, tu magnífica gestión de Oriente del imperio significa que estas fronteras hayan sido pacificadas, no te haga perder la noción de que en Occidente ocurre lo mismo. Las tribus germánicas están siempre en pie de guerra contra Roma y Constancio te está pidiendo, a cambio de la concesión hacia tu persona, que lo ayudéis a poner orden en el otro extremo del imperio.

Galo, en la demencia que le había provocado el ejercicio del poder, se creyó lo que Escudillo le decía y emprendió sin demora el

viaje hacia Mediolanum, aunque con las paradas que, por su futuro cargo, estimó convenientes para recibir las aclamaciones del pueblo del lugar elegido, puesto que él ya se consideraba gobernante de todos ellos.

La primera estación de paso elegida por Galo fue en Constantinopla, donde tuve la ocasión de volver a reunirme con él. No tardó más que un breve instante en contarme su futura proclamación como augusto.

—¿Tú te crees eso? —le avisé con voz temblorosa por el miedo que sentí hacia su persona.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —me gritó él—. ¿Acaso no me ves capaz de ser augusto?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pues a mí me ha parecido entender que sí.

Jano, el dios de los comienzos

—No soy yo quién para juzgar tus actos ni aptitudes, Galo —seguí con un timbre más calmado—. Además de que no podría hacerlo con ecuanimidad, pues no has de olvidar que soy tu hermano y el sentimiento que en mí ese parentesco produce puede llegar a alterar la percepción de lo que haces.

—¡Medio hermano en realidad! —prosiguió él alterado—. Padre tuvimos el mismo, pero nuestras madres fueron diferentes. Todo el mundo sabe que la mía era mucho más capaz que la tuya.

Sí, a Galo le había sobrevenido la histeria sino la locura. No

quise prolongar la conversación con él.

—Si tú lo dices —consentí sin estar de acuerdo—, así sería.

—¡Y ahora me das la razón como a los locos! —siguió chillando.

—Yo no he venido a otra cosa que no sea verte y saludarte, Galo.

—¡Que no, que a mí no me engañas ya! Lo que tú pretendes en realidad es tirar tierra sobre mi persona para que tú puedas ocupar mi lugar si llegara a ser denostado y no ensalzado con el rango de augusto, como va a ocurrir ahora. —El rostro de mi hermano se había convertido en una mueca horrible—. ¡Desaparece de mi vista antes de que te haga prender y ejecutar aquí mismo!

Hice lo que se me ordenaba y me perdí entre el público que abarrotaba el hipódromo, el lugar donde se había producido nuestro encuentro.

Las carreras de cuadrigas tenían mucha devoción entre los nuestros. A los campeones se les ensalzaba como verdaderos héroes o incluso dioses antes de la difusión enorme del cristianismo.

Vi como Galo coronaba a los vencedores actuando como un augusto y, a pesar de que se acababa de comportar como un orate conmigo, temí por él, porque sin duda se encaminaba hacia la boca del lobo cuando lo mejor que podría haber hecho era huir al confín más alejado del mundo.

Pero él siguió su camino hacia Mediolanum, sin percatarse de que todas las guarniciones de los lugares por donde debía pasar no acudían a vitorearle y escoltarle. En su lugar, le había mandado una comitiva de oficiales que le dirigían sin rodeos, aunque no con la premura deseada por las largas paradas de Galo en los lugares que le apetecía, ante Constancio.

Una vez que hubo arribado a Poetovio, ciudad de la provincia de Norico[18], en las inmediaciones del río Danubio, Galo fue rodeado por un grupo de legionarios que le hicieron prisionero al mismo tiempo que lo desposeían de las insignias que denotaban su cargo. Desde allí fue conducido a Pola[19], una ciudad de Istria, para ser interrogado por altos cargos de la corte imperial. Estaban comandados por Eusebio, el eunuco, al que Constancio había otorgado el rango de *praepositus cubiculi*[20], un cargo que, entre otras cosas, le ponía al mando de diez decuriones y que era de gran confianza del emperador.

—La culpa de todas mis acciones que ahora se puedan considerar erróneas, corresponden a Constantina —acabó confesando él con una verdad a medias.

—¿Que la culpa de todos tus desmanes es de Constantina? —se enojó el emperador al serle transmitida esa respuesta—. ¡Qué va a decir, si ella ha muerto y no puede defenderse! ¿Qué opinas tú,

Eusebio?

—Que no sé qué es más grave, mi señor —repuso el encuestado —, que achaque toda la responsabilidad de su desgobierno a Constantina, fallecida ya como tú has dejado bien claro ya, y que sea mentira o, a lo peor, verdad.

—O estamos ante un loco o un cobarde —musitó Constancio como para sí mismo.

—O un pusilánime, mi señor —añadió Eusebio—, capaz de inculpar a otro de sus actos para exonerarse a sí mismo, o seguir las voces de cualquiera con la suficiente personalidad como para dominarlo, como podía ser Constantina, y pudiera incitarle a levantarse contra ti.

—Voy a hacer ahora lo que tenía que haber perpetrado hace muchos años —decidió Constancio como llevado por un arrebato—. Redacta la orden para que firme la sentencia de muerte de Galo. No puedo correr más riesgos con alguien como él.

La disposición para la ejecución de mi hermano fue enviada a Pola, pero casi de un modo inmediato, Constancio se arrepintió de haberla cursado y emitió una revocación para salvarle la vida. La absolución no llegó a tiempo para evitar que Galo fuera decapitado y su rostro desfigurado.

El mismísimo Eusebio en persona se encargó de ralentizar el paso de los correos que portaban el indulto. Mi hermano había sido ajusticiado con veintinueve años, diecisiete después de aquella fatídica fecha del año 337, donde hubimos de haber muerto todos los miembros de mi familia sin excepción.

Ahora solo me quedaba saber cuándo llegaría mi turno. Deseé con todas mis fuerzas que Constancio no se acordara nunca de mí y me dejara vivir mi vida en aquellos recónditos lugares del imperio donde yo solía habitar.

Constancio Galo

## X. Claudio Silvano

Claudio Silvano alcanzó notoriedad cuando en el campo de batalla de Mursa Major, en el momento en que Constancio y Magnencio iban a dirimir el futuro de Roma, desertó de las filas del usurpador para engrosar las huestes del verdadero augusto.

Batalla de Mursa Major

Los historiadores que estudiaron este gesto no han extraído consecuencias concluyentes sobre si esta acción fue decisiva o no el transcurso de la guerra que ambos sostuvieron por el control del imperio, pero lo cierto es que Constancio le agradeció su gesto nombrándole *magister militum*, comandante del ejército establecido en Colonia Claudia Ara Agrippinensium[21], en la Germania Inferior, con el encargo del emperador de contener las continuas acometidas de los pueblos germánicos situados en torno al río Rin.

Claudio Silvano, franco de origen, llevó a cabo la tarea encomendada con rigor, aunque con un procedimiento nada ortodoxo, infrecuente en la metodología de la época. La paz la obtuvo sobornando a las tribus potencialmente enemigas para que detuvieran sus incursiones dentro de nuestras fronteras y así consiguió estabilizar la región durante el tiempo que estuvo destinado allí.

Pero Roma siguió enfrentándose a sus demonios internos y, de repente, empezó a correr la noticia de que Claudio Silvano había cometido alta traición contra Constancio al buscar usurpar su título de augusto. Una acusación falsa que pretendía minar su prestigio para que el emperador tomara la decisión de sustituirlo por Ursicino, el mismo general que había servido a las órdenes de Galo en Oriente, un excelente conspirador que había salido indemne en la causa seguida contra mi hermano.

El undécimo día del mes dedicado a Augusto del año 355, molesto por las falsas acusaciones vertidas contra él, se proclamó a sí mismo emperador en Colonia Agrippinensium, justo en el preciso instante que pareció demostrarse su inocencia.

Colonia Claudia Ara Agrippinensium

Al ser exonerado de toda culpa, Constancio le convocó para que acudiera a Mediolanum para que diera fin a su usurpación, a lo que *magister militari* pareció acceder, aunque nunca se supo a ciencia cierta si fue así o no, porque su rival Ursicino había conseguido sobornar a algunos miembros de su guardia personal y fue asesinado menos de un mes después de su autoproclamación como augusto.

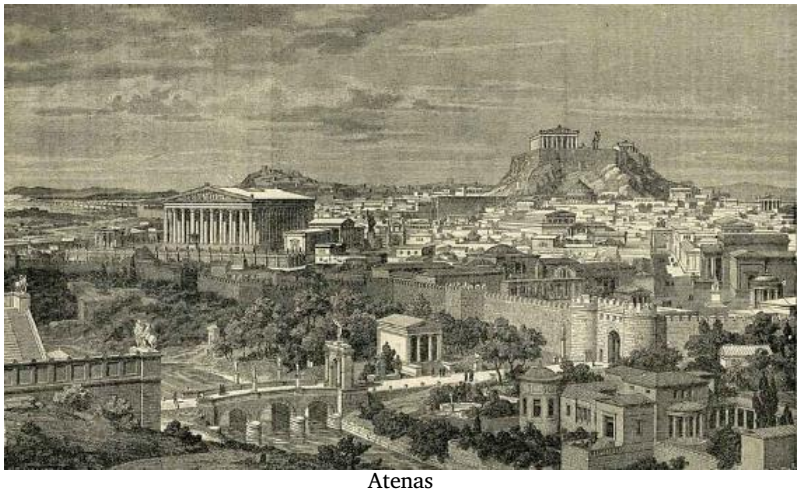
## XI. Mediolanum

Prácticamente había pasado un año desde el asesinato de mi hermano Galo y yo seguía viviendo mi ansiado anonimato en el Oriente del imperio. No sé si eso siempre hubiese sido así si no hubiese discurrido el episodio de Claudio Silvano, nunca lo podré saber.

Lo cierto es que en el mes décimo del año 355, cuando yo contaba con veinticuatro años de edad, la misma que tenía Galo cuando él fue requerido, recibí la llamada de Constancio para que me reuniera con él en Mediolanum. Lo cierto es que yo hubiese declinado ir a su encuentro si me hubiese sido posible hacerlo, así que me llené de miedo más que de valor y emprendí el camino hacia la ciudad que sustituyó en primera instancia a Roma, que da nombre a nuestra nación, como capital del imperio y que no ha mucho había cedido tal honor a Constantinopla.

Tras la muerte de mi hermano, temí por mi vida y sé que Constancio dudó qué hacer conmigo. Por eso, tras la decapitación de Galo, no dejé de huir de un lado a otro, hasta que Eusebia, emperatriz consorte de Roma tras su matrimonio con Constancio en el tiempo de su lid con Magnencio, descubrió mi retiro en los alrededores de Nicomedia y convenció en primer lugar a su esposo para que no acabara con mi vida y, después. De que me dejara volver a Atenas,

para así poder proseguir con mis estudios.



Atenas

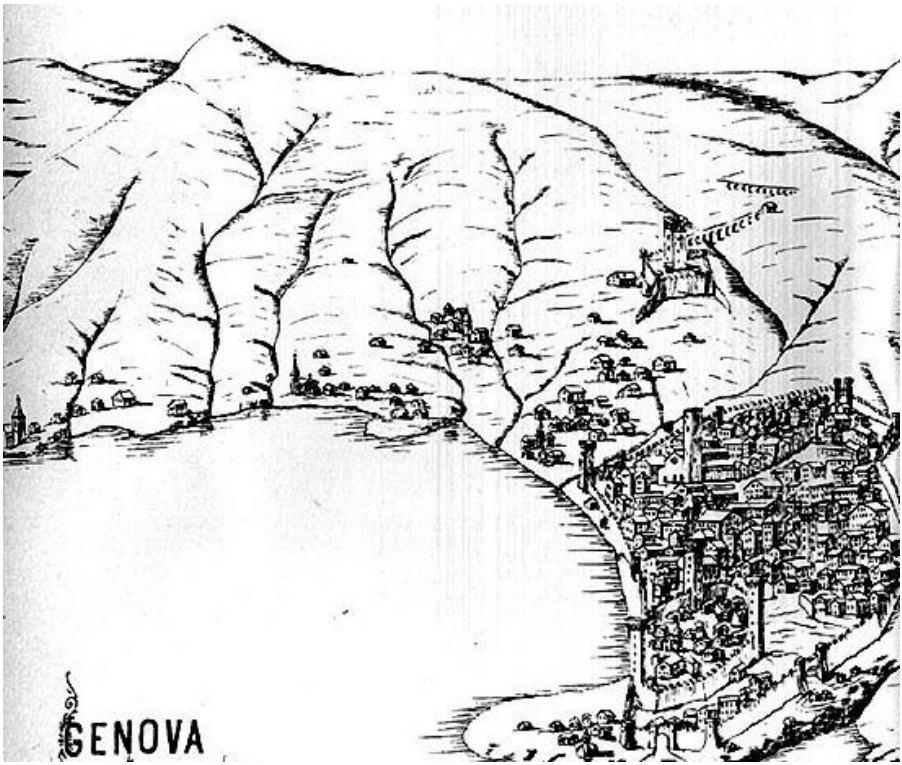
En realidad, dudé de que todo aquello no fuera más que una artimaña para ponerme al alcance de mi primo Constancio, con el que reconozco que no tenía muy buena relación. Él recelaba de mí porque era su pariente y un posible candidato a derrocarle en cualquier momento de mi vida. La actitud de mi hermano Galo había potenciado sus desconfianzas hacia mí. Tampoco teníamos convergencias en las políticas con respecto a la religión. Constancio era un cristiano convencido, arriano, mientras que yo seguía frecuentando círculos neoplatónicos, cuya mayoría seguía postulando por la pervivencia de las deidades clásicas y nuevos dioses como Mitra o Cibeles provenientes de oriente o tratados como ídolos de segunda categoría por nuestros antiguos.

No sé muy bien el porqué de la intervención de Eusebia en mi favor. Tal vez se debió a que ella me percibió como un ser inofensivo, carente de ambiciones políticas y cuyo único interés vital estaba en la filosofía. Yo le estaré eternamente agradecido por su intervención a mi favor en los tiempos difíciles que me sobrevinieron tras la ejecución de Galo, a pesar de que las malas lenguas dijeron que ella, en realidad, solo me protegió en defensa de los intereses de su esposo, que la necesitaba como intermediaria ante mí para forjar una alianza conmigo cuando él me necesitara para gobernar el vasto imperio que era el romano.

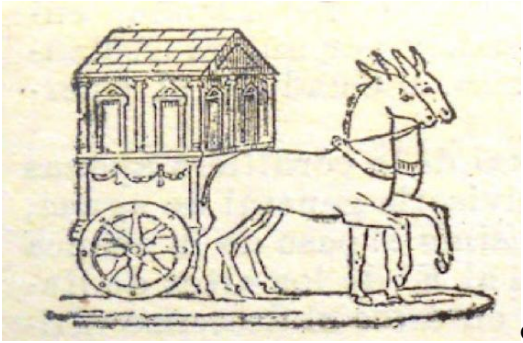
Ella blandiría como excusa de su actitud ante mí su inmensa

bondad, cuando en realidad, según sus críticos, lo único que hacía era de parche para coser la relación tirante entre mi primo y yo. Galo le había fracasado como aliado, Nepociano había muerto durante la insurrección de Magnencio, el único miembro de la dinastía constantiniana que le quedaba era yo. Los precedentes le impulsaban a no confiar en mí, pero tampoco le quedaba nadie en quien hacerlo.

Preferí viajar desde Atenas a Mediolanum en barco, para así sacudirme los rigores del otoño por los caminos no siempre conformados como calzadas por el imperio, lo que podía significar que algunos estuvieran en muy malas condiciones.



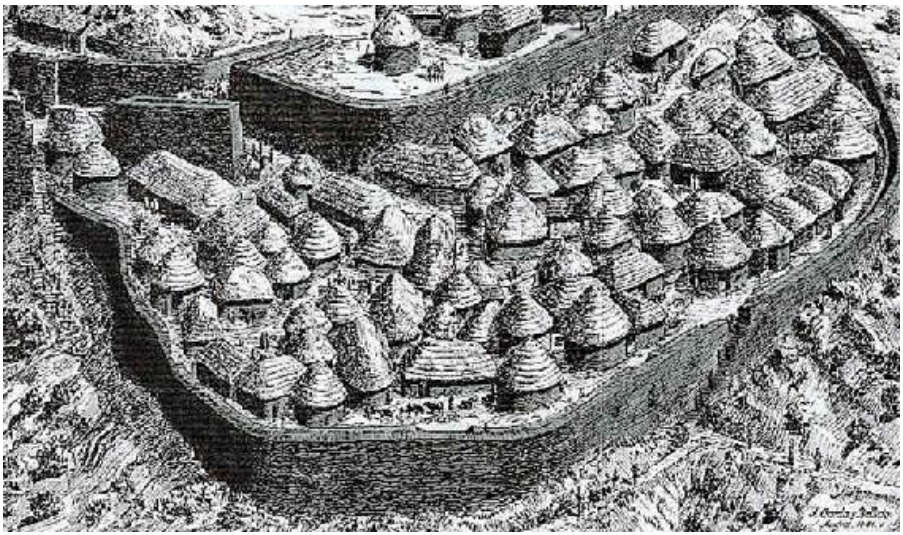

Como la segunda capital de Roma no tenía puerto, la galera que me embarqué atracó en el de Génova, desde donde fui llevado en un carpento hasta Mediolanum, escoltado por una veintena de hombres a caballo, dirigidos por un centurión veterano, que realizó su oficio sin cortesías innecesarias. El trayecto hasta allí duró dos días, más tiempo del que hubiese imaginado.



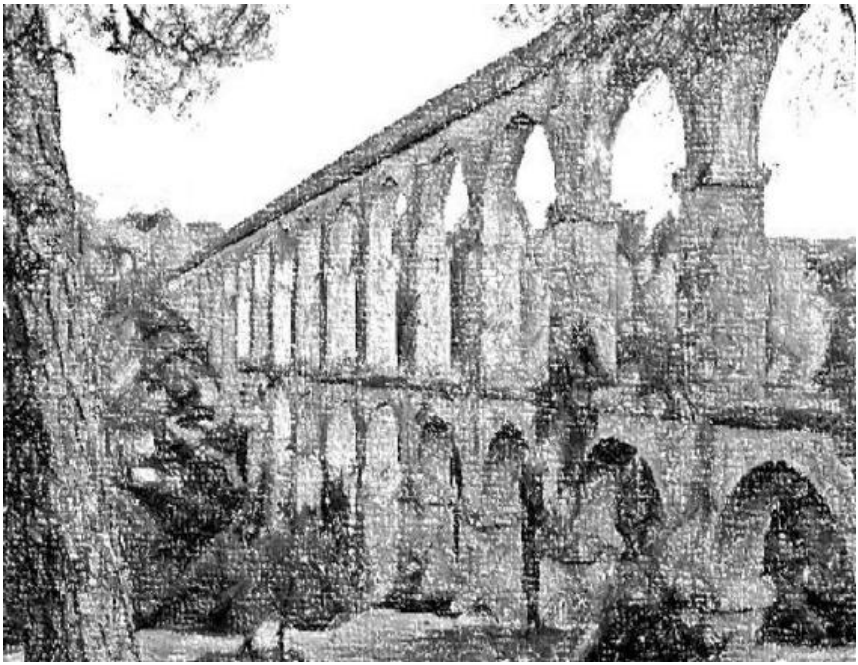
Carpento

Mediolanum era una ciudad de fundación antigua. Los celtas fueron sus primeros pobladores y fue conquistada por Roma en el año 222 antes del advenimiento de Jesucristo. Los nuestros latinizaron su

nombre, que pasó de ser Medelhan al actual, aunque el significado del mismo fuera el mismo, tierra del medio.

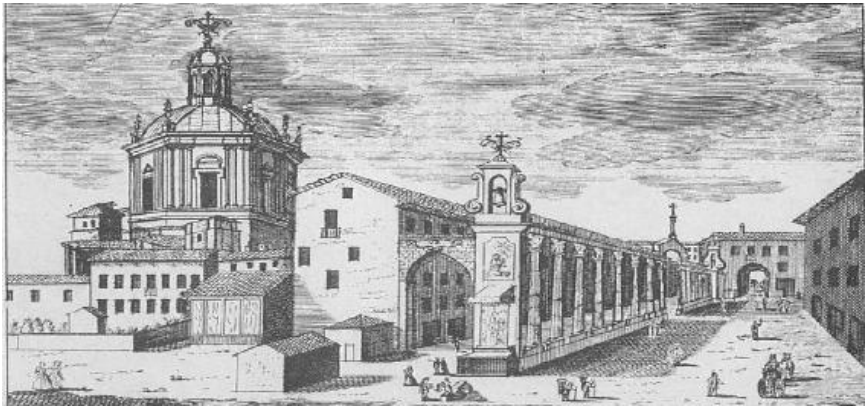


La ciudad estaba situada en medio de una gran llanura, limitada por dos grandes cadenas montañosas, los Apeninos y los Alpes. Cuenta con su propio río, un cauce menor que se llama Olana, aunque no muy lejos de ella había otro par de mayor caudal, el Tesino y el Adda, desde donde partían acueductos que abastecían de agua a sus habitantes.

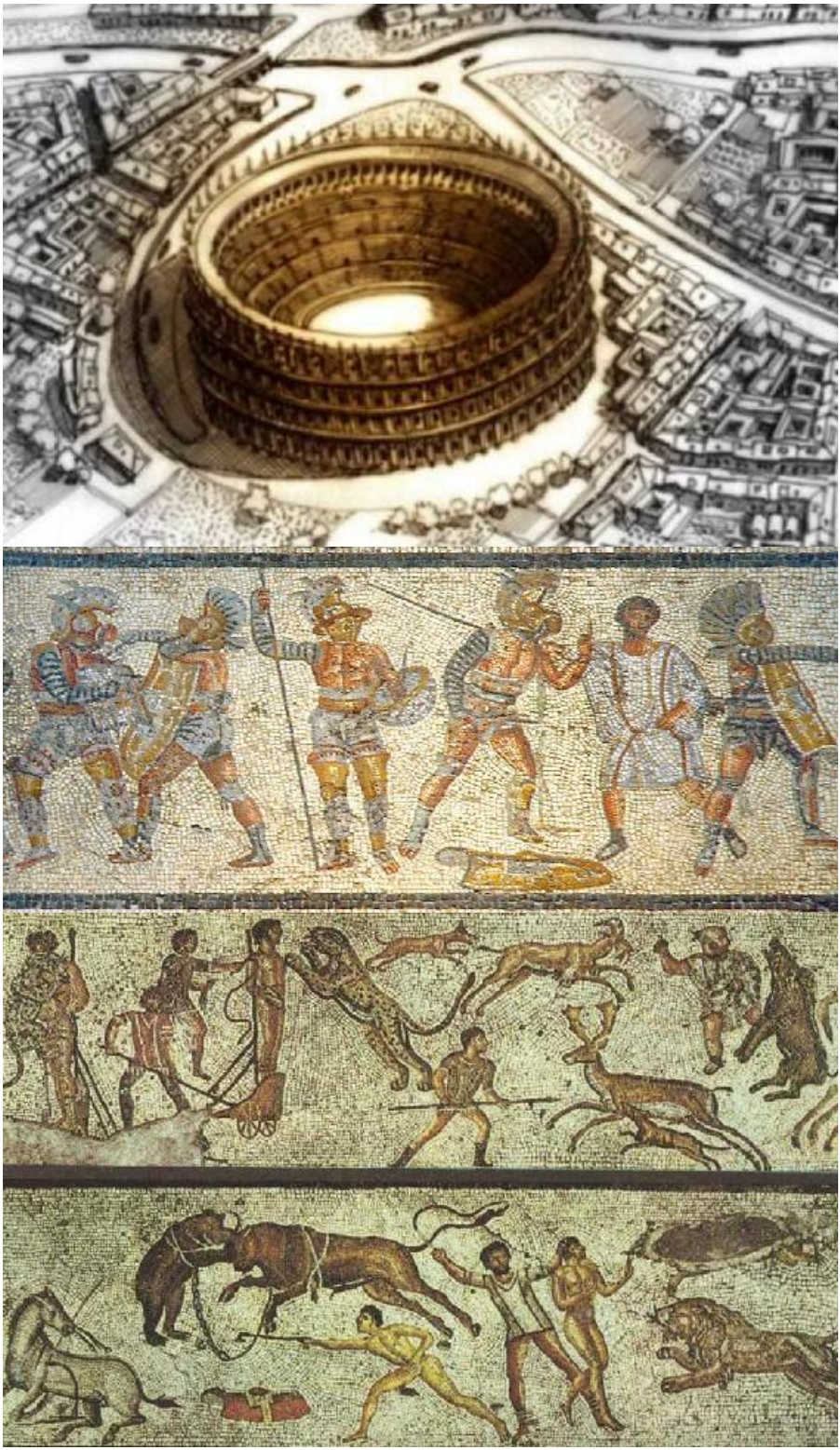


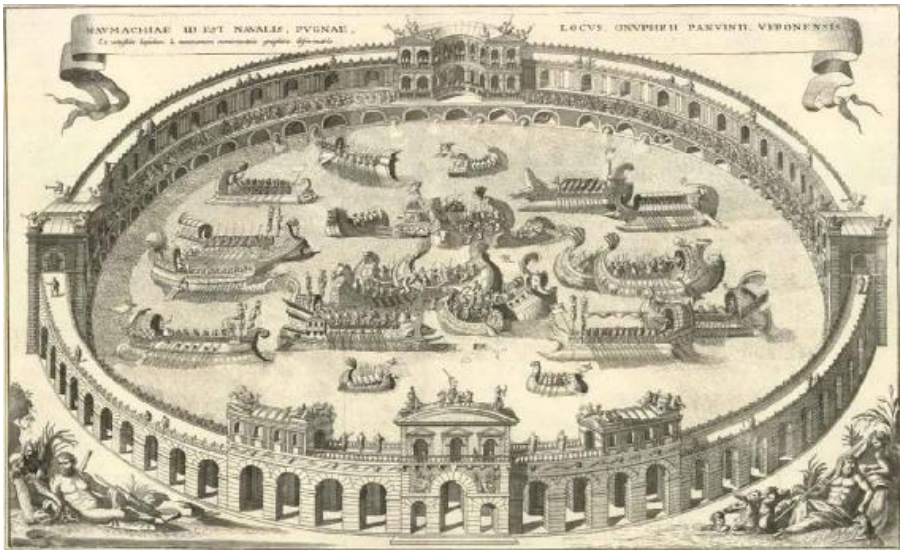
En Mediolanum todo era grandioso. El circo era una construcción fastuosa que podía acoger a muchas miles de personas. Yo no había visto nunca el Coliseo Flavio porque nunca había estado en la ciudad de Roma, pero seguro que el que vi aquí tendría poco que envidiarle. Las termas Heracleas no tenían parangón a otras que yo había visitado y el palacio del emperador se había convertido en un intrincado complejo por el que tenías que ser guiado para no perderte entre los numerosos edificios que lo componían. Un laberinto del que no podría salir por mis propios medios si fuera abandonado en uno de sus vericuetos.

En Mediolanum fue donde Constantino el Grande promulgó el famoso edicto en el que se establecía la libertad religiosa en el imperio y, por ello, el auge desmesurado del cristianismo. De este apogeo había surgido la basílica de San Lorenzo, que mostraba un magnífico cuatripórtico en su ubicación extramuros, a orillas de la vía Ticinensis, calzada que unía a la anterior capital imperial con Ticinum[22].

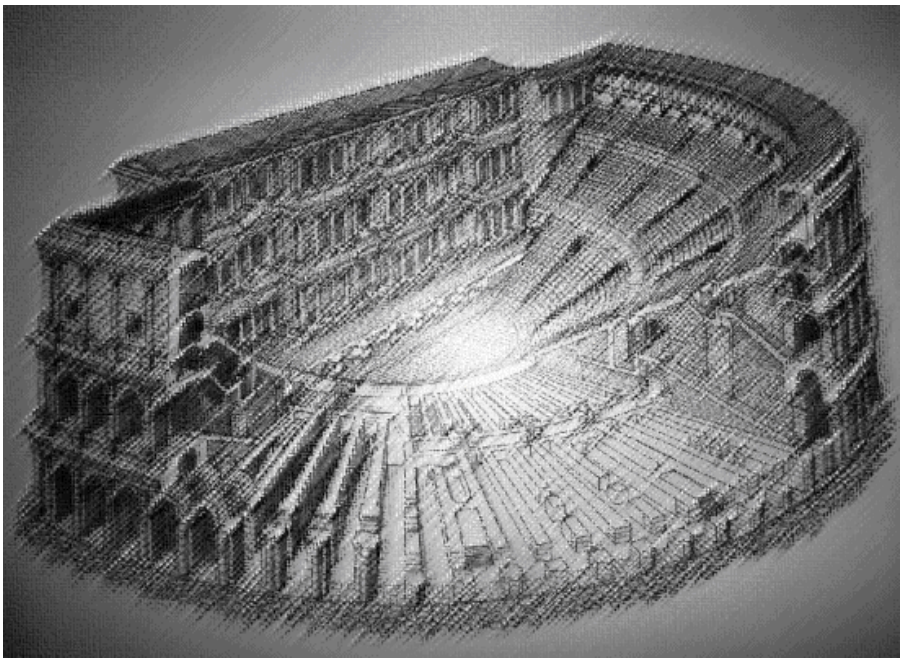


No muy lejos de la basílica se hallaba el Anfiteatro de Mediolanum, edificación más antigua que el circo, de ya casi tres siglos ya, testigo de todo tipo de espectáculos, entre ellos las *muneras* o luchas de gladiadores, *venationes*, peleas entre animales o contra ellos, y los más intrincados *naumachiaes*, las recreaciones de batallas navales.





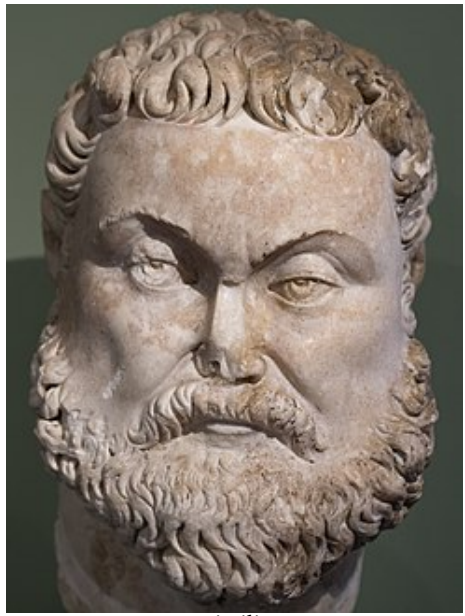

Pero a los habitantes de Mediolanum les gustaba la contemplación de otros divertimentos, estos más relacionados con las artes. El teatro albergaba funciones durante el año, con concurrencias que llegaban a los siete u ocho mil asistentes. Databa de época de Augusto, el primer emperador de nuestra historia.



Pero el asombro que me produjo Mediolanum, un esplendor que pronto alcanzaría también Constantinopla pero que aún no había

logrado, no me distrajo del motivo que me había llevado hasta sus calles, la difícil entrevista que habría de mantener con el augusto Constancio.

Me recibió en el salón principal del palacio que ahora ocupaba él, erigido por su predecesor Maximiliano, augusto del imperio entre los años 286 y 305, después por un breve periodo de tiempo entre el 306 y el 308 y, por último, en un postrer intento por recuperar el poder, en el 310. Fue un gran benefactor de Mediolanum donde, además del complejo palacial, mandó construir las termas de las que ya hablé antes y que llevan su segundo nombre, Hercúleo, por esa circunstancia.



Maximiliano

Constancio llevaba mucho tiempo sin verme y al hacerlo convertido en un hombre, no pudo disimular una mueca de sorpresa.

—Has crecido mucho —musitó sin poder remediarlo.

—La naturaleza es la que lo decide así —fui ambiguo.

Constancio no dejaba de mirarme con fijeza.

—Somos de la misma sangre —exclamó a continuación—, pero creo que tú y yo nos parecemos.

—Te refieres al aspecto físico, supongo.

—A ningún otro me puedo atañer, Juliano. Recuerda que yo soy

el augusto de este gran imperio y tú únicamente un aspirante a filósofo.

—No lo discuto, mi señor —cabeceé para asentir—. ¿Puedo conocer, entonces, para que has requerido la presencia de un humilde aprendiz de filósofo ante tu magna presencia?

—Eres el último que queda de nuestra estirpe —volvió a tocar el tema de los lazos de sangre.

—¿Eso significa que yo también he de morir? —Aparenté una entereza que en absoluto tenía.

—¿Morir? —Sonrió el emperador—. ¿Piensas que te he hecho llamar para matarte?

—Los precedentes te delatan, primo —decidí mantener el pulso —. Mi padre y dos de mis hermanos han muerto por ser descendientes de Constancio Cloro. Yo también soy nieto de él y como tú mismo has dicho, el único de ellos que te ha sobrevivido. Solo me resta saber el tiempo que esto va a seguir siendo así.

—¡Ay, Juliano, qué impertinente eres! —Constancio no perdió la sonrisa—. No te voy a negar que las muertes de tu padre y tu hermano mayor fueron muy convenientes para mis intereses, pero eso ocurrió hace muchos años y no deberías guardarme rencor por ello, pues a Galo y a ti os mantuve con vida.

—Porque no tenías hijos y no querías acabar con toda nuestra dinastía al completo.

—Por lo que fuera. Pero lo evidente es que tu hermano y tú conservasteis la vida —Constancio no negó nada porque no le asolaba ningún remordimiento de conciencia—. Te decía que la muerte de tu padre y su primogénito me evitó posibles usurpadores presentes y futuros a la diadema imperial que por justicia me correspondía. Pero te aseguro que el óbito de Galo fue solo responsabilidad suya. Le nombré césar de Oriente y gobernó el territorio bajo su custodia como un demente. Lo peor fue cuando empezó a actuar como un augusto, no le faltaba nada más que un pequeño paso para proclamar su independencia con respecto a mí.

—Pero hacerle augusto fue una propuesta que le hiciste tú a través de un enviado.

—Una estratagema, no más.

—Que pudo llevarlo a confusión.

—Que él hubiese evitado si no se hubiese mostrado reacio a abandonar Antioquía cuando yo le pedía que acudiera ante mí.

—¿Crees acaso que Galo se hubiese entregado con docilidad a la muerte?

—¿A qué muerte?

—A la que ibas a proporcionar tú.

—¿Piensas que quería matar a Galo al requerirle ante mí?

—Así ocurrió después de todo.

—Le condené en un arrebato —reconoció el emperador—, cuando echó la culpa a Constantina, mi hermana, de todos sus desmanes. —Dio un suspiro—. Pero le condoné la pena.

—Pues murió a pesar de ello.

—La revocación no llegó a tiempo.

—Entonces, es como si no le hubieses indultado. Porque si tu contraorden llegó después de que Galo hubiese sido decapitado y desfigurado, supongo que el responsable de la tardanza habría sufrido las consecuencias por su error.

—No. Eusebio es un hombre de mi entera confianza. Jamás dejaría de cumplir una orden mía salvo que le fuera imposible llevarla a cabo.

Constancio Galo

—Vuelves a echarte la culpa de lo que pasó.

—No, Juliano, yo no me responsabilizo de nada. Con el corazón deseaba dejar vivir a tu hermano. No pudo ser y no he vuelto a pensar en ello.

—Entonces, ¿voy a morir aquí y ahora? —atajé las divagaciones de mi primo.

—No, no vas a ser ejecutado, al menos por ahora.

—¿Qué significa eso, mi señor?

—Ahora vas a servirme porque te necesito con cierta urgencia —aclaró Constancio, hablando con un tono que pretendía mantener el orgullo del que se precia un emperador—. Eso significa que no te voy a matar ahora, me reservaré ese placer para cuando decidas rebelarte contra mí.

—¡Yo nunca haré tal cosa! —discutí con energía.

—Sí, lo acabarás haciendo… si tienes éxito en la labor que te voy a asignar.

—¿De qué se trata?

—Mañana, a los más tardar pasado —se explicó Constancio por fin—, serás proclamado césar de las provincias occidentales del imperio, justo la parte contraria a la que asigné a tu hermano Galo. Bajo tu mando quedarán legiones compuestas por muchos hombres. Con ellas debes mantener a las tribus germánicas fuera de las fronteras del imperio. No será tarea fácil, puesto que sus intentos de hollar nuestra nación son incesantes.

No dije nada. Constancio entendió aquello como una falta de confianza por mi parte en mí mismo.

—¿Dudas de tu capacidad para hacer lo que te pido?

—Todo lo contrario. Solo soñaba con las visiones de esos países que aún no he visitado y ansío conocer.

Constancio torció el gesto al esbozar una sonrisa irónica.

—Una cosa más, Juliano —añadió a continuación.

—Te escucho, mi señor augusto.

—Contraerás nupcias con mi hermana Helena —no dio opción a una negativa—. Eso fortalecerá los vínculos entre tú y yo y tendré a alguien cercano a ti de mi entera confianza.

—¿No será como tu otra hermana, Constantina?

—Te aseguro que no. Helena es mucho más sensata de lo que fue ella.

## XII. Helena

Helena era prima mía, como su hermano o la difunta

Constantina, la que fue la cónyuge «malvada» de mi hermano Galo.

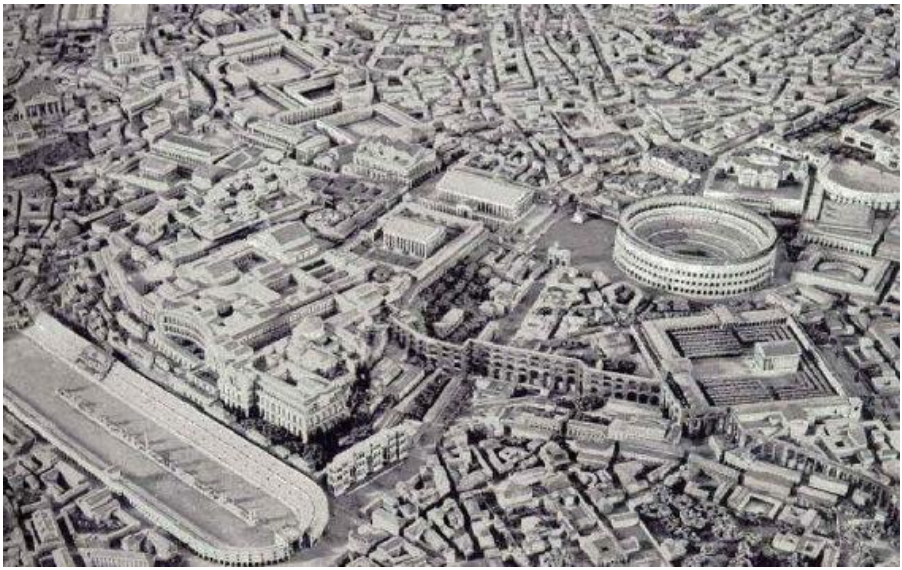
Cuando contraje matrimonio con ella, tenía veintinueve años, lo que significaba que era más de cuatro mayor que yo. Se trataba de una mujer ni guapa ni fea, algo más baja de estatura que yo y con más carnes.

Ignoro por qué se mantenía soltera cuando yo la conocí, aunque debido a los problemas de descendencia que tenía el emperador, la conservó doncella para utilizarla como baza política para apoyar a quien considerara como una buena opción para sucederle en la púrpura del trono a él, como había ocurrido conmigo, y mantener a esa persona como un aliado próximo a él.

La boda se produjo el día seis de noviembre de ese año de 355, tres días después de que yo fuera proclamado césar de Occidente. Tras el enlace, fuimos enviados a las Galias. Pronto, Helena se quedó encinta, pero aquel embarazó acabó en aborto.

Fue el primero de muchos, no sé si porque la consanguinidad que nos unía nos impedía tener descendencia o por supuestas maquinaciones, otra vez, de la emperatriz Eusebia, que había sido incapaz de darle hijos a su marido, aunque yo creo que el estéril era Constancio, porque hay que tener en cuenta que ella fue la segunda esposa del augusto y, ni quien la precedió, una hermana mía que yo no llegué a recordar nunca, ni Faustina, la mujer que sucedió a Eusebia al convertirse en la tercera consorte de mi primo, no le dieron hijos ninguna, aunque de esta última se dijo que parió una hembra, Flavia Máxima Constancia, que yo no sé si en realidad fue suya o de un amante que se buscara la última emperatriz.

Hablo de una posible conspiración de Eusebia porque Helena fue llamada a Roma por ella durante un tiempo en el transcurso de una de mis campañas en la Galia y Germania. El aprecio mutuo que nos unía a mi esposa y a mí con la emperatriz siempre me hizo creer, a pesar de los maliciosos rumores sobre el tema, que esa estancia en la ciudad eterna fue debida únicamente a su bondad y afecto y no para manipular a su cuñada y así persuadirla de que evitara tener hijos, como ya había hecho ella, como si la natalidad dependiera de Eusebia y no de la más que probable esterilidad de su marido.



Roma

—¿Para qué parir vástagos —pudo decirle hipotéticamente Eusebia— si cuando hayan crecido se matarán entre ellos para dilucidar quién llevara puesta la diadema imperial? Eso si tienes suerte y les ves llegar a tanto, porque algunos son degollados en su propia cuna.

De ese modo, dijeron las malas lenguas que la emperatriz persuadió a Helena para que se hiciera con un bebedizo que ella misma se podría preparar, para que cada vez que se preñara lo tomara para provocarse un aborto y así nunca alumbraría hijos.

Antes de que supuestamente esto pasara, sí que es cierto que una vez parió un hijo de los dos, una circunstancia que desagradó sobremanera a los consejeros con los que Constancio me había rodeado para controlarme y manipularme a la vez, con lo que tuvo éxito en lo primero y apenas con lo segundo, por lo que se dice que algunos de ellos sobornaron a una de las matronas que atendieron a Helena en el parto para que cortara el cordón umbilical del niño a deshora para así matarlo.

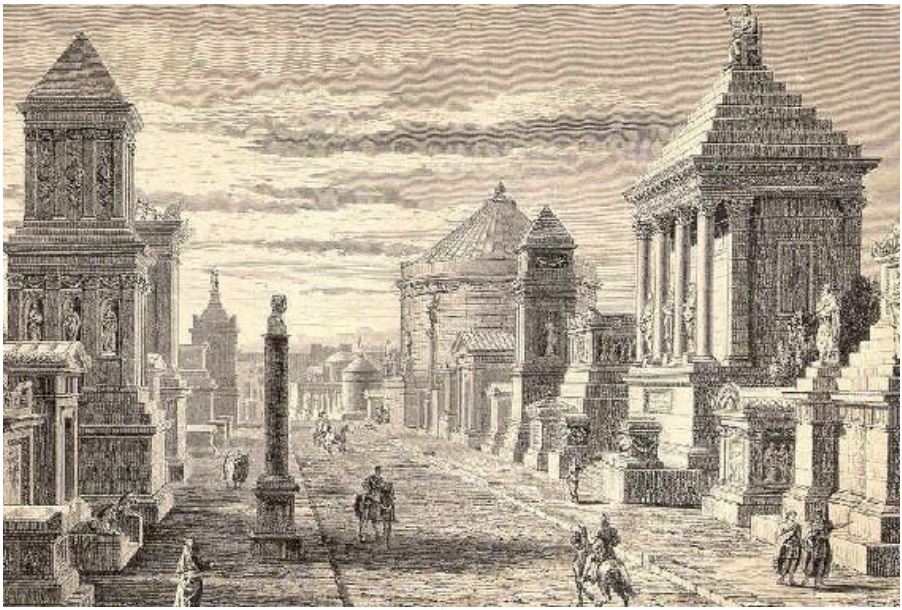
La controversia sobre la actitud de Eusebia hacia mí intenté salvaguardarla en los diferentes panegíricos que dediqué a su persona, a la que catalogué siempre como de buen corazón y de actitudes filantrópicas. A pesar de ello, no fui sordo a los cuchicheos que me

hablaban de posibles conspiraciones de la emperatriz hacia mi posible descendencia y, por ello, no pude evitar encararme con Helena a su vuelta a la Galia de aquel viaje que emprendió a Roma.

Le hice saber mis sospechas y se mostró escandalizada por mi desconfianza en ella.

—A Roma he asistidito en tu representación —re-plicó con amargura— y porque Constancio es mi hermano. Te estoy diciendo que he ido a Roma y no a Mediolanum, porque nuestro señor augusto ha querido celebrar allí la *vicennalia*, la celebración de los veinte años que lleva como emperador. Constancio ha ido a Roma a conmemorarlo porque así lo hicieron también Diocleciano y Constantino, nuestro padre, cuando alcanzaron la misma efemérides. Tanto mi hermano como yo misma y gran parte de su corte, ha sido la primera vez que han hollado las calles de Roma, a la que debemos el inicio de nuestro imperio y que le haya dado nombre, pero que ahora no levanta el interés de ningún emperador si no es para estos factos. Si no hubiese sido por los compromisos hacia ti, esposo mío, y hacia mi augusto hermano, yo no hubiera viajado tan lejos y me hubiese quedado contigo en las Galias.

A mí me costaba entender tanta desestima por Roma, que yo no tardaría en conocer, que me pareció una ciudad tan impresionante como Mediolanum, aunque la pérdida de la capitalidad le daba un aspecto más descuidado.



Vía Apia

—Pero, ¿te reuniste con ella? —seguí a lo mío una vez dispersé aquel pensamiento sobre la ciudad eterna.

—A solas, nunca. Sí que tuve breves conversaciones con Eusebia como de paso o en compañía de otros. Todo su afán erar hablar bien de ti en mi presencia.

—Ya te he dicho que Eusebia me tiene en gran aprecio.

—No es posible de que no te des cuenta, Juliano.

—¿De qué?

—De que Eusebia es tu peor enemigo, generalizo sin tener en cuenta géneros, en este momento.

—¿Qué dices? ¿Has perdido el juicio? Ella fue la persona que hizo que me congraciara con Constancio y que me concediera el honor de césar.

—Porque ella realizó un doble juego, Juliano. —Helena se puso muy seria—. Parece que el único que no se ha dado cuenta de que eres el heredero de Constancio eres tú. Pero es un hecho circunstancial, esposo mío, bastaría que Eusebia quedara encinta y diera a luz un hijo varón para que tú pasaras de ser el bastión imprescindible del futuro de Roma a un estorbo que podría llegar a disputar la púrpura con su vástago. Ahora Eusebia debe mostrar ante todos que te ama, pero si el

futuro cambiara por mor de un simple nacimiento, tampoco tendría inconveniente en cambiar ese querer por el odio hacia tu persona.

No pude por menos que mostrar la más amplia de mis sonrisas.

—Pues sigamos aprovechando las circunstancias favorables hacia mí mientras se sigan dando —concluí a continuación—, porque cuando se tuerzan, ya actuaré en consecuencia.

El matrimonio con Helena fue corto en años, aunque eso no le impidió que llegara a ser la emperatriz de Roma, a pesar de que a ella no le gustó que traicionara a su hermano.

Aunque mi esposa no me repudió, actuamos como si en realidad lo hubiera hecho, puesto que pasamos a dormir en aposentos diferentes.

Helena no tardó en morir de tristeza o de cualquier causa natural, juro por Zeus, nuestro Júpiter, que yo no tuve nada que ver con su óbito, que no la maté ni ordené que alguien lo hiciera por mí.

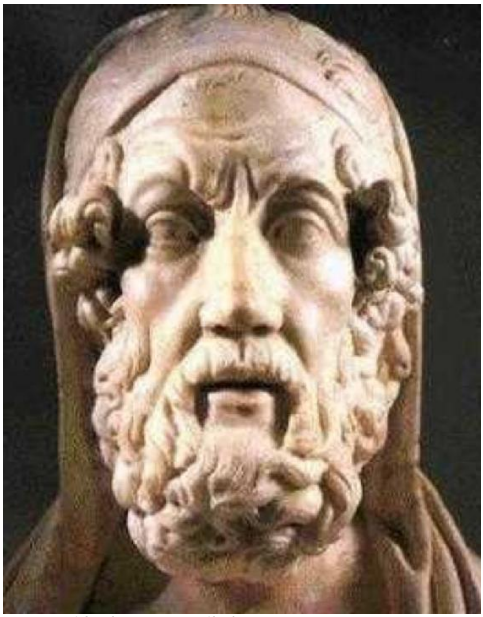
Los restos mortales de mi esposa, a la que no llegué a amar nunca pero a la que jamás le falté al respeto, los envié a una villa cercana a la ciudad de Roma, la llamada Nomentana, donde estaba enterrada ya su hermana Constantina, que era propiedad antigua de la familia, que no solía visitar la ciudad eterna casi nunca, pero que mantenía posesiones en sus alrededores, tal vez por si llegaba a ser augusto alguien que buscara regresar a la antigüedad y recuperar para el imperio la grandeza abandonada del lugar en donde comenzó todo lo que ahora somos.

Tras el fallecimiento de Helena, no me volví a casar e intenté mantener una castidad que no siempre llegué a tener. Para ello me acordé de lo que Platón decía sobre el poeta Sófocles que, cuestionado en un momento de su vida donde ya abordaba la madurez si aún mantenía relaciones con mujeres, él no solo contestó que no, sino que se mostró contento de haberlas podido evitar.

—He conseguido librarme de esa pasión —expuso—que era para mí como un áster loco y cruel.

O si esto no me conformaba en momentos concretos de demasiada ansia sexual, recordaba un dicho del también poeta Baquílides, quien afirmaba que «es un hábil pintor quien da belleza a

una cara, así como la castidad da encanto a una vida de altas pretensiones».



Sófocles Baquílides

## XIII. Las lecciones de Salustio

Las reticencias de Constancio hacia mi persona, que estoy seguro que aún me veía más como el hermano de Galo que como a Juliano, se compensaron en parte por la boda con su hermana Helena y por la simpatía inherente de la emperatriz Eusebia hacia mi persona.

A pesar de ello, el emperador no era ningún estúpido y sabía de mi nula preparación militar y de mi inexperiencia en ese campo y no se andó con disimulos al rodearme por un grupo de oficiales y funcionarios que él nombró de su círculo de confianza.

Con esto, solucionaba dos posibles problemas a la vez. El

primero, el ya dicho, y el segundo, creo yo, que su primo no se desmandara y empezara reclamando un trono como mi hermano Galo.

Tampoco me dejó muchas armas para poder hacer fuerte a la Galia, porque en un principio me asignó una tropa de unos trescientos hombres, que resultaba totalmente insuficiente para llevar a cabo una guerra contra los invasores galos y germanos.

Por fortuna, Constancio tuvo un acierto del que tal vez no se dio ni cuenta ni al ejercerlo. Asignó a un tal Salustio, de nombre como el famoso historiador de principios del imperio, como mi asesor militar.

Salustio, en apariencia, era un simple soldado romano, aunque de todos era bien conocido que tenía también mucho de filósofo griego. Esta circunstancia ya podría haber bastado para encandilarme, pero había más, como el hecho de ser amigo verdadero de otros helenistas como Sí-maco y Pretextato, que llegó a ser sumo sacerdote de los dioses verdaderos y defensor a ultranza de nuestra religión, la romana, subsumida ahora por un culto extranjero venido desde Palestina, tan lejos del centro neurálgico del imperio.

Diosa Mitra sacrificando un toro

Salustio me doblada la edad, de buen talle, pausado en su oratoria y uno de los hombres más cabales e inteligentes que he conocido a lo

largo de mi vida.

La estirpe de mi asesor militar era de familia romana antigua y, al igual que muchos como él, la élite romana o, simplemente, los romanos de verdad, siempre han permanecido fiel a los dioses que el imperio ha venerado desde antiguo. Salustio, por sus conocimientos, actitudes y aptitudes es un hombre del que habría que hacer un molde y dar vida a través de la magia.

Recién llegado a las Galias, a finales de aquel otoño o principios del invierno del año 355, tuve una doble sorpresa, una de buen augurio y otra de muy malo.

Empecemos por lo bueno. Yo, Juliano, fui el primer césar de las Galias nombrado en muchos años, porque los cuatro últimos se habían tratado de usurpadores. Como ya contaré en la parte mala de mi doble sorpresa, salía más bien poco de mis dependencias, pero cada vez que lo hacía, aun cuando tan solo era meramente vislumbrado por los galos, se corría la voz de mi presencia en el lugar que estuviera y un gentío buscaba verme, incluso desde otras localidades, y me vitoreaban como si fuera un dios en vida.

Aun así, no tardé en darme cuenta que no aclamaban al césar Juliano, sino al recuerdo de Julio César, el conquistador del país hace ya tanto tiempo, pues existía una leyenda de que este, un personaje idolatrado por todos por lo que pude notar, prometió en su momento que volvería de la tumba para proteger a la Galia de sus enemigos y muchos de mis enardecidos seguidores creyeron que el gran César se había encarnado en mí para cumplir el voto hecho. Ojalá hubiera sido así, porque yo no había entrado en combate aún y veía imposible poder emularle.

*Vercingétorix hace entrega de sus armas a Julio César*, Lionel Royer, hacia 1899

Sí, es cierto lo que acaban de leer. Yo, Juliano, césar del Occidente de Roma, solo había participado en pequeñas escaramuzas con los múltiples enemigos que cercaban el imperio, sobre todo, por la Galia. Y esta la parte mala de la sorpresa que me llevé al llegar a Vienna[23].

La culpa he de echársela al prefecto del pretorio de la Galia en ese momento, un tal Flavio Florencio, por todos conocido por su segundo nombre, que decidió ningunearme y me mantuvo un tiempo como figura decorativa. Temía ceder el mando o, simplemente, no se fiaba de un inexperto césar como era yo. Hasta cuestiono si Constancio no tuvo nada que ver en esta artimaña, colocarme como un monigote figurativo y que Florencio siguiera llevando las riendas de la provincia.

Lo cierto es que pude percibir en mis propias carnes la crudeza del invierno en aquellas latitudes, un tiempo tan diferente del que se disfrutaba en Capadocia, Anatolia, aunque aquí había días de mucho frío, y Atenas.

También aproveché el tiempo de postergación para hablar mucho con Salustio, empeñado en serenar mis ánimos, avisarme de lo que me iba a encontrar en la lucha contra los germanos y darme unas buenas bases sobre estrategia militar.

A pesar de este consuelo permanente, yo lo pasaba muy mal, hasta el punto de que estuve a punto de escribir a mi primo para

quejarme de la actitud de Florencio.

Lo cierto es que carecía de mando, pasaba inadvertido a los ojos del prefecto. Obligaciones que hubiera de tener, prácticamente ninguna, salvo pasearme de vez en cuando por el territorio que debería gobernar yo, siempre bajo las estrictas condiciones que Florencio me imponía, recibir aclamaciones y vítores y vuelta al ostracismo.

Una vez nos mandaron a Aquitania, y pluralizo porque Marcelo, un general íntimo de Florencio, del que se había convertido en su brazo derecho y era quien tenía el mando efectivo sobre los ejércitos desplegados en la Galia, me acompañó y allí tuve mi bautismo de guerra.

A decir verdad, yo no sabía cómo iba a reaccionar ante la tensión de la batalla, no confiaba en que la sangre vertida fuera un incentivo para mí, como lo era estudiar filosofía.

Lo cierto es que habíamos atravesado casi en su totalidad un bosque aquitano con los pocos legionarios que solían asignarme, los que yo digo que me mantenían como cautivo, cuando fuimos atacados por unos germanos que no supe en concreto de que tribu eran.

Entonces, salieron de mí órdenes para proteger tanto la vanguardia como la retaguardia de la tropa bajo mi mando y conseguimos salir a terreno abierto. Lo cierto es que me sorprendí cuando vi que los míos obedecían mis mandatos y no salían en desbandada, que sinceramente yo era lo que esperaba que hicieran.

Una vez pasado el aparente peligro y con los germanos en huida, podía haber dejado las cosas así, pero como un acto reflejo, sin pensarlo, salió de dentro de mí un grito en que pedía a mis soldados que fueran tras los hombres que habían querido emboscarnos, que nos les dieran tregua y acabé ofreciendo una moneda de plata por cada cabeza del enemigo que trajeran a mis pies.

Los soldados de nuestra tropa no dudaron ni un instante en seguir mi mandato y persiguieron a los germanos que huían a través del bosque. Al final de la escaramuza frente a mí llegaron a acumularse hasta cien cabezas o más, y yo me di cuenta que estaba hecho para esto, aunque me gustara más seguir estudiando a los filósofos del momento.

Augur romano

Sobre todo a mi imprescindible Máximo de Éfeso, con el que aún tengo relación a pesar de nuestra lejanía física, que además de sabio era teurgo, que es la capacidad de entrar en contacto con los dioses a través de ciertos rituales, y augur, campos en los que era muy considerado incluso por cristianos, aunque lo difícil de tratar con él era por su orgullo y no por sus sabidurías.

Pero me he desviado del tema. La batalla me producía parecida satisfacción a la que había tenido en mi vida anterior y me di cuenta de que, de la mano de Salustio, podría ser una faceta que se me podía dar bien.

Al volver a encontrarme con Florencio, como era de prever, no dio importancia a mis cien cabezas cortadas. Marcelo, que estaba con él, le siguió la corriente.

—Has obtenido una pírrica victoria, césar —fue lo que dijo el prefecto—, no deberías mostrarte tan entusiasmado.

—No es cuestión de alborozo, sino de que por lo que vemos aquí, tenemos más de un centenar de enemigos de los que no preocuparnos en un futuro —le repliqué yo con más carácter del que

había mostrado hasta ese momento nunca con él.

—Juliano, las guerras contra los germanos no se ganan con tan solo un puñado pequeño de muertos como estos que nos estáis mostrando —intervino Marcelo, con el que no había congeniado desde el primer momento con independencia de su apoyo ciego a Florencio.

—Pero por algo se empieza —fui agrio con él.

—Los germanos se cuentan por muchos miles, no por centenas —continuó el general con voz orgullosa—. Desde que estoy en las Galias, a muchos más que ese número que nos muestras hoy hemos matado, y no deja de venir oleada tras oleada de germanos que quieren quitarnos parte de nuestro imperio.

—Para eso he sido nombrado césar de Occidente por el augusto Constancio —le recordé yo—. Y os juro por los dioses que no cesaré en mi empeño de que eso sea así.

—No vamos a discutir por nimiedades —cortó Florencio con lo que amenazaba en convertirse en un enfrentamiento entre Marcelo y yo—. En efecto, la victoria que nos mostráis no es más que una escaramuza, pero saquemos la parte positiva de ella, que no es otra que nuestro césar ha podido por fin desenvainar su espada y estrenarse en el incierto mundo de la muerte.

—De la guerra deberías decir —corregí a Florencio—, porque la muerte es mi sombra desde que nací. Os recuerdo que siendo niño vi cómo se ultimaba a mi padre y mi hermano mayor y, no ha mucho, Galo también fue ejecutado. Yo nunca, hasta hace muy poco, las he tenido todas conmigo con respecto a seguir la misma desgracia que mi familia, así que no me habléis de lo que es la muerte, que no se produce únicamente en un campo de batalla.

—Debería pedirte perdón, césar —prosiguió Florencio—, pero eres tú quien ha malinterpretado mis palabras. Por supuesto que me refería a la muerte en la guerra, no a las que las intrigas de palacio os han podido acosar desde tu infancia.

La conversación se quedó ahí. Me hice acompañar por Salustio y abandoné la presencia de aquel par de hombres empeñados en despreciarme. La furia ocupaba todo mi ser, pero conseguí mantenerla dentro y no explotar ante aquellos hombres que, para mí, llevaban el camino de convertirse en usurpadores del cargo que el augusto me

había concedido a mí como césar.

## XIV. La primera campaña

En Vienna parecía haber un periodo inhabitual de calma, puesto que Florencio no organizaba ninguna campaña para recuperar los territorios perdidos por los ataques germanos, algo que me extrañó mucho, y así se lo hice llegar al prefecto.

—Estamos a la espera de que el augusto Constancio nos envíe refuerzos —explicó el pretorio con una tranquilidad que volvió a sacarme de mis casillas—. No es una promesa que Constancio no piense cumplir, pero lo hará cuando termine sus guerras en Panonia y Mesia inferior, donde han atacado también los germanos.

El tiempo de espera lo ocupé con Salustio, preparando los planes de un ataque contra Argentoratum[24] a realizar en primavera, preferiblemente durante el mes de mayo.

Cuando tuvimos toda la estrategia perfilada, fuimos a

presentarla a Florencio que, por supuesto, rechazó nuestros propósitos con parecidas argumentaciones a las que ya había utilizado conmigo en anteriores ocasiones.

—Una campaña contra Argentoratum es de mucha envergadura, en la que no tenemos la certeza de ganar y no es nada improbable que incluso seamos vencidos. Además, una derrota podría ser muy severa y dejaría a los germanos la posibilidad de contraatacar y ceder así al enemigo más territorios que pertenecen al imperio —fue lo que dijo—. Si no recuerdo mal, ya te dije, césar, que estamos a la espera de más tropas de refuerzo que nos ha de enviar Constancio y ese será el momento de realizar tamañas empresas por nuestra parte.

—Aun así, si os aburrís —el tono de Marcelo, su inseparable, era como siempre mordaz y despectivo hacia mi persona—, hay algo que sí podéis hacer.

—Os escucho con atención.

—La ciudad de Autun está siendo asediada por nuestros enemigos —se explicó el general—, podéis acudir en su ayuda con un ejército de número adecuado para liberarla del sitio.

—Si así sucede, no sé cómo no hemos ido en su socorro ya —respondí yo con altivez—. Por supuesto que estoy dispuesto a acudir en su ayuda, aunque tuviera que hacerlo yo solo.

Lo cierto es que se preparó un ejército de doce mil hombres para entablar esa campaña. Al partir, al principio ya del verano, un tiempo de espera que me pareció exagerado teniendo en cuenta los apuros que estaba sufriendo la ciudad, vinieron a despedirme muchas personas del pueblo, además de Florencio y Marcelo, al que noté en su actitud, miradas y talante sardónico que no esperaba volver a verme más, porque estaba seguro que yo perecía en aquella expedición.

Autun era una ciudad que había sido de una gran importancia desde que fue anexionada al imperio romano desde la Guerra de las Galias emprendida por Julio César para anexionar al país a Roma. Sus murallas tenían fama de infranqueables, pero el paso del tiempo y el descuido en su mantenimiento habían hecho que buena parte de la cerca estuviera deteriorada. Eso motivó que la guarnición que estaba al cargo de Autun abandonara sus puestos, aunque por fortuna, el patriotismo de un grupo de veteranos habitantes de la ciudad hizo que

pudieran resistir el ataque de los germanos, en este caso alamanes, hasta que llegué yo con mis tropas.

Apenas entablé combate con aquellos bárbaros, quie-nes al vernos llegar prefirieron retirarse porque no las tenían todas consigo de que un enfrentamiento con mis legionarios les reportara una victoria.

[25]

Esto me hizo pensar en los gestos despectivos de Marcelo en el momento de mi partida. ¿Tan poco sabía del territorio en que debería desenvolverse con una soltura fuera de toda duda, que creyó que los alamanes iban a presentar batalla y nos iban a masacrar? Yo vi en aquella actitud el miedo, el temor a estos terribles bárbaros de aspecto salvaje y de tan buena compostura física, pero eso es una cosa que no llegué a saber en ese momento.

Una vez liberada Autun y escuchados los clamores hacia mí de sus moradores, me dirigí a Autissiodorum[26], donde di un merecido descanso a la tropa, acostumbrada por los generales que la mandaba a llevarla de combate en combate hasta la extenuación.

Después, partimos hacia Troyes, que ya sabíamos de antemano que iba a ser un trayecto difícil no por supuestos caminos impracticables ni por la distancia que había entre la ciudad de partida y la de llegada, que sería de un día, sino porque el trayecto estaba repleto de enemigos que no dejaron de escaramucear contra nosotros.

Fue la ocasión en que pude verlos bien por primera vez en mi vida, porque en Aquitania la escaramuza fue en un bosque y no pude distinguirlos tan bien. No había ninguno de ellos que no fuera de gran

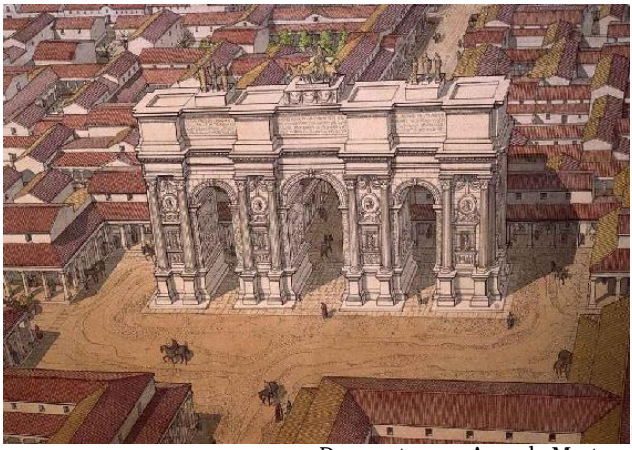
talla y fuerte, tanto que parecían uno solo replicado, porque todos llevaban el pelo teñido de rojo. La vestimenta había pasado de ser la de unos salvajes a parecerse a la nuestra y pude ver con angustia que muchos de los cascos y armaduras que los cubrían habían pertenecido a legionarios nuestros, a los que habían saqueado sus pertenencias de combate una vez muertos por ellos mismos.

Llegamos a Troyes, pasamos lo que quedaba de día y noche allí y a la mañana siguiente partimos porque aquella ciudad era lugar de paso hacia Durocortorum[27], donde había quedado con Florencio antes de mi partida. Allí nos reuniríamos y él dispondría del ejército principal de las Galias para intentar recuperar Colonia Claudia Ara Agrippinensium, en manos bárbaras de nuevo desde hacía poco.

La verdad es que me asombró, en cuanto lo supe, el cambio de actitud del pretorio, sobre todo cuando había dado por un hecho imposible el plan trazado por Salustio y yo mismo para recuperar Argentoratum por ser una campaña de altísima envergadura y no estar preparado el ejército en la Galia para afrontarla.

Quise ver la mano de Constancio en este sorprendente cambio de estrategia de Florencio, que tal vez fuera apremiado por el emperador para empezar a recuperar territorios perdidos, un objetivo que no parecía preocupar ni a Florencio ni a Marcelo, y cabe la posibilidad que sea así, porque la actitud de ambos con respecto a Autun me dio mucho que pensar, por ejemplo en que parecían más dos funcionarios destinados fuera de sus casas que enviados del augusto para cumplir la misión encomendada por el mismísimo augusto.

En Durocortorum ya esperaba Marcelo, que sin dejarnos apenas descabalgar, me convocó para asistir a un cónclave militar, en la que además de a Salustio hice que me acompañara Prisco del Epiro, antiguo maestro mío en Atenas y al que reclamé a mi lado cuando fui nombrado césar.


[28]
Durocortorum, Arco de Marte

## XV. Los años en las Galias como césar

La reunión militar trató sobre el tema de emprender o no la campaña para la reconquista de Colonia Agrippinensium. Como era de esperar, aquel encuentro fue una discrepancia absoluta sobre los hombres que formábamos parte de él.

En un lado de las opiniones se situó sobre todo Marcelo, como siempre, apoyado por Florencio, que no se comportó de una forma tan intransigente como otras veces conmigo que, apoyado por los pocos fieles que tenía en las Galias, pretendía emprender la marcha para hacer volver a la ciudad al dominio romano.

—Las tropas que componen nuestro ejército no están aún listas para partir hacia Colonia Agrippinensium con perspectivas de éxito — fue el argumento planteado por el díscolo Marcelo, dispuesto a todo

para entorpecer mis designios, como ya hizo junto con Florencio cuando Salustio y yo les presentamos el plan para tomar Argentoratum. En realidad, estos territorios y otros fueron perdidos por el imperio cuando Constancio pidió ayuda a los germanos para vencer al usurpador Magnencio. Solo que después de conseguido su propósito, los bárbaros decidieron no abandonar los enclaves tomados en aquella guerra y ahora había que combatir con ellos pare recuperarlos. Marcelo era consciente de eso, de la posible culpa del augusto en la situación actual, y no parecía muy por la labor de solucionar los desastres que había ocasionado el emperador. Por supuesto, estaba su odio visceral hacia mí, a pesar de que no nos conocíamos antes de mi llegada como césar a las Galias, no sé si por mi parentesco con Constancio o porque, simplemente, mi presencia le hurtaba del omnímodo poder del que gozaba en el mando del ejército —. Habrá que esperar a que las legiones que podamos reunir aquí tengan el triunfo garantizado cuando partamos hacia la conquista de Colonia Agrippinensium.

—En la guerra —contravine yo—, ni el más numeroso y mejor armado ejército tiene la garantía absoluta de obtener la victoria. Aun así, Marcelo, según tú, ¿cuándo estarán listas nuestras tropas para poder partir hacia lo que han sido destinadas?

—No puedo darte una fecha exacta, pero sí que llevará un tiempo —contestó el general sin concretar nada, lo que a mí me demostró que únicamente estaba utilizando una excusa para no partir hacia la conquista de Colonia.

—Pero una idea aproximada sí tendrás —insistí.

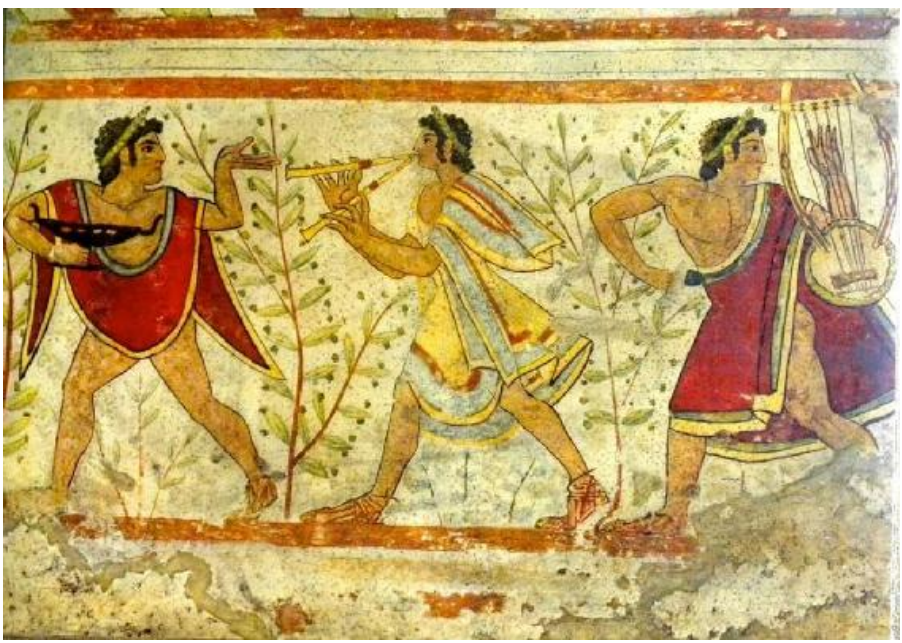
—Pertrechar un ejército y reunir el suficiente número de legionarios para ir a la guerra no es tarea de un solo día —intervino Florencio, mientras su hombre de confianza empezaba a murmurar sin abrir apenas la boca y, aunque no pude entenderle del todo por ese motivo, sí supe que hablaba contra mí e incluso me pareció percibir que lanzaba amenazas contra su césar, o sea yo.

—Florencio, no des pasos atrás ahora —respondí levantando la voz sin observarlo a él, sino al indomable Marcelo—. En Vienna quedamos que aquí se reuniría el grueso de nuestro ejército para atacar Colonia. —La mirada que sostenía sobre Marcelo se volvió feroz

y él se dio cuenta de ella. Para mi sorpresa, le noté inmutarse—. Con respecto a ti, Marcelo, en vez de gruñir para hablar mal de mi persona, di lo que piensas para que todos te entendamos. O mejor aún, guarda silencio, porque has de recordar siempre quién es el césar de Occidente en ese momento y quién un general celoso de su poder que yo nunca he pensado arrebatarte, si-no compartir contigo. De ti, ahora, solo quiero que me digas una cosa: ¿cuándo dispondremos de ese ejército del que has hablado para partir hacia nuestro destino?

—Solo os diré que no será durante este año —con-testó Marcelo atragantado por la furia.

—Pues si tú y el pretorio estáis dispuestos a desobedecer al gran augusto Constancio, hacedlo si lo consideráis conveniente, pero yo tengo órdenes por escrito de él que me instan a tomar Colonia cuanto antes mejor. Quedaros vosotros al amparo de la ciudad de Durocortorum, donde estamos ahora, disfrutando de lisonjas y vinos y de una paz que solo existe en apariencia, que yo partiré cuanto antes, mañana mismo si así hubiese podido ser, con las tropas disponibles aquí y ahora para emprender la campaña de Colonia Agrippinensium y reconquistar la ciudad no solo para Roma, sino para la gloria de mi primo, el augusto Constancio, que para eso me nombró césar y me mandó a estas tierras.



—Nadie quiere desobedecer al emperador Constancio, mi césar —habló Florencio con tono muy preocupado—. Dadme unos días, pocos, y emprenderemos la marcha hacia esa guerra que nuestro gran augusto quiere que emprendamos.

—Está bien, Florencio, te daré esos días, siempre que sean pocos como afirmas.

—Os doy mi palabra de que así sera.

La campaña de Colonia se emprendió pocas jornadas después, tal como había prometido el pretorio. El camino hasta el objetivo final de ese despliegue no fue fácil, pues hubimos de combatir durante el camino contra abundantes enemigos, pero lo cierto es que a finales de ese mismo año 356 Colonia Agrippinensium fue reconquistada.

[29]

Desde entonces, empecé a adquirir cierta fama tanto entre las huestes amigas como enemigas y, lo que es más importante, los hombres bajo mi mando empezaron a confiar en mí de forma casi ciega y obtuve su aprecio no solo por mis actitudes en el campo de batalla, sino por mi trato hacia ellos, con los que incluso compartía el rancho diario sin atenerme a privilegios culinarios de ningún tipo, así como excluí de mis costumbres privilegios que solían mantener los generales en plena campaña, como el hecho de que su tienda pareciera un palacio, mientras los legionarios pasaban hambre y sufrían las inclemencias de malos pertrechos donde dormir e incluso de la intemperie.

Tras la toma de Colonia Agrippinensium, decidí invernar en la ciudad de Senona[30], situada en pleno centro de las Galias y muchos me preguntaron por qué no había elegido para ello localidades mejor

acondicionadas y fortificadas como podrían haber sido Lutecia[31], situada más al norte, o Troyes o Autissiodorum, no muy alejadas del lugar elegido por mí.

Lo cierto es que elegí Senona porque me pareció un asentamiento ni pequeño ni grande, de fácil defensa a pesar de las protestas de mis generales y porque así evitaba el relajamiento de las legiones a mi cargo en un lugar que ofreciera más placeres mundanos y no olvidaran el trabajo duro como parte de su condición de soldados del imperio.

Lo cierto es que los alamanes no tardaron en darse cuenta de nuestra posición y poco a poco al principio y después de forma bien visible para todos nosotros, cercaron Senona aprovechando que esos bárbaros parecían moverse mejor que los romanos en los inviernos, por muy crudos que fueran, de tal forma que no tardaron en superarnos en número, a la espera del momento propicio de lanzar su ataque contra mí y mis legiones.

Antes de que esto ocurriera, sucedió algo que, por inesperado, no dejó de sorprenderme porque significaba un odio irracional hacia mi persona o un lastimoso acto de cobardía. Marcelo abandonó con los hombres bajo su mando directo Senona y así incrementó nuestra desventaja hacia el enemigo.

No sabía si yo moriría en aquel lance de guerra, pero no pude

evitar una especie de regocijo interior al ver la deserción de Marcelo, porque si triunfaba en aquella batalla que no tuviera dudas el felón de que su actitud ante el enemigo a las puertas de aquella ciudad llegaría a oídos de Constancio, por lo que si este era razonable y no solía actuar de otra forma, por fin cesaría a Marcelo de todas sus funciones de mando y lo alejaría de las Galias y de mí para siempre, sino es que acababa cortándole la cabeza.

Pero volviendo a la situación en la que nos encontrábamos en Senona, llegó por fin el día del asalto de los alamanes, a los que pudimos contener para luego lanzar un contraataque contra ellos, de tal forma que a pesar de nuestro menor número de tropas les infringimos una seria derrota que estoy seguro que les costaría olvidar, sin que ello simbolizara que sus ansias de venganza se volvieran más en-carnizadas.

La victoria fue jubilosa para todos los nuestros, aunque un poco menos para Salustio.

—¿Qué os preocupa, buen amigo? —le pregunté sabiendo de antemano su respuesta, porque quería oír de sus propios labios las inquietudes que le embargaban.

—Me inquieta vuestro primo, el augusto Constancio —contestó lo que yo pensaba—. Tras Autun, la recuperación de Colonia Agrippinensium y la severa derrota que habéis infringido a los bárbaros hoy, no dejo de pensar que empiece a considerarte más un rival para sentarse en el trono que él ocupa que un general que cumple sus órdenes de recuperar la Galia para Roma y que cuenta sus intervenciones por victorias.

—No os digo que no tengas razón, Salustio —aduje yo con tanta intranquilidad como sangre fría—, pero aún no llegan a dos años desde que me envió aquí, pues te recuerdo que pisé las Galias como césar a finales del 355 y aún estaba empezando a romper la primera del 357 y yo creo que prescindir de mis servicios ahora sería actuar como quien tiene un problema y. en vez de solucionarlo, lo deja crecer.

—Recordad lo que ocurrió con vuestro hermano Galo.

—A Galo lo he querido con toda mi alma, mi estimado Salustio —continué con mi argumentario—, pero no se pueden comparar los

servicios que le prestó él a nuestro primo, que no fue otra cosa que desobedecerle, a los que le estoy proporcionando yo. Roma vuelve a ser más grande gracias a mí, y eso es algo que Constancio tendrá en cuenta.

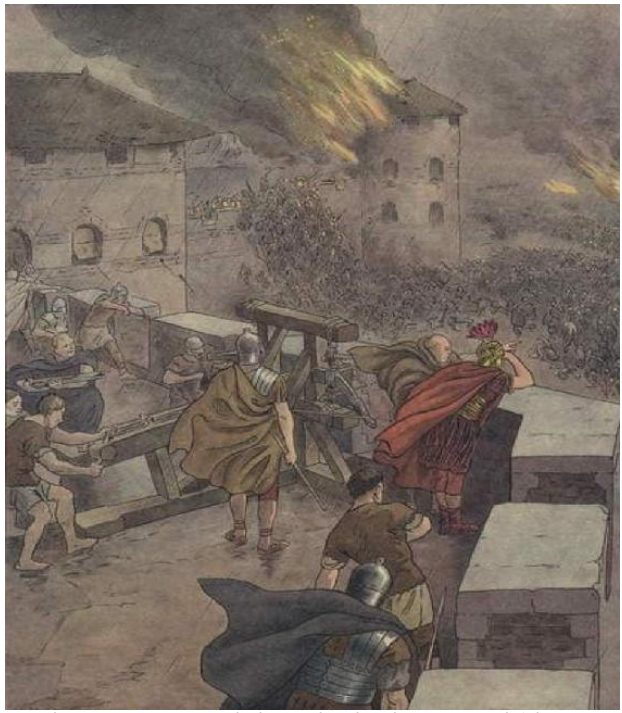
—Ese es el problema, mi césar —Salustio se puso más serio todavía—. Si no hubiésemos estado tú y yo solos en este momento y alguien te hubiese oído expresarte como lo has hecho hace un pequeñísimo instante, tendría el derecho a pensar que tus victorias son solo tuyas y que no incumben también a Constancio, pues después de todo, son más suyas en estos momentos.

La advertencia, más que palabras, de Salustio me dejaron pensativo durante un buen rato.

—Tienes razón, amigo —dije cuando recopilé todo lo dicho por él—. El lenguaje que utilice, tanto en público como en privado, será siempre de una moderación que no hará pensar a los espías de nuestro propio bando que no ansío otra cosa que servir al augusto Constancio de la mejor forma posible.

Constancio envío por fin refuerzos en primavera, veinticinco mil hombres a las órdenes del *magister peditum*, un cargo militar creado por Constantino, el llamado el Grande, que era como un comandante de infantería en base local, en este caso la Galia, de nombre Barbacio. Aquel ejército intentó utilizar una estratagema que pretendía atrapar al enemigo en una pinza, pero Barbacio no supo coordinar bien a sus tropas y los bárbaros rechazaron el ataque y ante el fracaso de aquella táctica, el *magister peditum* ordenó retirar a sus tropas.

A pesar de aquella derrota, yo decidí con los hombres que disponía, unos trece mil, atacar en Alsacia, el territorio que surca el río Ell, afluente importante del Rin, situado al norte de la Galia, a los usurpadores de esa comarca, que nominalmente debería seguir perteneciendo a Roma.



*Alsacia romana inundada por hordas de invasores bárbaros*, de Víctor Huen

La región estaba ocupada por una horda de unos treinta y cinco mil invasores, con su rey, de nombre Chonodomario, que campaba a sus anchas por allí produciendo matanzas y saqueos, algo que un césar de las Galias no podía permitir, y yo que lo era en ese momento, no estaba dispuesto a hacerlo.

Chonodomario había atravesado el Rin para luchar contra el usurpador Magnencio, de acuerdo a un pacto hecho con Constancio, en el que no estaba incluido que, después de ayudarle a vencer a su enemigo, los alamanes deberían permanecer allí, por lo que habría que echarles al territorio que originalmente ocupaban.

La batalla se libró en las inmediaciones de Argentoratum y dispuse a mis hombres de tal forma que pudiéramos soslayar la desventaja numérica, en una formación cerrada y caballería en los francos para hostigar al enemigo.

Pude observar que el enemigo avanzaba en cuñas, así que ordené detener la marcha de mis legiones y dejé actuar a la caballería durante un tiempo. Después decidí realizar un avance general de todas mis líneas y aunque pronto se percibió que por la izquierda los alamanes no resistían nuestro empuje, noté que por la derecha,

nuestra caballería se desbandaba cuando tuvieron noticia de la muerte de uno de sus oficiales.

Por fortuna, la cerrada formación de mis soldados no les permitió abandonar el campo de batalla y yo mismo tuve que dirigirme a ellos para que permanecieran en la lucha, lo que acabaron haciendo al conseguir convencerlos.

La batalla fue, en realidad, un enfrentamiento de infantería a lo largo de todo el frente. Los estragos de las jabalinas, venablos y flechas utilizados por las legiones hizo que la formación enemiga empezara a resquebrajarse.

Los alamanes empezaron a oler el miedo y entonces desde nuestras fijas se empezó a rugir el *barritus*, en realidad el grito de guerra germano, para dar a entender que al enemigo que las legiones que tenían enfrente no eran bisoños soldados reblandecidos por el transcurso de tantos años de imperio, sino a legionarios veteranos de muchas lides, dispuestos a todo por obtener aquel día una victoria.

Los nuestros entonces formaron un muro de escudos y siguió la batalla a empellones, enviones y envites que los alamanes intentaron doblegar con los hombros, las rodillas y golpes de espada.

El rey Chonodomario, que dirigía en persona la batalla por parte del enemigo, pudo apercibirse de que si todo seguía transcurriendo como hasta lo que estaba viendo hasta ese momento, la derrota de su ejército era inevitable. Así que se dirigió a cuantos jefes tribales abarcaba su vista y él en persona se lanzó al ataque con estos hasta conseguir penetrar en nuestras líneas.

Pero tras ellas yo había situado a la legión *primari*, soldados de reserva para evitar posibles contingencias como aquella. La lucha entre Chonodomario y los legionarios fue muy encarnizada, pero la victoria sonrió a Roma y el rey bárbaro incluso fue hecho prisionero.

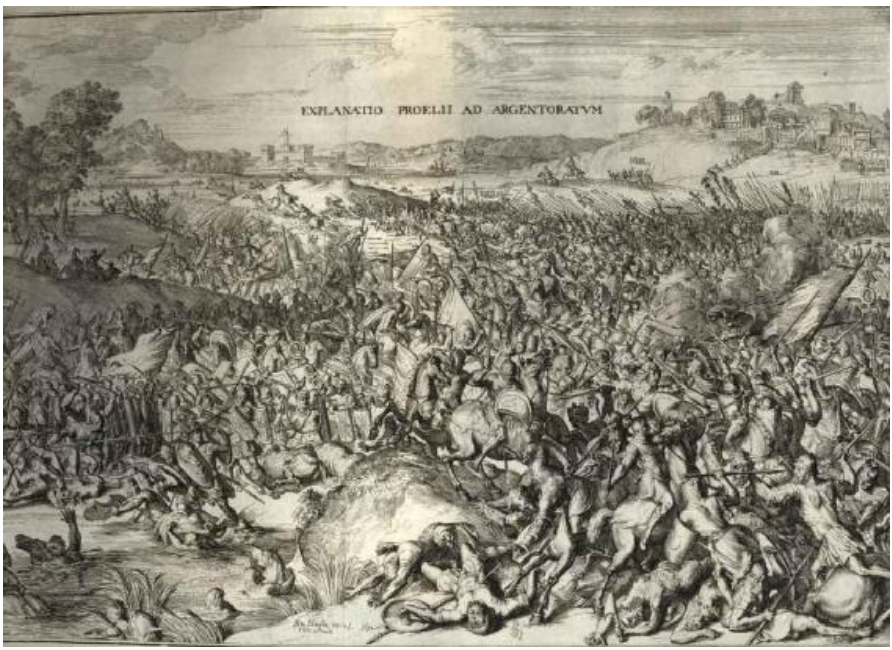
Tras este intento de golpe de mano por parte de los alamanes, ante la imposibilidad de su ejército de atravesar nuestras defensas de escudos y el alto número de muertes que habían sufrido, el enemigo se dio cuenta de su derrota y emprendió la fuga.

En ese momento, mandé romper filas a mis hombres para que partieran en persecución de los huidos. Al llegar a la orilla del río Rin, ordené una carga para rematar a los bárbaros que esperaban a atravesar el caudal y una vez empezaron a hacerlo, a nado la mayoría, insistí en proseguir con su hostigamiento, para lo que decreté que se

usara la artillería, como ya habíamos hecho al principio de la contienda.

Los anales que describieron o escribieron sobre la batalla de Argentoratum reseñaron que en ella murieron seis mil germanos, la mayoría durante la persecución o ahogados en el gran río, mientras que los romanos sufrimos doscientas cuarenta y tres bajas.

Tan importante batalla enervó el ánimo de mis legiones y aumentó, por supuesto, el fervor que parecían sentir hacia su césar. Por eso no es de extrañar que fuera aclamado como augusto por ellas en el mismo campo de batalla, un cargo que no había ansiado poseer nunca.



Porque yo, que no tenía ninguna intención de entrar en conflicto con mi primo Constancio, el verdadero augusto del imperio, rechacé el honor y agradecí en un pequeño curso el coraje de cada uno de los soldados que habían intervenido en la contienda. Solo tuve un gesto de desaprobación hacía la facción de caballería que había intentado abandonar el combate en plena batalla, que con toda probabilidad nos hubiese privado de la victoria, a cuyos hombres ordené que desfilara al día siguiente delante de todos vestidos de mujer.

De la envergadura de la batalla de Argentoratum no libré otra durante mi estancia en las Galias, aunque eso no significó que cesaran las hostilidades con los invasores germanos.

En el 358 emprendí expediciones contra los francos en el curso bajo del río Rin, donde también derroté a los chamavos, que tenían todo prácticamente dispuesto para atravesar la frontera e invadir la Galia.

Aproveché mi estancia allí para reconstruir nuestras defensas, que se encontraban en lamentable estado de aban-dono y establecí nuevas fortificaciones a lo largo del río Mosa.

También me preocupé de asegurar el avituallamiento proveniente de Britania con la modernización de la flota que unía al continente con la isla.

*Asalto bárbaro a una torre de vigilancia*, de Angus McBride

Un año después, osé penetrar en territorio germáno desde Mogontiacum[32] sin encontrar una resistencia encarnizada por parte del enemigo, con lo que conseguí asegurar la frontera del Rin, un propósito que cuando llegué a las Galias como césar casi cinco años antes, parecía una empresa imposible de llevar a cabo, y menos en tan poco tiempo.

La consolidación de la marca del Rin llevó a que el aprecio hacia mí de las legiones y de incluso la mayor parte de los habitantes de la Galia alcanzara su máximo apogeo, hecho en el que influyeron otras medidas de gobierno, como la rebaja hasta donde me fue posible del impuesto de la capacitación, una tasa que asfixiaba a buena parte de los ciudadanos de Roma por sus altos importes e injusto por su naturaleza, porque todo ciudadano del imperio debía pagar el mismo importe, con independencia de la renta de cada cual u otras posibles circunstancias que pudieran darse.

## XVI. Augusto Juliano

La misión de mi primo Constancio había sido cumplimentada con éxito, las Galias parecían pacificadas y las fronteras llevadas hasta el lugar que ocupaban antes de la guerra con el usurpador Magnencio. A pesar de todo, el prefecto Florencio seguía conmigo, en lo que yo consideraba un control por parte de mi augusto, y dado que Marcelo, tras su deserción en Senona había sido depuesto y retirado del mando por mi pariente, ahora tenía que soportar la presencia de Pentadio, un maestre de los oficios que solo parecían atender a lo que el emperador le ordenaba desde Mediolanum o donde estuviera en cada momento. Y, además, había apartado a Salustio de mi lado.

A pesar de mis victorias, que desarrollé haciendo oídos sordos a los intentos a veces descarnados de los funcio-narios nombrados por el emperador para evitar alguna de mis campañas, no dejaba de sentir un indigno sometimiento hacia ellos, además de una inexplicable falta de independencia para acciones concretas a emprender por mi parte y un irrespirable espionaje por su parte. Constancio debería haber recordado que rechacé el nombramiento de augusto en el campo de batalla de Argentoratum, lo que tenía que haber demostrado de forma

clara que yo seguía siendo fiel a su persona y confiar más en mí.

Tampoco hay que olvidar que Constancio y todos sus allegados eran cristianos, lo que me había obligado a camuflar durante los abundantes años que llevaba en las Galias mis verdaderas creencias religiosas, situaciones ambas que iban transformando mi carácter, de por sí tranquilo, hacia mostrar impulsos violentos, intolerante hacia los que no pensaban como yo o no permitieran que lo hiciera de acuerdo a mi libre albedrío. La ausencia de Salustio, por supuesto, tampoco hacía que olvidara sus continuas advertencias sobre las posibles últimas intenciones de Constancio, del que no dejaba de decirme que los celos ante un césar tan laureado como yo fueran al final considerados como un obstáculo para mantenerse como augusto y acabara un día llamándome ante su presencia para matarme y así quitarse de encima el peligro del último constantiniano que podría arrebatarle la diadema imperial. Por este pensamiento que no dejaba de asaltarme, me había convertido en un ser muy susceptible que, tras demostrar mi valía con un éxito tras otro en la guerra, estaba seguro que los dioses guardaban para mí un brillante futuro.

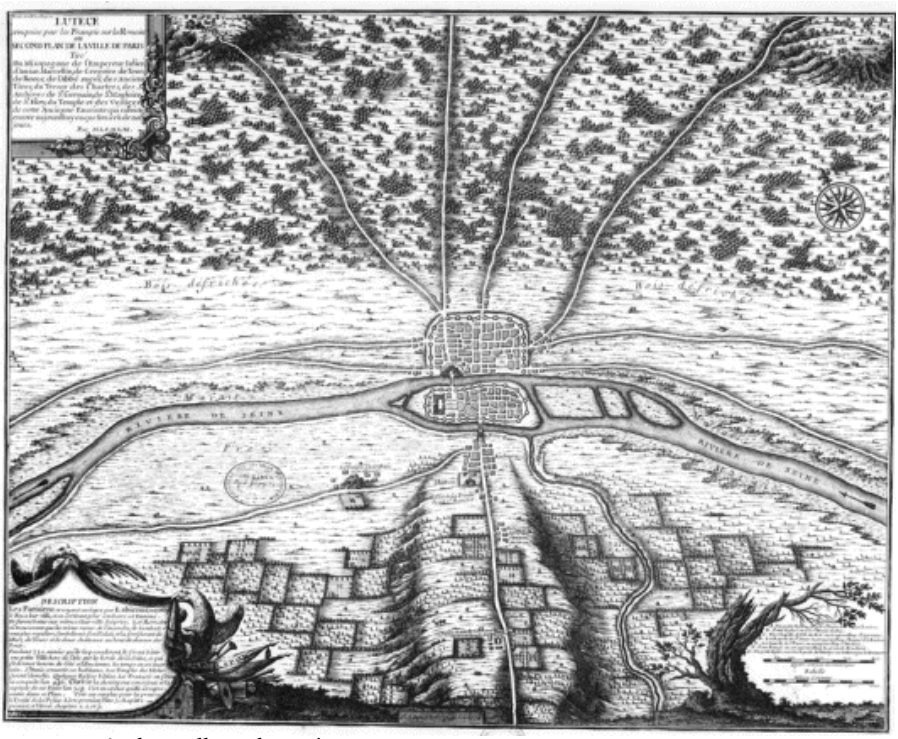
La evidencia mostraba que Constancio y yo cada día andábamos por más dispersos caminos y que nuestra relación, que nunca fue buena, se iba deteriorando año tras año.

Es muy posible que todo hubiese seguido en esa especie de guerra fría que manteníamos los dos, yo demostrándola con sus enviados ante mí, disimulada eso sí, por el panegírico escrito por mí hacia su persona un par de años antes, aunque en él no se dejaban de leer entre líneas ciertas críticas ante mi situación en la Galia.

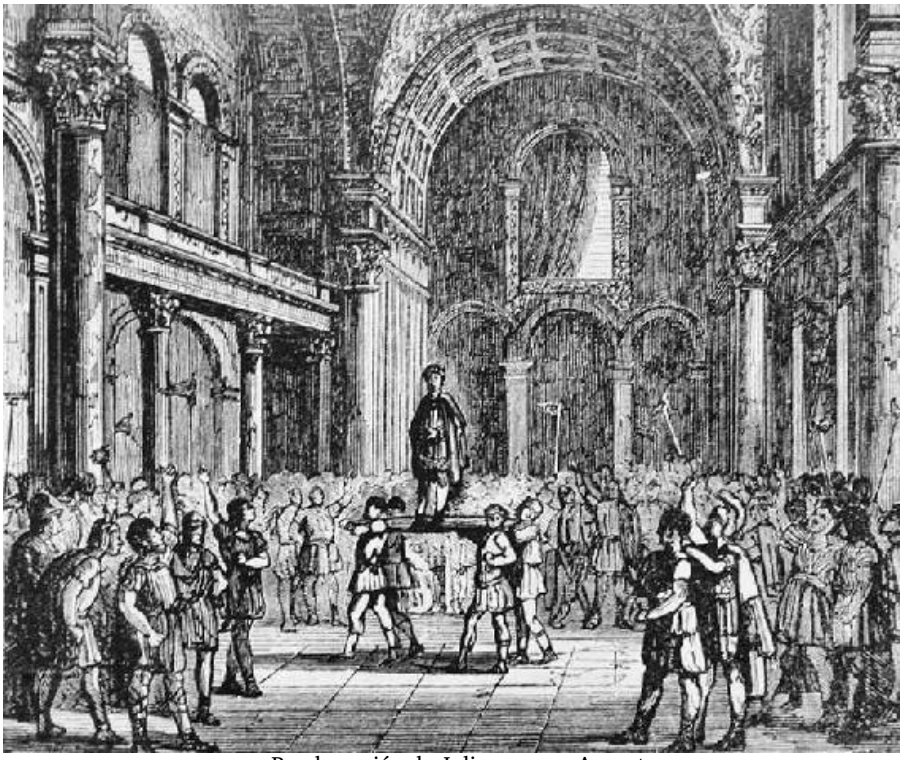
Pero no sucedió así, Constancio decidió dar un paso más en nuestra disputa. En los albores del año 360, mi primo me pidió un tercio de mis tropas con destino a la guerra contra Persia. Fieles a mí, su césar, prepararon al tener noticias de esta orden, con mi asesoramiento por supuesto, un levantamiento de las tropas situadas en Lutecia, a la que pronto dejaríamos de llamar así, porque este mismo año fue rebautizada como París, en el que fui proclamado augusto por segunda vez por los legionarios.

Esta vez sí acepté el cargo, mientras intentaba explicarle a mi primo lo acontecido haciendo gala de cierta prudencia y digo cierta y

no total prudencia, porque en mi carta le dejaba bien claro que no pensaba renunciar al cargo de augusto.




Lutecia, luego llamada París



Proclamación de Juliano como Augusto

Constancio no actuó de forma directa en un primer momento, sino que se alió de nuevo con quienes deberían ser nuestros enemigos, francos y alamanes, para que estos me atacaran como hicieron ya hace unos años con el usurpador Magnencio.

Pero yo no era Magnencio. Sorprendí a los germanos cruzando con una parte de mis legiones el río Rin y les combatí en su mismo terreno, campaña en la que volví a salir victorioso.

*Puente romano sobre el Rin*. John Soane, 1814

Mi reconocimiento como nuevo augusto en Occidente fue extendiéndose rápidamente. Constancio no lo admitiría nunca y fue entonces cuando decidí partir hacia Oriente, donde mi primo estaba combatiendo contra los persas, para zanjar la disputa de una vez por todas.

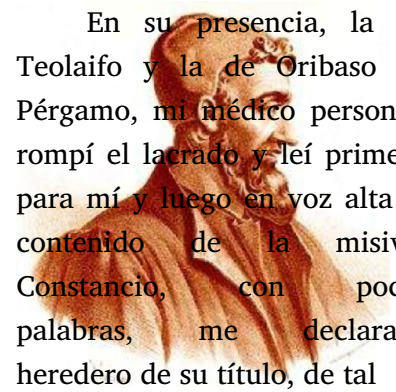
Pero no hubo la necesidad de enfrentar a los ejércitos partidarios del uno y del otro, puesto que cuando llegué a la ciudad de Naissus[33], en la provincia de Dardania, situada en los Balcanes, cuna del emperador Constantino, apodado el Grande, supe de la súbita muerte de Constancio en Tarso, capital de la Cilicia, origen del mayor divulgador del cristiano, de ese al que ellos llaman San Pablo, y lugar del primer encuentro entre la reina Cleopatra de Egipto y Marco Antonio, situada en Asia.

*El desembarco de Cleopatra en Tarso*. Claude Lorrain (1642)

El fallecimiento de mi pariente podría suponer una ventaja o un inconveniente. Ventaja, porque al morir él, yo era el único constantiniano que quedaba vivo y era el legítimo heredero del imperio. Inconveniente, porque aunque careciera de cabeza visible la facción de Constancio, uno de sus generales podría proclamarse augusto y empezar una guerra que aún no se había iniciado.

Por fortuna, Constancio llevaba enfermo algunos meses. Y ahora me explicaré mejor, porque las lenguas bífidas expusieron que yo me inventé un testamento en que él me declaraba su legítimo sucesor. Como testigos de que no fue así cuento con el testimonio de dos funcionarios del Consistorio[34], Aligildo y Teolaifo, en realidad quienes me dieron la noticia de la muerte del otro augusto y que fueron, además, los que me contaron las circunstancias del fallecimiento de mi primo como consecuencia de unas fiebres que le producían un mal de estómago que parecía perseguir a toda la dinastía constantiniana, si exceptuamos a mi persona y a todos los de mi estirpe que murieron de forma prematura, que nunca sabremos si hubiesen llegado a sufrir ese mal. Aligildo estaba presente en el

momento del óbito de Constancio, que le entregó en mano una carta sellada que, sin abrir, me fue entregada directamente por él en mano en la misma escena en que conocí las circunstancias del óbito de mi pariente.

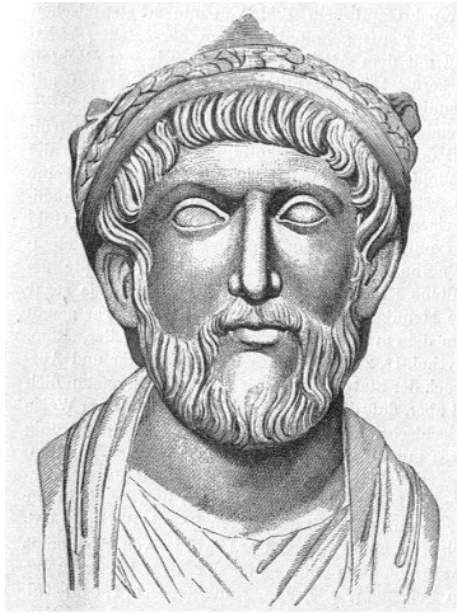


Oribaso

En su presencia, la de Teolaifo y la de Oribaso de Pérgamo, mi médico personal, rompí el lacrado y leí primero para mí y luego en voz alta el contenido de la misiva. Constancio, con pocas palabras, me declaraba heredero de su título, de tal forma que para los que dudaban de mi legitimidad como augusto, deberían de cambiar de opinión en cuanto el contenido del testamento de mi primo se propagara por todos los rincones del imperio. Y ahora viene a cuento el porqué de mi afirmación de que la enfermedad de Constancio no fue inmediata y sí fue larga, porque con tiempo pudo reflexionar sobre lo que mejor sería para Roma cuando él no estuviera y, por eso, decidió testar en mí.

Al difunto augusto se le engalanó con un funeral dig-no de lo que había sido en vida, el emperador, y con eso honré la memoria de Constancio para generaciones posteriores. Dichas exequias obtuvieron la pronta aprobación de mi figura por parte del ejército y de los moradores de las provincias de Oriente.

## XVII. Antioquía



La primera medida que tomé como emperador fue simbólica. Llegué a Constantinopla a finales del año 361 y organice una comisión depuradora para tratar de averiguar el desempeño de los funcionarios y consejeros de Constancio, a los que destituí en su mayor parte y nombré a los míos, principalmente militares afines a mi persona. Dicha delegación buscaba dilucidar las actitudes de la administración civil del difunto augusto y, sinceramente, acabó con una purga de los estratos más altos de Roma durante el mandato de mi primo y, muchos de los acusados fueron condenados sin apenas pruebas en su contra.

Una vez establecidos los cargos contra muchos de ellos, empezaron los que los anales conocieron como los juicios de la Calcedonia, por el lugar donde se celebraron, y con ellos conseguí librarme de la tutela de la burocracia que había estado apegada al poder en esos años del imperio y apoyarme, desde entonces, en la aristocracia militar, que hay que recordar que es donde se aglutinaban la mayor parte de los creyentes en los antiguos dioses, los verdaderos, y no dejar todo el gobierno de Roma en manos de cristianos convencidos que iban a ser, con el tiempo, mis mayores enemigos

durante el transcurso de mi mandato recién empezado. De paso, conseguía satisfacer a esos militares que se habían sentido postergados durante el largo gobierno de Constancio.

Sirvió cualquier acto dudoso del mandato de mi primo, entre ellos la ejecución de mi hermano Galo, que aún permanecía en la tiniebla de los hechos que realmente ocasionaron su muerte.

Un primer grupo de juzgados lo componían unos veinte nombres, entre los que destacaron Paladio, *magister officiorum,* Tauro, prefecto pretorio y cónsul, Pentadio, notario y también *magister officiorum*, Florencio, el hombre que me controló en las Galias al que mi primo también nombró cónsul, Saturnino, *ex cura palatii*, Cirino, notario y, por terminar de citar nombres que ahora carecen de relevancia, Evagrio, *comes rei priuatae*; y Úrsulo, *comes sacrarum largitionum*, muchos cargos de nombres pomposos que, para mí, no tenían otro sentido que aumentar la burocracia.

A muerte fue condenado este último, al igual que Florencio en ausencia, mientras que a todos los demás se les aplicó penas de exilio, sin quedar muy claras las causas, a excepción de Paladio y Pentadio, que lo fueron por ser sospechosos en la intriga que llevó a la muerte de mi hermano Galo, aunque este último supo defenderse bien y al final fue eximido de toda culpa y, con posterioridad, fue sirviente durante mi gobierno como *magister officiorum* destinado en las Galias.

Nombres hubo muchos más, pero no voy a hacer una relación exhaustiva de ellos porque no fueron, en realidad, hombres importantes durante mi reinado y el ensañamiento con el pasado y mis ansias de venganza hacia muchos de ellos iban a confundir los hechos del gobierno de Constancio con el que yo acababa de emprender.

Otra de mis políticas principales fue la religiosa, todo el imperio debía conocer mis creencias y yo decidí ponerlas en práctica. Después de todo, lo que yo pretendía difundir era la religión verdadera, algo que tampoco es tan difícil de explicar.

En realidad, se basaba fundamentalmente en los dioses antiguos que habían gobernado Roma desde sus inicios, con algunas modificaciones modernas, para lo que pretendí convertirme en un nuevo profeta, porque lo que buscaba era renovar una religión desde

sus orígenes para su desarrollo futuro, tal como Cristo promulgó en Palestina.

Para ello, lo primero que hice fue no ocultar mis creencias paganas, pues di devotamente las gracias por haber sido elegido augusto a aquellos dioses y no a Dios, y siempre dispuse en torno a mí de los intelectuales no paganos, según mi criterio, o sea cristianos, del helenismo actual.

Por supuesto, Constancio quiso criarme desde que me perdonó la vida dentro de la doctrina cristina, pero es bien sabido que yo no creí en ninguna divinidad hasta que leí a Homero, cuyos escritos están entre los básicos de la religión griega. De las lecturas de Porfirio y Jámblico obtuve la asimilación de helenismo con paganismo, puesto que para mí los antiguos escritos griegos eran el germen principal de la cultura, más allá de su belleza expresada, porque eran tan abundantes como evidentes en ellos el compendio de ideas tanto políticas como religiosas que los helenos querían divulgar.

Por supuesto, los cristianos actuales se negaban a aceptar esa idea, como así era pregonado por personajes de interés de esta religión, pero que realmente estaban equivocados, como fueron Gregorio de Nacianzo y Basilio el Grande, a los que conocí en persona mientras estudiaba en Atenas. Yo solía renegar de ambos porque los consideraba de una inteligencia superior a la de los demás hombres, por lo que no entendí nunca el porqué abrazaron la falsa religión, más teniendo en cuenta el ambiente en el que se desenvolvían, pleno de grandes pensadores que buscaban en los clásicos la verdad de lo que aconteció en su momento y ocurrió después.

Basilio el Grande

Gregorio de Nacianzo

Ahora viene a cuento por qué dije antes que yo, el augusto de Roma, debería transformarme en un nuevo profeta para sacar a la luz una nueva religión. Porque lo cierto es que, como ye he enunciado, no volví simplemente al culto de los dioses antiguos del imperio, sino que añadí a sus creencias un acercamiento esotérico a la filosofía clásica, donde tenía mucha importancia la teúrgia, el misticismo y las adivinaciones, a las que recurría a menudo, sobre todo a través de Máximo, pero también con Prisco. De esta forma, llegué a detestar tanto a los paganos agnósticos como a los cínicos y los cristianos, a los que llegaba a considerar ateos, por no compartir esta última parte de mis creencias.

Pero quiero volver a la mayor lacra religiosa del imperio. El cristianismo se había extendido haciendo oídos sordos a sus contradicciones, que salvaban convocando un concilio de vez en cuando y tomando por mayoría decisiones que en su mayor parte no eran acertadas.

De su doctrina, criticaba además la discordancia de los evangelios, de los que habían elegido cuatro y apartado a los demás, hasta una treintena más, algunos de ellos redactados con un mejor criterio que los que habían salido triunfantes; la discrepancia entre el monoteísmo judío y el trinitarismo de su religión, que no dejaba de ser un absurdo creado por el hombre y no por ningún dios y que, finalmente, hacía que los seguidores de Jesucristo no tuvieran un solo

dios sino tres; y el carácter tribal y no universal del Yahvé del Antiguo Testamento.

A todas las pinceladas añadidas por mí al antiguo culto de Roma, concedía también un lugar importante en la religión que practicaba, que era la verdadera, los populares misterios de Atis y Mitra, una forma de practicar un culto a través del planteamiento de ciertos enigmas que no planea explicar y hay que ir descubriendo a través de la experiencia vital y ritual y no mediante la palabra o la razón. Planteado así, más que una religión con dogmas planteados de antemano, era un modo de vivirla. El secretismo y la exclusividad que conllevaba todo ello hacían frecuente que existiera un tiempo previo de preparación y pruebas que determinarán si se admitía al nuevo discípulo que estaba intentando acceder al culto, que recibían el nombre de misterios. Por último, añadí también a mi peculiar teología los sortilegios del culto a Hécate, la titánide, asociada a encrucijadas, entradas a veredas, la luz, la magia, los fantasmas, la nigromancia y la hechicería, aunque en el pasado fue una de las deidades más adoradas por los atenienses, pues se la consideraba también protectora del hogar.

La última faceta de la religión verdadera que como augusto pretendía mostrar al mundo era mi propio endiosamiento, puesto que yo era descendiente del Dios Sol, del que recibía visiones directas.

Mientras llegaba el momento de implantar la auténtica religión,

decidí instalarme en Antioquía, en despecho de Constantinopla, muy probablemente la ciudad más acristianada del imperio. Aunque no puedo negar que en Antioquía el cristianismo también estaba muy extendido y tuve problemas allí desde el principio, porque los devotos del galileo se mostraron pronto hostiles hacia mi persona.

El ejército sirio fue uno de los primeros puntos de conflicto al ser en su mayoría seguidores de la nueva, como tan falsa, religión promovida por Jesús. No tardaron en seguirlos en sus protestas los miembros de la élite antioqueña, para terminar siendo odiado por la mayoría de su población según fui tomando las medidas que consideré oportunas para realzar el culto verdadero de nuestros ancestros e ir apartando de la rutina de la ciudad las ceremonias que el cristianismo había ido introduciendo en la vida cotidiana de la misma.

Todo ello a pesar de que no escatimé esfuerzos en favorecer a Antioquía con respecto a otras urbes de la región, privilegios como fueron un precio bajo del trigo y sometiendo a control su posible inflación marcando valías máximas del mismo en tiempos de escasez.

Antioquía

Al poco de establecerme en Antioquía, supe que el tempo de Apolo en Dafne había sido pasto de un incendio y al igual que Nerón hizo en su momento con la quema de Roma, decidí echarle la culpa a los cristianos, aunque mi creencia en ello no se basaba en ninguna prueba, pues otros dijeron que pudo deberse a unas velas que unos creyentes habían dejado como ofrenda.

Tomé represalias contra ellos inmediatamente y ordené cerrar al

culto a su iglesia principal, la que dicen ellos que fue fundada por el que llaman San Pedro, originario de aquí, que dicen que fue el principal seguidor del galileo y el que continuó con su predicación y obra cuando su fundador murió en la cruz.

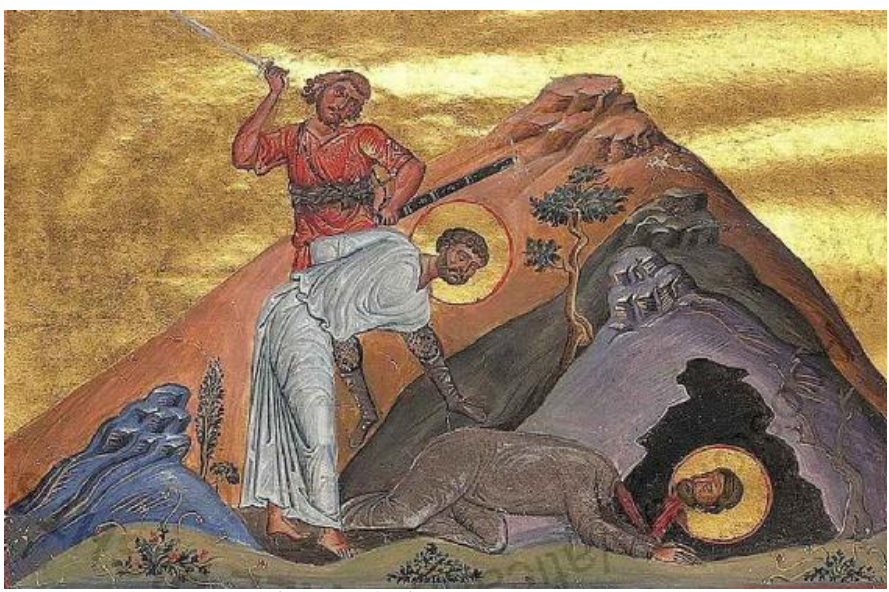
Un mito dice que dos de mis guardias eran cristianos, algo con lo que yo hubiese tenido mucho cuidado, y que yo ordené esparcir sangre venida de sacrificios a los dioses ver-daderos por toda la comida puesta a la venta en el mercado y por todos los depósitos de agua de la ciudad. Esta acción hubiese provocado que los cristianos de la ciudad no pudieran alimentarse ni saciar su sed porque hacerlo les hubiese hecho incumplir sus creencias. Un propósito un tanto absurdo si se hubiese llevado a cabo por mi parte, porque no hay que olvidar que Antioquía está bañada por el río Orontes, que tiene la peculiaridad de fluir al revés, no hacia el Mare Nostrum sino hacia el norte, y la población cristiana, si yo hubiese vertido sangre de los sacrificios a los dioses en pozos y depósitos, hubiesen podido beber agua de su cauce.

Pero lo cierto es que los cristianos parecen creer más en los mitos que lo que aparentan y afirmaron que mis dos imposibles guardaespaldas de su religión que me protegían se negaron a obedecer mis órdenes de emponzoñar comida y agua y que, por ello, fueron

mandados ejecutar por orden mía. ¡Incluso los incluyeron en su santoral con los nombres de Juventino de Antioquía y Maximino! Un absurdo más de una falsa religión, que se crea héroes, por ellos llamados santos, basándose tan solo en estúpidos rumores sin fundamento.

Sí que existieron, parece ser, el tal Juventino y su amigo Maximino, pero no fueron mis guardaespaldas ni se negaron a cumplir la orden de esparcir sangre destinada a los dioses en alimentos y agua.

En realidad, se trataban de dos guardias más de palacio que sí fueron ejecutados, pero por un hecho totalmente distinto al alegado por los enceguecidos seguidores del farsante galileo, que no fue otro que por su oposición a asumir una ley que promulgué antes de mi partida a combatir a los sasánidas, que consistía en que se prohibía adorar a las reliquias cristianas que se guardaban en Antioquía.



La decapitación de Juventino y Maximino

Hasta qué punto llegan las mentiras de esta falsa religión, porque la realidad fue que los dos guardias fueron denunciados por sus propios compañeros, se intentó la compasión con ellos ofreciéndoles retractarse de sus palabras y, al negarse y no querer sacrificarse a los dioses verdaderos, fueron ajusticiados. Yo no tuve participación en esta historia, pues un emperador ha de emplearse en gobernar a toda una nación y no entretenerse en asuntos nimios como

estos, como es la opinión en contra de dos soldados de una de mis leyes, como supongo que habrá ocurrido con otros edictos promulgados por los muchos emperadores que me han precedido y con los que no estarían de acuerdo pocos o muchos de los ciudadanos de Roma. Para este tipo de cosas existe un término muy preciso que se llama delegación, que no es otra cosa que repartir, hasta el punto adecuado, el mando entre los hombres que forman parte de la estructura de un imperio como el nuestro, que abarca desde el más remoto Occidente al ahora más cercano para mí Oriente, y malo sería para él si yo en persona me tuviera que ocupar de dos soldados britanos, por ejemplo, que se han dormido en una guardia en el muro de Adriaño.

A pesar de vivir rodeado de embustes, lo cierto es que el pueblo al que gobernaba en Antioquía se creyó todo lo malo que se vertía sobre mí y, de repente, supe apreciar que los antioqueños empezaron a hacer suya una situación en que se empezó a exaltar la memoria de Constancio y que yo, por mi parte, empezaba a ser odiado en todo Oriente cuando ya estaba preparando con los míos la campaña contra los persas.

Pero ya dije en su momento que en momentos difíciles es cuando brotan de dentro de mí partes de mi carácter que suelen permanecer ocultas, por no decir desconocidas, entre las que están, como ya dije, la violencia, la intolerancia y la susceptibilidad, por lo que decidí que si el pueblo tenía que odiarme por algo, sus motivos les daría.

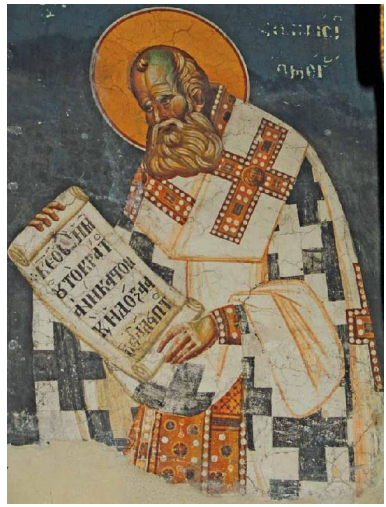
De esta forma, abandoné esa especie de ceguera que me hacía permitir cierta liberalidad hacia el cristianismo, a medidas represivas contra él. En junio publiqué una normativa que prohibía a los seguidores de Jesús la enseñanza de gramática y retórica, con una larga explicación de por qué lo hacía, que en definitiva se basaba en el contenido que yo llamé pagano, referido al cristianismo y no al revés, de los libros de texto que ellos utilizaban para impartir dichas disciplinas.

El edicto incluía palabras y razonamientos que afectaban de forma cruel a su religión, tales como «si quieren enseñar literatura, tienen a Lucas y a Marcos: que vuelvan a sus iglesias y los comenten»,

lo que les volvía a ceñir a los evangelios y echaba por tierra la labor de las explicaciones de las palabras de su señor que durante más de tres siglos su iglesia había debatido. Pero si en las escuelas cristianas seguía existiendo el estudio de la Biblia como única fuente de conocimiento, por qué no simplemente continuar con ella, rechazar las posteriores explicaciones doctrinales de quienes después la habían interpretado y, sobre todo, por qué entremezclarla con el análisis de los autores clásicos, que si eran paganos lo eran en todo momento y no podían ser utilizados como textos de apoyo cuando a su falsa religión les convenía.

*Juliano el Apóstata presidiendo una conferencia de sectarios*,
por Edward Armitage (1875)

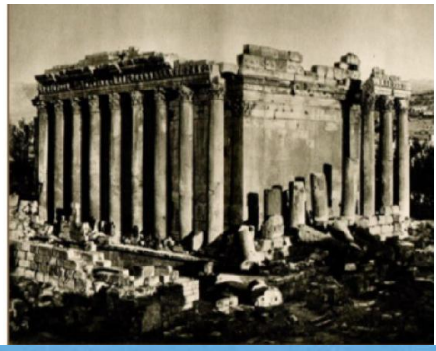
Por supuesto, no me limité a esas tenues medidas para lograr la extirpación del mal del cristianismo de la cultura del imperio y aunque no dicté dogmas que cumplir por los ciudadanos referidos a la religión verdadera, sí que salieron de nuevo a relucir las partes más violentas de mi interior. Así, ordené el exilio de los obispos que utilizaban sus templos para convencer a sus feligreses de no acatar lo que ellos llamaron nueva represión contra los cristianos, entre los que destacó Atanasio.



Después de todo, todas estas medidas no debieron coger desprevenidos a los cristianos. Yo era el nuevo augusto y tenía mis propias ideas sobre lo que debería ser la religión verdadera y desterrar de la vida del imperio las proclamas de la falsa que se estaba propagando hasta los cimientos del imperio, nadie podía ignorar mis creencias, ni el más alejado de mis súbditos.

Porque una de las primeras determinaciones que tomé al recibir la diadema imperial fue proclamar la libertad de cultos y religiones y los que sufrieron las mayores consecuencias de esas medidas fueron los cristianos, porque con su acceso al círculo más próximo a Constancio y el convertimiento de este desde la cuna, lo cierto es que empezaron a poner en marcha providencias basadas en su doctrina que habían supuesto la adopción de una serie de medidas coercitivas con respecto a los demás credos que la habían convertido en la práctica la religión que dominaba Roma.

Aunque todo venía de atrás, del momento en que Constantino, llamado el Grande, prohibió el mantenimiento de los templos que no fueran cristianos, lo que supuso en la práctica que parte de estos fueran destruidos o convertidos en iglesias para el uso de los seguidores de Jesús.



Templo de Baco en Heliópolis, actual Baalbek (Líbano)

Yo decidí acabar con esta barbarie y decreté la reconstrucción de los templos antiguos que habían quedado convertidos en poco más de ruinas, y ahora estaba en marcha un plan para devolverles su antiguo esplendor, dentro de las posibilidades económicas del imperio, que en este momento no eran muchas, pero que sí significaba quitar importancia al culto cristiano en la vida cotidiana de Roma.

Templo de Mitra en Garni (Armenia)

Templo de Neptuno en Palmira (Siria)

Y como esa especie de profeta en que me había convertido en la restauración y modernización de la iglesia verdadera que siempre había guiado la suerte del imperio, empecé a crear una organización de la misma siguiendo en parte lo que los cristianos habían hecho con la suya, así que de la forma más inmediata que pude nombré cargos de nuestra religión en todos los confines del imperio, empezando por Oriente, para sí conseguir atraer feligreses perdidos de los dogmas en

los que los romanos habíamos creído siempre. Cada provincia tuvo nuestros propios archisacerdotes, por llamarlos de alguna forma y yo recuperé para mí el antiguo título de *Pontifex Maximus*, o sea, que me convertí en la más alta autoridad de la iglesia verdadera, que llevaba sin utilizarse durante toda la dinastía constantiniana.

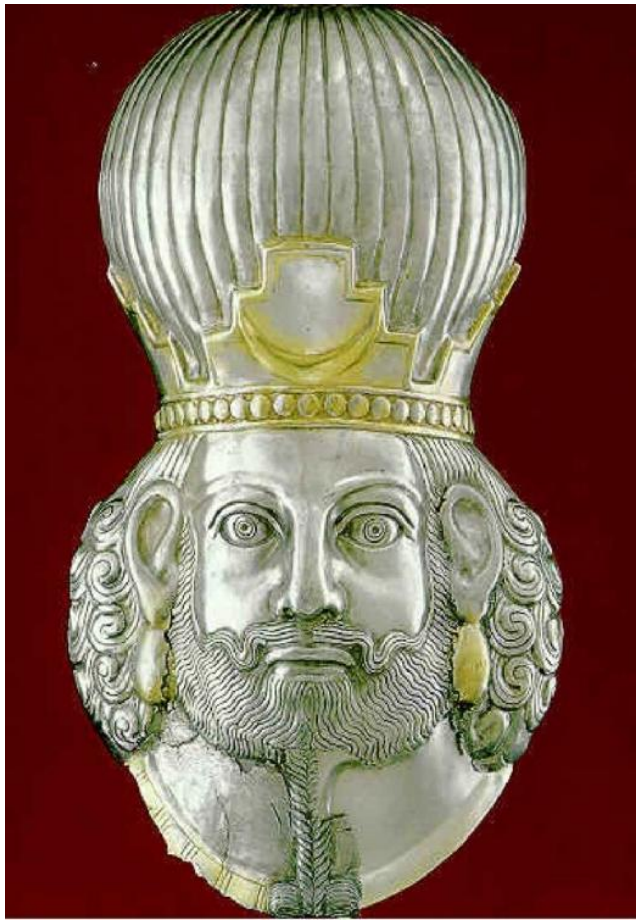
Y mientras aumentaba las restricciones hacia los oficiantes y autoridades cristianas, a los que les impuse un impuesto especial, hice lo contrario con la curia que abrazó las antiguas doctrinas, a la que otorgué privilegios fiscales, aunque también les exigí el cumplimiento máximo que un hom-bre que predica una religión debe tener, la filantropía, con castigos severos para quienes dejaran de comportarse como debían.

El objetivo de tal política religiosa era, por supuesto, la relegación del cristianismo a lo que debería ser, una pequeña secta en la que creyeran solo unos pocos hombres y mujeres. Por descontado, suprimí las rentas que Constantino había concedido a su iglesia y dispuse la vuelta del exilio a los obispos que anteriormente habían sido considerados heréticos por los edictos de la iglesia galilea en su afán de unificar su doctrina, de la que Jesucristo no había dejado nada escrito.

De esta forma reavivaría el debate sobre las verdaderas pretensiones de su dios al enviar a un supuesto hijo a redimir a los hombres, lo que originaría conflictos, disturbios y más cismas entre ellos. Por eso, cuando se produjo el crimen del obispo arriano de Alejandría, Jorge de Capadocia, uno de mis antiguos tutores en Macelo, decidí no intervenir, porque además de la desaparición de un enemigo de los verdaderos dioses, confirmaría el conflicto entre las diferentes corrientes que aún conformaban el cristianismo.

Juliano

También ordené la incitación a revueltas anticristianas, dispuse de impuestos especiales para la realización de su culto y la confiscación de bienes eclesiásticos, puesto que alguna de sus iglesias empezaron a cobijar tanto oro como en los palacios de hombres de ricas fortunas. El cristianismo llegó a temerse el regreso a las persecuciones emprendidas contra ellos por mis gloriosos antepasados siglos atrás, o recordaron las emprendidas al principio de este por Diocleciano, pero no quise llegar a tanto, al menos de momento, porque los sasánidas seguían en pie de guerra y debía ir a combatirlos sin más demora.



Sapor II

## XVIII. La campaña contra los sasánidas

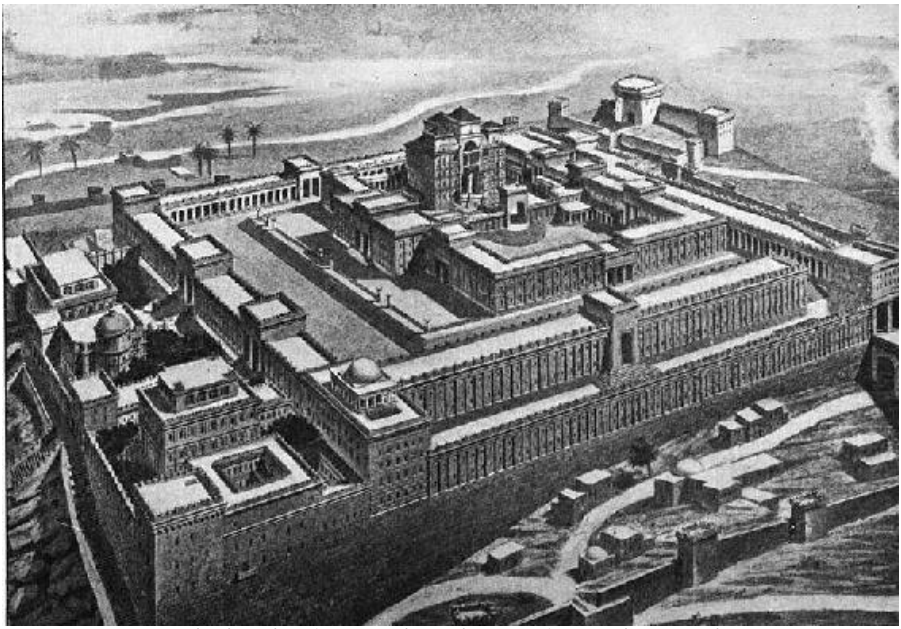
Yo, Joviano, general del ejército de Roma, acompañé a Juliano en su última campaña, y como no es lógico que el propio augusto cuente cómo fue su final, me he convertido en el narrador de los últimos momentos del mismo.

Joviano

La campaña de los persas contra nuestros territorios orientales no había cesado desde los tiempos de Constancio como augusto y Juliano decidió, por fin, ir a combatirlos para restablecer las fronteras del imperio en su justo lugar, las que estaban establecidas antes de que los sasánidas decidieran traspasarlas y asentarse más allá de los límites establecidos por ambas partes desde hacía tantos años.

En el año 363 pues, el augusto pagano decidió dejar de considerar a los cristianos como su único contrario, porque ya no bastaba con repeler a los que él consideraba enemigos internos del imperio, sino que decidió combatir a los externos.

En su camino hacia la guerra, Juliano pasó por Jerusalén y pudo contemplar las ruinas del segundo templo de Salomón y, en su afán de fortalecer a las religiones no cristianas, decidió a sus pies la reconstrucción del mismo.



Templo de Salomón antes de su destrucción por el emperador Tito

Uno de los amigos del augusto, Amiano Marcelino, que le hizo compañía durante esta campaña, ante la magnitud de la obra que Juliano pensaba emprender, creyó que era su obligación advertirle sobre el desgaste y coste que aquel anhelo supondría.

—El propósito que os habéis empeñado en emprender has de imaginar que es una pretensión descabellada —le dijo con la familiaridad que hacía mucho tiempo le unía con el emperador

—¿Osas contravenir la decisión que vuestro augusto ya ha tomado? —le respondió él, sin ningún tipo de recelo en su voz.

—Nunca se me ocurriría hacer una cosa así, como os he demostrado en tantos años de fidelidad a vuestra augusta persona —añadió Amiano—, pero el precio de este edificio será cuanto menos exorbitante y, por ello, un coste que las arcas del estado no podrá asumir sin aumentar los impuestos, carga a la que el pueblo llano le costará asumir, porque no es la primera vez que se queja de las altas cuotas que en tasas ya deben pagar al imperio.

—Prefiero erigir de nuevo el templo de Jerusalén a que la ciudad acabe siendo dirigida por los cristianos y se olvide esta gran obra de los anales de la historia, utilizando sus restos para erigir iglesias paganas a ese tal Jesucristo —Juliano no dio su brazo a torcer—. De hecho, ya he encargado a Alipio de Antioquía la tarea de volver a

levantarlo y muchos inconvenientes me he de encontrar para que desista de mi idea.

Alipio se dispuso a ello con toda la energía de que dispuso, hasta que unas bolas de fuego estallaron en las proximidades de las obras y como estas no cesaron de caer, los albañiles encargados de erigir el templo desistieron de continuar con el levantamiento del mayestático edificio.

Alipio intentó justificar su fracaso ante el augusto, que tal vez influenciado por los consejos anteriores de Amiano, se creyó los inconvenientes que el arquitecto le planteaba.

—Lo que no entiendo es la aparición de esas bolas de fuego misteriosas —aun así, no quiso enterrar su proyecto sin saber las causas reales de la imposibilidad de llevarlo a cabo.

—Yo he visto esas bolas de fuego, mi augusto —le informó Alipio—, pero yo creo que se deben más a un posible terremoto, que como sabéis revuelven las entrañas de la tierra, que a otra cosa.

—¿Qué otro motivo pueden tener si no es el más lógico?

—A sabotajes, tanto de judíos como cristianos, o simplemente a un fuego accidental —adujo el arquitecto—, y si hemos de creer lo que afirman los seguidores del galileo, a la intervención divina.

—¿Por qué querría su dios impedir que se levante un templo en su memoria? —Rio Juliano—. Judíos y cristianos creen en el mismo dios, solo que mientras que los primeros consideran que Jesús no es el verdadero mesías, los segundos están convencidos de todo lo contrario, de ahí parte la principal divergencia entre ambos cultos. Sea como fuere, esta última hipótesis es la que es falsa, porque ha quedado demostrado que la secta que sigue los dictados del galileo ha mentido sin cesar desde que existe como tal. —Hizo una pausa en la que permaneció pensativo—. Si es fuego divino, procederá de nuestro gran Zeus, que no verá con buenos ojos que se levante un santuario de tanta importancia a una deidad que no existe.

Durante esta campaña, Juliano quiso evitar una guerra larga de posiciones y desgaste, que él suponía que beneficiaría a los sasánidas, situados mucho más cerca de sus límites territoriales centrales y, por lo tanto, más fáciles de abastecer, que los romanos, que aunque tenían el Oriente del imperio, las tropas que podrían intervenir en la guerra

estaban mucho más dispersas en la inmensidad que aún era Roma. Por este motivo, Juliano siempre estuvo al ataque y requirió la ayuda para ello del rey de Armenia Arsaces II, que suponía que la soberanía de su país estaba también en las intenciones de conquista de los invasores sasánidas, que por supuesto no habían establecido un límite a su expansión territorial y Armenia debería ser uno de sus próximos objetivos.

Arsaces II

Lo cierto es que la expedición liderada por el augusto contaba con una fuerza de sesenta y cinco mil hombres, cuyo objetivo buscaba ser mucho más amplio que llevar a los persas a sus antiguas fronteras. Juliano contó a sus generales que la intención real de esta campaña era sustituir a Sapor II, rey sasánida, por su hermano Hormizd, y así pacificar la frontera durante siglos.

Pero yo intuía otros motivos más allá de este, en apariencia tan simple pero que tal vez no hubiese necesitado tamaño despliegue de legiones.

Sapor II

Desde las Galias, según supe, Prisco y Máximo de Éfeso, filósofos que apostaban por la paganía igual que él, nunca se separaban de su lado. La cuestión era que este último, además de sus estudios sobre Platón, era un teúrgo que asumía en su persona dotes de augur y consideraba que sus adivinaciones estaban exentas de errores porque se las dictaban los dioses antiguos.

Una vez fui testigo de una conversación entre el augusto y Máximo, en la que este último, requerido por el emperador, le volvía a repetir lo que el futuro le deparaba.

—Los dioses y yo solemos contactar a menudo —le decía el filósofo cuando yo llegué a la tienda de Juliano, que al verme no me impidió el paso e incluso me invitó a sentarme próximo a él—, y sus augurios no han cambiado. Me han contado que tú tienes su favor y que, en realidad, eres una reencarnación de Alejandro Magno, que como murió tan joven y aun así forjó un gran imperio, tú estás predestinado a una vida mucho más longeva que la suya y a superar por ello sus conquistas.

Alejandro Magno

—Alejandro Magno —opuse yo—, tomó la mayor parte de la Asia conocida, incluso llegó a ese país que se llama la India, donde atravesó su río principal, al que se denomina Indo y conquistó una pequeña parte de su territorio. Difícil es superar tamaña proeza.

—Mi estimado Joviano —el augur se dirigió a mí—. ¿Sabéis a qué edad murió Alejandro Magno?

—No lo sé con exactitud.

—Aún no había cumplido los treinta y tres años —informó Máximo—. Si los dioses le hubiesen otorgado más vida, ¿no crees que hubiese conquistado toda la India e incluso amenazado a China?

—Para mi desgracia, carezco de las dotes adivinatorias que tú, Máximo, pareces poseer —repliqué yo, que aunque estaba alterado, supe disimularlo—. No sé hasta dónde hubiesen llegado las conquistas de Alejandro Magno si los dioses le hubiesen concedido diez, veinte o quizás treinta años más de vida.

Máximo hizo un gesto con ambas manos para señalar al augusto Juliano.

—Ha llegado el momento de saberlo, a través de la reencarnación en vida del impresionante general macedonio. Lo tenemos aquí, y no es otro que Juliano, el único césar que ha podido pacificar Occidente tras muchos años del transcurrir de nuestra

historia y al que no le ha hecho falta usurpar el título de augusto de toda Roma porque los dioses quisieron que Constancio muriera antes de que los ejércitos del uno y del otro se enfrentaran.

—Máximo, tú puedes ver el futuro —dije sin creerme del todo mis propias palabras—, ¿hasta dónde vaticinas que se extenderá la frontera oriental de Roma con Juliano como augusto?

—Te responderé yo, Joviano —intervino el emperador—, porque Máximo ya ha hablado con los dioses muchas veces antes y ya me ha informado de ello. Persia será solo el principio, luego tomaremos la India e incluso China se rendirá bajo nuestros pies.

Me quedé asombrado por las palabras de mi señor. Aquello era abarcar la práctica totalidad del mundo conocido. Me parecía un sueño y, como tal, un imposible.

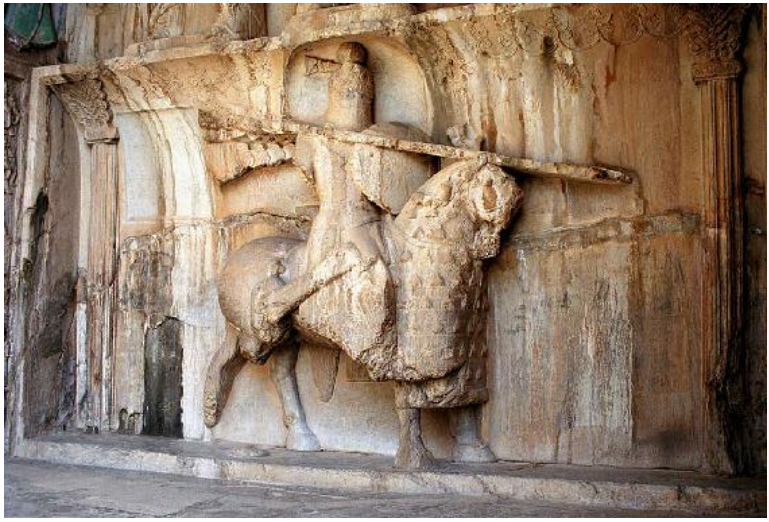
—Perdonadme entonces los dos por formularos la que, os juro por Mitra, será mi última pregunta —atiné a decir con voz titilante—. Si tú, mi augusto, sabías ya esa respuesta, ¿por qué consultabas con Máximo esa misma cuestión?

—Los designios de los dioses son caprichosos —contestó Juliano — y como creo que Máximo tiene la posibilidad de contactar con ellos a menudo, quería saber de sus propios labios si estos siguen manteniendo su predilección hacia mí y si superaré a Alejandro Magno en las conquistas que obtenga.

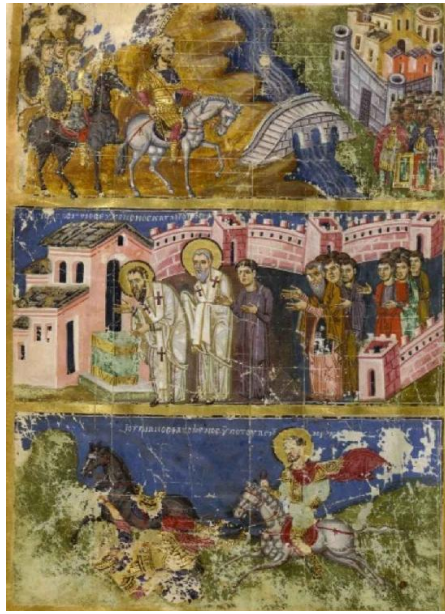
Yo mantenía la cabeza alejada de futuros lejanos y lo que me preocupaba, en ese momento, era ganar la guerra que íbamos a emprender más pronto que tarde.

La primera batalla entre romanos y persas se produjo en las proximidades de una población llamada Seleucia del Tigris. Allí obtuvimos una gran victoria y nuestras legiones se plantaron ante las puertas de Ctesifonte, la capital sasánida.

Llegamos allí sin más contratiempos, pero al observar Ctesifonte en la lejanía, pudimos darnos cuenta de que tropas persas, comandadas por el general Merena, habían formado frente a sus murallas. El jefe enemigo había dispuesto a los *savaran*, integrados por los *kataphraktós*, su caballería acorazada hasta incluso hasta las monturas, en el centro y a los *klibanophoroi*, muy similares a los anteriores, en las alas, apoyados en la retaguardia por elefantes e infantería.



A pesar del miedo que tal visión produjo en sus hombres, Juliano decidió seguir con el avance de sus legiones, para lo que dispuso a sus soldados en forma de media luna. El avance raudo de nuestras alas acabó con una nueva victoria del augusto, tan buen militar como repleto de delirios de grandeza, que contó con setenta bajas entre los nuestros y dos mil quinientas de los persas.



Batalla de Ctesifonte

La derrota del enemigo supuso la retirada del rey Sapur II, al que Juliano mandó perseguir en territorio sasánida porque vio la toma de

la capital persa como un imposible, hasta que llegado un punto, su propio estado mayor le aconsejó la retirada, ya que señalaron al emperador la baja moral del ejército a pesar de la aplastante victoria ante Ctesifonte, al que había enajenado la orden incompresible e irresponsable de Juliano de quemar la flota que venía apoyándonos a través del curso del río Tigris, la expansión de enfermedades, la escasez de víveres, las dificultades para obtener alimento en donde se encontraban y la tardanza de Procopio, al que el emperador había desviado al norte antes de la batalla para auxiliar a los armenios y que se demoraba más de lo previsto en unirse a ellos.

Parece un absurdo, pero una gran victoria parecía haberse convertido en una derrota cuando Juliano se vio obligado a retroceder para unir los dos ejércitos que mantenía dispersos por un territorio propicio a emboscadas.

En una de ellas, dada en Sumere[35], Juliano fue alcanzado por una jabalina lanzada por un persa, que penetró en su cuerpo por la espalda.

El augusto fue llevado a su tienda, donde fue atendido por Oribaso de Pérgamo, al que le fue imposible salvar la vida porque tenía perforados el hígado y los intestinos. Falleció el 26 de junio del año del 363.

El ejército me eligió a mí como su sucesor, que aunque en presencia de Juliano mentaba a Mitra, él sabía que era cristiano.

En medio de territorio enemigo y alejado de cualquier centro de poder, vi que mi posición era desesperada. Convoqué entonces a Sapor II y le propuse una paz indigna para los intereses de Roma a cambio de que nos diera paso franco hasta nuestras fronteras. Así salvaba a los míos del desastre y, por qué no, buscaría mi inmediata confirmación como nuevo emperador.

Todo ello costó a Roma las cinco provincias situadas al este del río Tigris, la mayor parte de la Armenia perteneciente al imperio y el abandono de nuestros aliados armenios a su suerte.

## XIX. Las varias muertes de Juliano

La muerte de Juliano fue seguida por una serie de rumores que yo no soy capaz de distinguir entre lo que fue verdad y lo que fue mentira.

A mí me pareció que falleció como consecuencia de un ataque de un soldado enemigo, que tuvo la fortuna que con su lanza alcanzó al augusto en la refriega que se produjo en Sumere, pero posteriormente se propagaron leyendas sobre otras posibles causas de su óbito.

La tesis más difundida señaló que la jabalina que mató a Juliano provino de nuestras propias filas, al ser el emperador el objeto de una trama orquestada dentro del ejército, encabezada por el Conde Víctor, uno de sus generales, y varios oficiales cristianos que lo secundaron en sus planes, entre los que estaba Valentiniano[36], que aprovecharon el

ataque sasánida para insertarle ellos la lanza que lo mató.

San Mercurio

El cristianismo aprovechó este rumor para afirmar que el soldado que atacó a Juliano fue un tal Marcur o Mercurio, un santo cristiano que vivió hacía poco más de un siglo. Todo porque Basilio el Magno, proclamado después santo, rezó ante un icono en el que el mártir era personificado como un soldado, que era lo que realmente era, que llevaba una lanza.

Basilio

Ante él, el que llegó a ser santo le pidió a Dios que impidiera al emperador Juliano volver de la guerra contra los persas y así impedir

que reanudara el hostigamiento contra los cristianos. Según Basilio, tras su rogativa, la imagen de Mercurio se hizo invisible y cuando reapareció, la lanza con la que se le representaba en la imagen apareció ensangrentada.

Una versión que yo no pude constatar y posiblemente sea un mito, porque parece muy fantasiosa. Y si no lo fuese, lo que sí puedo afirmar es que yo, Joviano, a pesar de ser creyente de esa religión, jamás participé en ningún plan para matar y así derrocar al augusto apóstata, a pesar de que luego la tropa me eligiera a mí como nuevo augusto.

Lo cierto es que Juliano se había convertido en un serio problema para la continua propagación del cristianismo, de tal forma que su muerte se consideró por estos como un deseo de Dios -yo me preguntó entonces para qué lo había creado tal como era en su nacimiento- y los seguidores de Jesucristo continuaron con su escalada ya irreversible hacia el poder en Roma y supongo yo que sería la religión del futuro del imperio durante los siglos venideros.

Joviano

< >

Aquel fue un hecho que Joviano nunca llegaría a ver, ya que fue emperador de Roma por un tiempo exiguo, ocho meses, un turno corto merecido, por la vergonzosa paz que hubo de firmar para satisfacer su ego.

Etcétera.

[1] El Imperio sasánida o Imperio de los Iranios fue el segundo Imperio persa y el cuarto y último estado iraní previo a la conquista musulmana, que comprende todo el periodo final de la antigüedad clásica e incluso sobrevive unos siglos después.

[2] La actual Milán.

[3] Ponto era una provincia del imperio, situada a orillas del Mar Negro, en la actual Turquía.

[4] Mesia, otra provincia romana, situada en los Balcanes, al sur del río Danubio.
[5] Sirmio: actual Sremska Mitrovica, en Serbia.
[6]Panonia fue una antigua región de la Europa central, limitada al norte por el río Danubio, que corresponde actualmente en su mayor parte del sector occidental de Hungría y parcialmente a Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Eslovenia, Austria y Eslovaquia. La región corresponde a una de las provincias del Imperio romano.
[7] Actual Nusaybin, en Turquía.
[8] La representación no es de la época, sino posterior, pero se muestra aquí para ver a lo que se refería el jovencísimo Juliano.
[9] El primer cristianismo estaba perseguido por Roma y sus medios eran muy elementales, por lo que la mayoría de las iglesias rupestres solo contenían imágenes con significado cristiano, como la cruz o el rostro de Jesús, aunque también hubo sus excepciones, como se puede comprobar en algunas de las catacumbas de la misma capital imperial en ese momento.
[10] También conocido como Proaresio.
[11] El donatismo fue un cisma del cristianismo iniciado en el siglo IV en Numidia, lo que ahora es Argelia, surgido como una reacción ante el relajamiento de las costumbres de los fieles. Iniciado por Donato, obispo de Cartago, exigía que solo aquellos sacerdotes cuya vida fuese intachable podían administrar los sacramentos, entre ellos la eucaristía, mientras que los pecadores no podían ser miembros de la Iglesia.
[12] Cargo que hacía mención a un alto funcionario que era más que un simple general del ejército, puesto que tenía encomiendas en otras labores del estado además de la militar
[13] También conocido como Vetranión.
[14] Trajano, emperador romano entre el año 98 y el 117. Con él empezó la época más esplendorosa de Roma, puesto que le siguieron otros reinantes muy capaces: Adriano, que decidió no expandir las marcas romanas y cohesionar lo que ya estaba conquistado, Antonino Pío y Marco Aurelio, con el que se empiezan a presentar los primeros síntomas de que la edad de oro de Roma estaba llegando a su fin y, en vez de guerras de conquista, se empezaron a dar beligerancias defensivas, por lo que cada derrota suponía una pérdida de un territorio y no la anexión de otros nuevos.
[15] Actual Silifke, en Turquía.
[16] Conde de Oriente.
*[17]* Traducción literal, tribuno de los escuderos, un cargo de una de las unidades de la guardia imperial de origen germano.
[18] Situada en territorios de las actuales Austria, Baviera y Eslovenia.
[19] Actual Pula, en Croacia.
[20] Uno de los principales cargos palaciegos del imperio. Estaba al cargo de toda la servidumbre y estaban tan próximos al día a día de sus amos que llegaron a sumar una importante autoridad, riqueza e influencia
[21] Actual Colonia, en Alemania.
[22] Actual Pavia.
[23] No se trata de la Viena austriaca, sino de la ciudad que está situada en la actual Francia.
[24] Actual Estrasburgo.
[25] Imagen extraída de Campos de Batalla, http://battlefieldspain.blogspot.com/
[26] Actual Auxerre.
[27] Actual Reims.
[28] Ilustración extraída de GOLVIN, Jean-Claude: *Portraits d'Arles*.
[29] Fuente: http://arqueolugares.blogspot.com/2013/01/colonia-agrppina-koln-romana-alemania.html
[30] Actual ciudad de Sens.
[31] Ciudad de París.
[32] Actual Maguncia.
[33] Actual ciudad de Nis, en Serbia.
[34] El Consistorio romano no tiene nada que ver con los consistorios actuales, asimilables a un ayuntamiento. En Roma, en la época de Juliano, se trataba de un órgano del gobierno, cuyo desempeño fundamental era aconsejar al emperador para que tomara decisiones sobre un tema planteado.
[35] Actual Sumarra.
[36] Valentiniano fue, con posterioridad, emperador de occidente.